

EL CAMARADA OSCURO

LA MEMORIA INSUMISA

CARLOS GIL
Crítico teatral

Posiblemente sea *El camarada oscuro* de Alfonso Sastre una de esas obras que desde su primera publicación han ido alimentando una gran leyenda en ciertos ambientes teatrales españoles. Son muchos los directores, estudiosos, promotores que desde la primera lectura reconocieron en ella «la obra» necesaria, la que debía ponerse en pie porque en ella se acumulaban bondades en su forma y en su contenido. Inmediatamente después de respirar esta sensación, venía la mirada técnica a su reparto, al número de espacios diferentes que requería, y empezaba a enfriarse el impulso. Pero al poco, quizás a los meses, a los años, en algún contubernio, jornadas, debates, aparecía de nuevo «la obra», y se pontificaba desde diversas ópticas sobre la manera de incentivar las posibilidades de su puesta en escena. Asunto que en ocasiones parecía inminente. En otras te comunicaban «de buena tinta» que fulanito la tenía en cartera. Al final, como tristemente hemos comprobado, todo se quedaba en un rumor o en una intentona realmente seria que por unas razones u otras se abortaba sin que se llegara a montar nunca, excepto, según relata el propio Sastre, a cargo de un grupo de barrio en Madrid llamado Teatro de Barrio Obrero (TBO).

Escrita en 1972, la nota que acompaña a su primera edición es una lúcida declaración de principios, que deja claramente situada la intención de Alfonso Sastre respecto a algunas de las posibles adscripciones teórico-estéticas a las que podríamos aferrarnos al analizarla. Muestra por un lado sus reticencias a que se clasifique dentro de lo postulado por Edwin Piscator y Peter Weis sobre el teatro-documento, y lo hace porque en esta obra hay una clara vocación de narrar hechos «imaginarios» en un contexto histórico real.

El territorio donde el autor la sitúa es en la *tragedia compleja*, una noción que ha ido desarrollando desde que escribió *La sangre y la ceniza*, que sirvió para acabar con el concepto clásico del teatro histórico español, y que viene a ser una superación de la *tragedia pura*, al introducir algunas dispersiones de género en el decurso de la obra, si bien mantiene el núcleo duro trágico, y sin buscar la tragicomedia. Esta vocación le lleva a reclamar la necesidad de un teatro posbrechtiano, y de paso avisa sobre la posible salida en falso hacia un esperpento devaluado, cercano a lo grotesco, como manera de acabar con la colonización imperante entonces (¿y ahora?) en los escenarios españoles.

Esta obra empieza con una escena absolutamente esperpéntica, un homenaje en toda regla a Valle-Inclán, pero después se va metiendo en escenas documentalistas, aparecen situaciones y personajes históricos con discursos realmente pronunciados por ellos, para acabar, como él mismo dice, en una «tragedia compleja». Empieza la obra en 1902 y termina en 1970 con el juicio de Burgos a miembros de ETA como trasfondo. Y es la peripecia vital de un hombre, de un revolucionario, alguien nacido en un pesebre y que llega con entereza mental a sus últimos días después de haber sufrido toda suerte de violencias físicas, primero tuerto, después ciego, quizás una manera de explicar no solamente a este héroe anónimo, sino de acercarse a una manera de entender la propia marcha del Partido Comunista de España.

Porque ésta es una obra política sin ningún tipo de amago. Un teatro abiertamente dialéctico, en el sentido de acercarse a una vida, a unas situaciones, reconocibles, de utilizar un lenguaje asimilado por muchos militantes, correligionarios, compañeros de viaje o tontos útiles, que ha ido tejiendo sobre una parte de la intelectualidad, y por ello del teatro español, un campo de entendimiento, quizás una manta para resguardarse del frío de la inoperancia, una visión del mundo, que debería comportar unas estéticas o unas maneras de proponer a la sociedad un tipo de teatro. Aunque, como se ha cansado de remarcar en diferentes escritos, manifiestos y proclamas Alfonso Sastre, eso no se ha producido y la deriva del propio teatro supuestamente de «izquierdas» ha sido hacia lugares más bien burgueses y acrílicos, social y políticamente no conflictivos.

Ante estas situaciones donde triunfa la adocenación y el conservadurismo, la propuesta de Sastre es un teatro insumiso. En esta obra es la memoria precisamente la que se torna insumisa. La que en la lectura de hoy nos retra-

ta aquellos tiempos y nos da alguna explicación de lo que ahora sucede. Nos sirve para recordarnos de dónde venimos, qué pudo haber sido, y qué es lo que fue. Y no lo hace solamente por el resultado de esa vida que la atraviesa, por el contenido, amargo en ocasiones, vitalista y esperanzador en otras, siempre contradictorio; es decir, no estamos ante un panfleto, no se trata de mixtificar la historia, ni siquiera al personaje, sino de servir dramáticamente lo que fueron unos tiempos de militancia, de ansias de revolución, y a la vez, en contraposición, cómo se fueron difuminando biografías, objetivos, posturas rupturistas en un magma social de supervivencia que fue anulando una conciencia revolucionaria a base de represión por un lado y de una suerte de entreguismo, cansancio, renuncia, por otro. Quizás sea la manera que tiene de hablarnos del posibilismo. Y esta obra se enmarca en el debate enteramente, porque se coloca decididamente en lo que resultaba imposible de asumir en aquella época por el sistema franquista y por la propia estructura de producción del teatro español de entonces.

La obra nos habla de la vida de Ruperto Solana Mas, un marxista nacido en un pesebre y bautizado como Ruperto Libertario por un padre anarquista atribulado y borracho, mientras su madre muere desangrada. Vendedor callejero de periódicos, trabajador en una tahona, soldado de leva en la guerra de África donde pierde un ojo, siempre comprometido con los movimientos revolucionarios sin organizarse, que acaba afiliándose al Partido Comunista, defensor de Madrid, solicita entrar en combate ya que está en la retaguardia debido a su deficiencia, que acaba fusilado por unos falangistas en Burgos, pero sobrevive milagrosamente, que huye a Francia, donde lucha en la resistencia contra el ejército alemán, que entra en uno de los últimos maquis, que acaba en un penal franquista, que una vez lograda la libertad vuelve a participar en las actividades del Partido, aunque debe superar las reticencias de los responsables de la época que lo encuentran algo fundamentalista, es decir, fiel a los principios y sin sombra de dudas sobre la propaganda del régimen comunista soviético.

Es en esta última parte en donde se va haciendo más densa la percepción de dos mundos, de dos miradas al mismo problema, de dos posturas ante los acontecimientos. Y es cuando surge de diversas maneras una misma pregunta: ¿qué pinta un camarada oscuro en las decisiones del partido? Es contundente el retrato que le hace Pedro, el contacto para su reingreso, de los camaradas oscuros: «que cumplen con sus tareas a la largo de una vida

austera, de sacrificios, sin brillar mucho en ninguna parte, sin apenas ser advertidos por sus mismos camaradas..., pero inmovibles, con una moral de hierro. Y dispuestos a dar no sólo la vida, que eso es lo más fácil –y cualquier idealista romántico se la juega y sanseacabó; ¿no es eso?–, sino a dar, uno a uno, todos y cada uno de los minutos de su vida... Pero a muchos de ellos no les pidas brillantez ideológica o grandes facultades intelectuales...».

Es cuando el lenguaje se vuelve más clarificador, o al menos al leerlo desde la distancia, con el tiempo transcurrido, conociendo los esfuerzos que se pidieron y se consiguieron para lograr la «huelga nacional pacífica» que debía hacer caer al franquismo desde la lucha de masas, o cómo se recibieron las consignas desde arriba sobre la «reconciliación nacional», o sobre asuntos como la Primavera de Praga, la Revolución de Cuba o la misma postura del PC ante el fenómeno de ETA. Todo esto se plasma en esta obra, y siempre desde la visión de ese camarada fiel, oscuro, de ese militante sin ansias de poder, un crédulo, al que le cuesta pasar de un plumazo del estalinismo al eurocomunismo. Ésa es la conciencia de Ruperto Solana Mas, quien en los últimos momentos de su vida reclama la necesidad de una organización armada para lograr los objetivos emancipadores de la clase obrera. Las dos escenas finales son de una densidad absoluta, una clara y objetiva crítica a la inoperancia y deriva del PC.

Pero si insistimos en su contenido, en este acercamiento a una realidad pasada que nos afecta, lo que esta obra tiene, a mi entender, de carácter fundamental es su forma, su propia estructura dramática. Quizás las formulaciones previas de su autor, los análisis posteriores, todos los estudios nos deberían acompañar hacia una rotundidad: está escrita con absoluta libertad, como sabiendo que el tema elegido no le proporcionaría viabilidad en los escenarios; la escribió para ser soñada. Ciento treinta personajes, escenas situadas a lo largo de setenta años del siglo xx con sus diferentes épocas, sus personajes históricos..., parece obvio que requieren una producción institucional, un gran teatro con todas sus herramientas técnicas y todas sus posibilidades artísticas.

En sus acotaciones se recurre en muchas ocasiones a lo audiovisual, y debe recordarse que en aquellos tiempos no existía el vídeo, por lo que el recurso cinematográfico puede convertirse hoy en algo que ayude a las elipsis, y bien utilizado puede contribuir a solucionar algunas de las escenas de masas y a resolver en preproducción muchas de las escenas con carácter histó-

rico, lo que además le aportaría un mayor ritmo y posibilidades narrativas que la aproximarían a lenguajes populares de estos tiempos.

Pero en ella encontramos todos los géneros, todos los rasgos, desde el cante jondo hasta los discursos políticos, desde las escenas de masas a los monólogos, desde las escenas de acción hasta las esencialmente reflexivas. Huye de lo narrativo; por ello utiliza el cartel, la proyección. Todo ello en veintiséis cuadros, escenas, muchas localizaciones, exteriores, campos abiertos, plazas, movimientos de masas, interiores de diversos lugares. Una auténtica ópera, pero cargada de humanismo, en donde la sangre, el dolor, la tragedia se hace compleja en el sentido que el propio autor confiere esta idea: huir de una excesiva carga nítidamente trágica que pueda acabar en el ridículo, pero preservando la parte trágica y rodeándola de acontecimientos que la trasladen en su plena intensidad a la participación del espectador.

El final de esta obra nos coloca ante una disquisición de primer orden. Como en otras de sus obras, aparece El Autor, pero no aparece como un elemento retórico, sino que se nombra: Alfonso Sastre, con lo que no solamente se refuerza la autoría en un estadio de metalenguaje teatral, sino que al hacer una suerte de pirueta de demiurgo, alcanza otro nivel interpretativo, y en esta ocasión, al tratarse de un tema tan conciso, la militancia en el Partido Comunista de España, la identificación entre autor y personaje central, Ruperto, se produce de una manera casi automática. Otra cosa es que esta identificación sea la adecuada o la preceptiva.

Llevado por una llama interior de admiración y entusiasmo, falta de todo rigor y consecuencia, vuelvo a sentir esa sensación de estar ante esa obra de teatro que se debe montar, que sería un verdadero acto de normalidad democrática y teatral, que ahora sí existen las «condiciones objetivas» para llevarla a los escenarios sin que se sienta como una venganza, un ajuste de cuentas, sino como un acto de normalidad cultural y teatral sin ningún tipo de servidumbres más allá que la jaculatoria de estar ante unos de los autores dramáticos más significativos, provocadores y comprometidos, ética, estética y políticamente, del teatro español del siglo xx.

Los que tenemos la suerte de leer sus escritos mensuales sobre el teatro y sus circunstancias, sus opiniones sobre la escena española de los últimos tiempos, sabemos que se siente un excluido. Es cierto. No aparecen sus textos dramáticos en los escenarios con la normalidad que requeriría la calidad y la importancia de los mismos. Y esta obra, una de sus grandes obras,

una de las obras más importantes de la literatura dramática española de los últimos tiempos, merece ser puesta en pie. Ser vista y oída. Por justicia hacia sus cualidades, para reconocer de una vez por todas y sin prejuicios la calidad e importancia de la propia obra y de su autor.

EL CAMARADA OSCURO

Personajes

UN CANTAOR (puede ser una grabación)

UN VICERRECTOR UNIVERSITARIO

UN DECANO DE FACULTAD

UNA PAREJA DE LA GUARDIA CIVIL

EL CONDE DE ROMANONES

EL DIPUTADO SEÑOR CANELLAS

OTRO DIPUTADO

EL PADRE DE RUPERTO

LA MADRE DE RUPERTO (no habla)

UNA VECINA

UN SUBOFICIAL

UNA ESCUADRA DE SOLDADOS

UNA MUJERUCA

TRES ANARQUISTAS

EL SEÑOR TOMÁS

EL SEÑOR BUSQUETS

RUPERTO SOLANAS MAS

UN MARINERO QUE COMPRA UNA REVISTA

EL TRIBUNO VELÁZQUEZ DE MOLLA

EL MASA

EL DIPUTADO SEÑOR ESPALZA

ALGUNOS MILITARES CON GRADUACIÓN

UNA VIEJA TABERNERA
LIBERTAD
DOS GUARDIAS DE ASALTO
DOLORES IBARRURI
EL SEÑOR CALVO SOTELO
UN MUCHACHO
UN ENTENDIDO
UN CURIOSO
UN COMISARIO POLÍTICO
UNA GITANA
DOS FALANGISTAS
ALGUNOS PRESOS ROJOS
ALGUNOS SOLDADOS ROJOS
ELEUTERIO «EL LUTE»
UNA PATRULLA ALEMANA
PAUL
LA MÈRE CATHERINE
OTRA PAREJA DE LA GUARDIA CIVIL
ALGUNOS GUERRILLEROS
ALGUNOS SOLDADOS ANTIMAQUIS
UN CABO
BENITO: OTRO ANARQUISTA
DON PEDRO EL CRUEL
MÁS PRESOS
PACO (O «JORGE»)
UNA VIEJECITA
PEDRO
ALGUNOS TRANSEÚNTES
UN BORRACHO
TERESA
UN POLICÍA «SOCIAL»
OTRO
OTRO MÁS
EL BUENO
OTROS
AMPARO

TRES JÓVENES MILITANTES (uno se llama Felipe)

JUAN

UN GRUPO DE MANIFESTANTES MAOÍSTAS

UN CAMARERO

EL AUTOR DE ESTA OBRA

ASISTENTES AL ENTIERRO

MÁS POLICÍAS, como siempre

NOTA SOBRE EL ELENCO QUE SERÍA NECESARIO PARA LA REPRESENTACIÓN DE ESTA OBRA

Esta obra, irrepresentable hoy en España, no lo sería sin embargo por razones materiales o técnicas. Sin haber hecho el estudio pertinente –prematureo hoy, dadas las circunstancias–, pienso que una aguerrida compañía de no más de veinticinco actores podría representar el cuantioso censo de sus personajes (unos 130).

Por poner un ejemplo: un grupo de sólo cinco actores podría representar cincuenta y cinco personajes: una escuadra de soldados / Algunos militantes con graduación / Algunos presos / Algunos soldados rojos / Una patrulla alemana / Algunos guerrilleros / Algunos soldados antimaquis / Más presos / Transeúntes / Policías «sociales» / Más policías.

Es un problema de agilidad y de simplicidad en el vestuario.

Claro está que sólo una compañía muy combativa podría encargarse de un trabajo de estas características... Pero de eso se trata: de participar –con todas las limitaciones y específicas deficiencias y servidumbres del arte– en la lucha revolucionaria.

Agosto, 1972

PRIMERA PARTE
(Con algunos antecedentes documentales
de nuestra imaginaria historia)

CUADRO I

1902: Nacimiento de un español en un pesebre

A modo de esperpento, en homenaje a D. Ramón María del Valle-Inclán.

(A telón corrido, la voz de un cantaor:)

Yo he conocido cantores
que era un gusto de escuchar,
mas no quieren opinar
y se divierten cantando;
pero yo canto opinando,
que es mi modo de cantar.

(Se alza el telón. Luz a una gran fotografía de Alfonso XIII, joven: mayo de 1902. Se oyen unos compases de la Marcha Granadera y, en seguida, la voz del flamante monarca:)

ALFONSO XIII.—Al recibir de mi augusta y querida madre los poderes constitucionales, envíe desde el fondo de mi alma un saludo de cordial afecto al pueblo español. La educación que he recibido me hace ver que desde este primer momento pesan sobre mí deberes que acepto sin vacilación.

(De nuevo, la Marcha Granadera: y ahora oscuro sobre el retrato y luz sobre una mujer obrera que avanza, al

compás de la marcha, desde el fondo hasta primerísimo término. Está deformada por un embarazo muy avanzado y anda muy torpemente: como arrastrándose. Se detiene frente al público. Luz ahora al cantaor, mientras la otra se concentra sobre la enorme barriga de la obrera.)

CANTAOR.— Españolito que vienes
al mundo, te libre Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

(Oscuro sobre la obrera y gritos de parto. Grabación acompañada por la guitarra flamenca del CANTAOR.)

GRABACIÓN.— «Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Se dispone que el texto para la enseñanza de la doctrina cristiana esté escrito en castellano. Los maestros y maestras de Instrucción Primaria que enseñasen a sus discípulos la doctrina cristiana u otra cualquiera materia en un idioma o dialecto que no sea la lengua castellana serán castigados con amonestación, pero si reincidieran serán separados del Magisterio oficial, perdiendo cuantos derechos les reconoce la ley.»

GRITOS.— ¡Muera el decreto! ¡Muera el decreto! ¡Visca Catalunya!

(El recinto de la Universidad de Barcelona. Carga a caballo de la Guardia Civil en el interior de la Universidad. Entre los estudiantes hay un hombre que grita:)

HOMBRE.— *(A los GUARDIAS.)* ¡Deténganse! ¡Soy el vicerrector de esta Universidad! ¡Deténganse, en nombre del fuero universitario!

OTRO.— ¡Cesen en su violencia! ¡Cesen en su reprobable violencia, señores guardias civiles!

GUARDIA CIVIL.— ¿Qué dice que son éstos?

GUARDIA CIVIL 2.— ¡Como si son el Nuncio! ¡No te amuela!

(Los golpean con los sables y los abaten. Cantos de resistencia de los estudiantes: Els Segadors y La

Marsellesa. *Luz a un estrado en el que se lee «Conde de Romanones. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes» y en el que, en efecto, está el SR. CONDE dirigiéndose al Congreso de los Diputados.»*

ROMANONES.— Algunos diocesanos de determinadas provincias han aprobado texto escritos en dialecto; por lo cual...

(En un palco se alza la voz del diputado SR. CANELLAS:)

SR. CANELLAS.— El catalán no es un dialecto, señor conde.

ROMANONES.— *(Como si no lo hubiera oído.)* ¡... Y en las cuatro provincias catalanas se da el hecho anómalo de que los textos de doctrina cristiana aprobados y designados por los diocesanos están escritos en el dialecto catalán!

SR. CANELLAS.— ¡El catalán no es un dialecto, señor conde!

ROMANONES.— ¡Y que no hay un solo texto escrito en castellano! ¡Ni uno solo, en lengua española!

SR. CANELLAS.— ¡El catalán no es un dialecto! ¡Es un idioma español, señor ministro de Instrucción Pública!

ROMANONES.— *(Se encoje de hombros.)* ¡Lo mismo me da que sea idioma que dialecto! ¡Lo que quiera su señoría!

(Gritos del parto de la obrera. Otro DIPUTADO interpela al CONDE DE ROMANONES.)

DIPUTADO.— La Guardia Civil ha entrado a todo galope en la Universidad de Barcelona, de resultas de lo cual ha sido gravemente herido de un sablazo en la cabeza el decano, señor Rivas. ¿Quiere el señor Conde de Romanones informarnos sobre tan lamentables hechos?

ROMANONES.— *(Comprensivo.)* Es cierto que la Guardia Civil, que no tiene costumbre de entrar en esos centros, arremetió no solamente contra los estudiantes, sino contra el vicerrector y el decano, los cuales se lamentan de que, al decir quiénes eran a los guardias, éstos les contestaron que lo mismo les daba de unos que de otros, cosa que no tiene nada de particular porque en aquellos momentos la Guardia Civil, sobre todo tratándose tan

sólo de guardias, no tenía obligación de saber lo que suponía ser un vicerrector y un decano. Hay que tener, además, en cuenta que el decano es un hombre de poca edad relativamente.

(Risas: mezcladas ahora con gritos del parto de la obrera. Oscuro al Congreso y luz al nacimiento de RUPERTO SOLANAS MAS en una especie de cochiguera, entre gruñidos de cerdos, mugidos y rebuznos. Se ve una vaca. La obrera, echada en una colchoneta de paja, tiene al niño a su lado. El PADRE está bastante borracho en estos momentos.)

PADRE.— ¡Le pondremos Ruperto, Micaela! ¡Así se llamaba mi padre, espartero famoso y, ay, muerto el pobrecico en la negra miseria sobre tierras riquísimas! ¡Coño! ¡Ruperto Solanas Mas, un español que nace! ¡Micaela, que no se nos lo vaya a comer algunas partes ese cerdo mientras me voy a celebrar el acontecimiento ahí con algunos amigos de entera confianza social! ¡En cuanto a las hemorragias, si se prolongan, no te ocupes, que es peor, según dicen, hurgar el contenido del destrozo causado por el hematoma de la nacencia! La profesora en partos te lo ha dicho: que no hay gravedad situacional y que el crío es un varón a simple vista. Te dejo porque, además, luego me tengo que ir al puesto de prensa, a vender el papel de *Le Veu de Catalunya* y otros diarios con los sucesos que acaecen en este año de gracia. ¡Viva el 1902 y viva el siglo xx! ¡Y viva la anarquía, la única salvación del ser humano! Cartagena me da pena / y murcia me da dolor. *(La guitarra flamenca acompaña su cante.)* ¡Ay! ¡Ay! Pero, mujer, ¿no te das cuenta de que la vaca está haciéndose sus necesidades sobre el zagal? *(Lo retira y lo limpia.)* Pobrecito mío, me lo ha cagado todo, la muy guarra de esta vaca berrenda. Habrá que mudarse a mejor habitáculo y lo haremos, querida Micaela, en cuanto el viento nos sople de popa en esta Barcelona, ay de mí, donde el murciano no es bien requerido, dada su calidad de castellano de mierda, como nos denominan. Un duro de alquiler nos cobran por esta cuadra. ¡Ay de nosotros! Cartagena de mi vida / Murcia de mi corazón.

(Jipío, interrumpido por una VECINA que aparece.)

VECINA.— Y la Micaela, ¿cómo se encuentra de sus molestias puerperales?

PADRE.— Desmayaíca de los esfuerzos, me parece.

VECINA.— ¡A ver, a ver! Micaela, hija mía. (*A él.*) No me contesta, oiga.

PADRE.— Se habrá quedado dormida, del cansancio de dar a luz a la criatura.

VECINA.— Está llena de sangre por los bajos: empapada, la pobre.

PADRE.— Será de la hemorragia natural, debida a la expulsión de la placenta, según las comadronas.

VECINA.— ¡Llame a un doctor, señor Ruperto, que esto no me gusta ni un pelo! ¡Es mucha pérdida de sangre y su cara aparece amarilla y sin ninguna expresión de vida propiamente!

PADRE.— Sí que ha perdido la color, vecina mía. Miedo me da mirarla ahora. Acérquele la oreja, a ver cómo va de su respiración. (*La VECINA lo hace.*) ¿Qué tal? ¿Lleva su ritmo mi Micaela?

VECINA.— Aquí no se oye nada y está más fría que otro tanto.

PADRE.— Recójame al chaval y póngamelo en esas pajas, con cuidado del puerco, mientras que la reanimo.

(La VECINA lo hace. El PADRE DE RUPERTO trata de reanimar a MICAELA, mediante una extraña gimnasia, como si se tratara de una ahogada.)

VECINA.— ¿Se recupera? ¿Le vuelve la color?

PADRE.— ¡Es tal una muñeca rota! ¡Tiene los brazos muertos; y también el resto del cuerpo, Dios me perdone! ¡Le ha cogido muy débil el parto, de tantas hambres que pasamos últimamente!

VECINA.— ¿Qué quieres decir con esas tristes palabras?

PADRE.— (*De pronto da un grito animal, feroz.*) ¡Quiero decir —me cago en Dios— que Micaela Mas, mi esposa, parece haber fallecido de muerte natural; y que a este niño y a mí, de ser como barrunto, nos esperan muy difíciles tiempos si es que no viene y triunfa la Anarquía y acaba con el dolor y las desigualdades!

VECINA.— ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! (*Llora.*)

PADRE.— ¡No blasfeme, vecina; que aquí no hay Dios, ni Cristo, ni ningún santo que vele por nosotros! ¡Ruperto Libertario, tal ha de ser tu nombre, hijito mío! ¡Juntos hemos de luchar, cuando seas grande, por la redención del

obrero y el fin de la miseria! ¡Sin querer, hijo mío, has matado a tu madre!
¡Mírala, cadavérica; y dile adiós!

VECINA.— ¿Dónde te llevas la criatura, con la helada que está cayendo?

PADRE.— Al sindicato, a plantear la cuestión ante los compañeros y ver la forma de enterrar civilmente a la mujer de mi vida. ¡Muera el clero!

(Sale con la criatura. Oscuro.)

CUADRO II

Muerte de un murciano

Cartel:

1901
Barranco del Lobo
400 bajas españolas
Muerte del general Pintos

CANTAOR.— En el Barranco del Lobo
hay una fuente que mana
sangre de los españoles
que murieron por la patria.
Ni me lavo ni me peino,
ni me pongo la mantilla
hasta que venga mi novio
de la guerra de Melilla.
Pobrecita madre,
cuanto llorará
al ver que sus hijos
a la guerra van.

(Embarque de tropas para África en el puerto de Barcelona. Disturbios. Voces populares.)

VOCES.— ¡No embarquéis, muchachos! ¡Vais a muerte segura! ¡Os llevan al matadero esos canallas de políticos! ¡Rebelarse contra los oficiales! ¡Que vayan ellos a llenarse los pechos de medallas y los bolsillos con la pasta del pueblo! ¡Viva la insubordinación!

VOZ DE UN SOCIALISTA.— ¡Viva el servicio militar obligatorio! ¡Que los ricos tengan que despedir a sus hijos, como a nosotros nos obligan! ¡Que tengan que recibir, como nosotros, los restos ensangrentados de su prole! ¡Proletarios, úños! ¡Todo el sufrimiento es para el pobre en esta sociedad capitalista! ¡Viva el socialismo! ¡Muera la opresión burguesa y el señoritismo andaluz!

(Encuentro entre el pueblo y la fuerza pública. Disparos. Heridos. Cae un telón pequeño con una página del periódico El Motín, 15 de julio de 1909:)

TEXTO

Hablan de patriotismo, de prestigio nacional y de otras sagradas cosas que no están en juego ahora. Pero yo creía que el patriotismo no consistía en explotar minas en territorios que no son de España. Yo entendí que era más patriótico oponerse a que en la provincia de Huelva una compañía inglesa, la de Riotinto, sea dueña absoluta y disponga de un verdadero ejército de guardas armados.

LUIS DE NAKENS

(Irrumpen en escena unos OBREROS. Es la calle Fernando de Barcelona. Llevan hasta quince momias sacadas del convento de las Jerónimas y sobre las que hacen jocosos comentarios. El que parece ser el jefe del grupo es el PADRE DE RUPERTO. Resplandor de incendios lejanos y ruido de fusilería. Estamos en la Semana Trágica de Barcelona: 26 al 31 de julio de 1909.)

PADRE.— ¡Ponerlas por aquí en orden y colocación, como corresponde a proletarios conscientes y solidarios! ¡No me seáis golfantes, que esto no es un saqueo; así que no me revolváis el material en busca de las malditas alhajas que estas momias puedan tener en sus podridos dedos; ni tampoco es un sacrilegio, sino una inspección ocular del contenido de los conventos barceloneses, como este de las Jerónimas, con fines históricos, políticos y científicos, al servicio de la Anarquía! Investigando el sexo de las momias podremos determinar, ¡so burros!, la connivencia que haya podido haber en otros tiempos, y también en los más recientes, entre las monjitas y los

frailes de las cercanas comunidades. ¡Así se ha hecho el hallazgo de pasadizos secretos, subterráneos, de convento macho a convento hembra, y ello ha probado en otras ocasiones la existencia de ese comercio sexual entre gentes de la iglesia, cosa que no ha de sorprendernos, dada la conocida hipocresía clerical!

(Se oyen gritos de «Viva España» y aparece una escuadra de soldados con un SUBOFICIAL, que ordena:)

SUBOFICIAL.— ¡Fuego, fuego a la canalla separatista! ¡Muera el Gurugú! ¡Viva el glorioso ejército español!

(Disparos sobre el grupo anarquista, que trata de protegerse con las momias, pero caen en un sangriento revoltijo ente ayes y blasfemias. El PADRE DE RUPERTO, mortalmente herido, grita heroicamente:)

PADRE.— ¡Muerto soy por la causa! ¡Mi hijo me vengará de esta sociedad traicionera! ¡En sus manos encomiendo mi espíritu!

(Muere. Luz a una mesita donde RUPERTO, siete años, toma una sopa desganadamente. Es un niño pálido, enfermizo. Lo cuida una MUJERUCA.)

MUJERUCA.— ¿Te quedas con hambre, Rupertito? *(El niño asiente.)* Eso es lo bueno, sobre todo de noche, para que el sueño no se perjudique con esas malas digestiones propias de la hartura. Aparte de que los sepulcros están llenos de grandes comilonas, como dice el refrán.

(En este momento se oye gran escándalo. Fuertes golpes en una puerta. Gritos. La MUJERUCA va a abrir y da un grito terrible. Los compañeros ácratas traen el cuerpo sin vida y ensangrentado del PADRE. Lo echan en un canasto.)

ANARQUISTA 1.— *(Quitándose la gorra.)* Traemos el despojo mortal del compañero. Murió por la Anarquía.

(Todos se han descubierto piadosamente.)

ANARQUISTA 2.— Asesinado por las fuerzas del orden.

ANARQUISTA 3.— Tu muerte no será en vano, compañero. Te vengaremos haciendo estallar en mil pedazos el orden vigente.

ANARQUISTA 1.— La tea vengadora hará arder esta ciudad podrida por los cuatro costados. ¡Desde el maldito Montjuich a la última torre, refugio del burgués!

ANARQUISTA 2.— ¡Que tiemble la burquesía catalana! Aquí estamos nosotros, llenos de rabia y a falta de explosivos.

ANARQUISTA 3.— Tú eras un idealista y un científico, más que un hombre de acción.

ANARQUISTA 1.— ¡A quién se le ocurre sacar unas momias para estudiarlas en la calle Fernando!

ANARQUISTA 2.— ¡Pues claro! Se las ultraja y a otra cosa.

ANARQUISTA 3.— Es lo que yo decía: un poco de sacrilegio y a seguir con la revolución. Por cierto, señora, que éste es su reloj. Se le ha debido salir del bolsillo, con la caída.

ANARQUISTA 1.— Pero éste ha sido siempre, ¡y a él mismo se lo he dicho mil veces cuando no estaba de cuerpo presente como ahora!, un cabezón en algunas cuestiones de lo más importantes.

(La MUJER, compungida, ha cogido el reloj, que es enorme. Recuerda los relojes circenses de los payasos. Hace pucheros.)

ANARQUISTA 2.— En fin, señora; tenga paciencia como corresponde a una parienta del difunto, pero alimente su odio contra la canalla burguesa, que es la culpable. Abur.

ANARQUISTA 3.— *(A RUPERTO.)* ¡Y tú, majo, alegra esa cara; que tu buen padre ha sido un héroe de verdad y ha muerto pensando en ti, como heredero de su idea! Su testamento, al sentirse morir, ha sido que tu seas su heredero en esta vida perra.

(El niño está llorando silenciosamente. Todos han quedado inmóviles. Oímos la grabación:)

GRABACIÓN.— Balance de la Semana Trágica de Barcelona. Obreros muertos: 104. Muertos entre las fuerzas del orden y gente respetable: 8. Entre ellas, se lamenta el fallecimiento de la monja capuchina sor Everenciana. Descanse en paz.

Dos meses después, en septiembre, las gloriosas tropas españolas ocupan el Gurugú. La hazaña es saludada por el diario *ABC* con bellas palabras: «¡Honor y gloria para las valerosas tropas que a las siete y media de la mañana de ayer han clavado la enseña de la Patria en el pico más alto del odiado y odioso Gurugú!». En la operación han intervenido 16 compañías, 3 baterías artilleras, 3 secciones de Caballería y una de Ingenieros. Según el parte oficial, dado en Melilla, nuestras heroicas tropas no han encontrado la menor resistencia.

(Oscuro y luz sobre una tapia, en el interior del castillo de Montjuich. Pelotón de fusilamiento, basado plásticamente en los de la Moncloa de Goya. Descarga sobre un hombre que se desploma. Vuelve la Marcha Granadera. El fusilamiento queda como una estampa; y un cartelón informa del contenido:)

OCTUBRE DE 1909:

FUSILAMIENTO DE FERRER
PROTESTAS EN TODO EL MUNDO
CAE EL GOBIERNO MAURA

CUADRO III

Trabajo infantil

1914. RUPERTO tiene doce años y es vendedor de periódicos. Es casi la madrugada cuando vuelve con el papel sobrante al kiosko del SR. BUSQUETS, en las Ramblas. El SR. BUSQUETS hace breve tertulia, a esas altas horas, con el tío TOMÁS, panadero, que va a entrar a su trabajo. Se ve, al fondo, la muestra del horno.

TÍO TOMÁS.— ¡Tener que ponerse a trabajar ahora en ese infierno de la tahona es una maldición, señor Busquets!

SR. BUSQUETS.— Pero al menos no pasa usted frío como un servidor aquí en el puesto.

TÍO TOMÁS.— Es por lo único, tratándose de invierno. Pero ¿y en verano, qué me dice usted? Por lo demás, no creo que pueda quejarse, aquí, rodeado de tanta cultura como está.

SR. BUSQUETS.— ¡Cultura y pornografía, señor Tomás! Y que no falte.

TÍO TOMÁS.— Lo cual, sea lo que sea, significa avance y progreso, cosa propia de Barcelona, ciudad más avanzada en todo que Palencia; que es el maldito pueblo que a mí me vio nacer. ¿Qué nos dice la prensa?

SR. BUSQUETS.— Esos malditos alemanes, que avanzan. ¿No se compra un periódico?

TÍO TOMÁS.— *(Como si no lo hubiera oído.)* ¿Y de Marruecos, dice algo?

SR. BUSQUETS.— En la prensa de Madrid hablan de un discurso incendiario de Pablo Iglesias. ¡Que critica a Romanones! ¡Que ha atacado al ejército! ¡Que los soldados pasan hambre y que se deben abandonar aquellas tierras de África! ¡Es bárbaro ese hombre!

TÍO TOMÁS.— A ver, a ver. Se lo devuelvo intacto. Es que no tengo suelto.

(Lee un periódico mientras se oye, en la grabación, la voz de Pablo Iglesias.)

GRABACIÓN.— «Para nosotros —me refiero a los socialistas— la política colonial no es lo que se dice, no consiste en procurar el progreso de estos otros países, ni en mejorar las condiciones de tales o cuales pueblos, ni en llevarles más instrucción. La finalidad verdadera de las campañas coloniales no es otra que la de obtener beneficios. Por eso hemos protestado siempre contra la guerra de Marruecos.»

TÍO TOMÁS.— *(Con un silbido.)* ¡Y que lo diga usted, señor Busquets! ¡Pero bárbaro, bárbaro!

(RUPERTO ha entregado, silencioso, los paquetes al SEÑOR BUSQUETS.)

SR. BUSQUETS.— ¿Todo eso me devuelves, caradura?

RUPERTO.— Es que no hay quien lo venda, por más que haga, jefe.

SR. BUSQUETS.— No me trae cuenta lo que te doy, con esas ventas que me haces.

RUPERTO.— Pues llevo seis horas voceando por todas las Ramblas; pero es que hay muy poco público con este frío que pela. *(Se echa el aliento en los dedos entumecidos.)*

SR. BUSQUETS.— No ganas lo que te comes, golfo.

RUPERTO.— Despídame, si quiere, si no lo gano. ¡Pues anda con la bronca!

SR. BUSQUETS.— Tendré que hacerlo, respondón.

RUPERTO.— ¡Pues ya está hecho por mi parte, si es que no le intereso!

SR. BUSQUETS.— ¿Y adónde vas a ir tú, desgraciado?

RUPERTO.— Y yo qué sé. Alguien habrá que me recoja.

SR. BUSQUETS.— Maleducado. Murciano tenías que ser, jodido.

RUPERTO.— El murciano lo será usted; no insulte.

SR. BUSQUETS.— ¿Teniendo esos pocos años, así te portas? ¡Qué vergüenza!

RUPERTO.— Ve que estoy malo y no me compadece. *(Llora. Está temblando.)*

TÍO TOMÁS.— Vamos chaval, no llores, que no se saca nada. ¿Por qué no aprendes un oficio?

RUPERTO.— Eso quisiera yo, pero a ver cuál.

TÍO TOMÁS.— (*Al SEÑOR BUSQUETS.*) Es lo mejor que podía hacer el chico, ¿no le parece a usted?

SR. BUSQUETS.— Escuche: éstos son golfos de la calle. No quieren trabajar: son carne de presidio y quién sabe si de patíbulo u horca.

TÍO TOMÁS.— ¡Vamos, señor Busquets; que usted se tiene por socialista! ¡No insulte a la infancia!

SR. BUSQUETS.— ¿Socialista yo? ¿Quién se lo ha dicho a usted? Yo lo que soy es catalán, gente de orden, y contra el centralismo de Madrid; no me confunda usted.

TÍO TOMÁS.— Vamos, vamos, muchacho. Vente conmigo ahí, a la tahona, que ahora yo entro a trabajar, y por lo menos te calientas. Que un mal día lo tiene cualquiera, hombre.

(Se lo lleva a la tahona mientras el SR. BUSQUETS vende una revista pornográfica a un MARINERO.)

MARINERO.— Deme esa de *Los Placeres de la Carne*.

SR. BUSQUETS.— (*Malhumorado.*) Es un real; que todo está subiendo.

(Proyección de un film documental de la Guerra Europea: 1915 en la pantalla. Explosiones de granadas. Pasa a: música como de «kermesse». Una pancarta que dice:

TODOS A OÍRA VELÁZQUEZ DE MOLLA EL 31 DE MAYO

De nuevo la Marcha Granadera. El escenario ha sido engalanado para el discurso. Sale VELÁZQUEZ DE MOLLA. Grandes aplausos y vivas a España en el público.)

VELÁZQUEZ DE MOLLA.— (*Fogoso.*) ¡El enemigo es Inglaterra! ¡Odiemos a Inglaterra! En cuanto a Portugal, es necesario ir a una federación con ellos, si bien la raza portuguesa, en la clase media, no se conserva pura; ¡se ha mezclado con las colonias y por eso prodúcense revoluciones que tienen algo de motines zoológicos! (*Bravos vibrantes y apasionados aplau-*

sos.) ¡Bendita sea la poesía! ¡Vivamos en la poesía! ¡Amo a mi patria y la evoco en mis sueños! ¡Quiero ser soldado de los Tercios del Duque de Alba! (*Bravos femeninos. Flamean pañuelos y caen flores sobre el escenario. Vivas a España. Intensa emoción patriótica.*) ¡Poesía es arte, patria, amor a la mujer! ¡Haced de cada hogar una escuela de patriotismo! ¡No importa que los caballeros sean mendigos con tal de que los mendigos sean caballeros! ¡Hagamos de cada corazón un ascua! (*Entre las flores, también ha sido proyectado sobre el escenario un zapato femenino, homenaje, sin duda, de una de sus muchas admiradoras. El orador toma el zapato y lo alza en su mano derecha.*) ¿De qué gentil señora es este bello zapato?

(Queda en esa posición, mientras el joven RUPERTO y el tío TOMÁS viajan en tren hacia Madrid. Silbato, ruidos, traqueteo. Ellos dos, sentados en un banco, «hacen» el tren.)

Tío TOMÁS.— Madrid es otra cosa, ya verás; y siendo el farruco —que así se llama en Madrid a los patronos panaderos— mi primo Josefino, todo irá bien tanto para mí, en mi calidad de oficial de pala, como para ti, que eres un aprendiz adelantado en todo lo referente a masa, a pesar de tu corta edad.

FEBRERO DE 1917:

REVOLUCIÓN EN RUSIA. GOBIERNO KERENSKI.

AGITACIÓN. BILBAO:

POR LA JORNADA DE NUEVE HORAS Y UNA PESETA
DE AUMENTO, 30.000 METALÚRGICOS EN HUELGA.

10 DE AGOSTO:

HUELGA GENERAL EN TODA ESPAÑA.

SE PIDE LA FORMACIÓN DE UN GOBIERNO PROVISIONAL
Y CORTES CONSTITUYENTES.

(Comentario:)

¿ES ASÍ UNA HUELGA GENERAL POLÍTICA?
¿ES ASÍ COMO EL PROLETARIADO TOMA EL PODER?

(Glorieta de Cuatro Caminos, SOLDADOS. Ametralladoras. El tío TOMÁS y RUPERTO cruzan la glorieta en un ambiente crispado. Unos OBREROS gritan: ¡Viva la huelga! Disparos.)

GRITOS.— ¡Están asesinando a la clase obrera!

(Una carga. Golpes. El tío TOMÁS y RUPERTO se escabullen como pueden. Oscuro y luz sobre un pupitre en el que Miguel Maura, cuya nombre reza en la delantera del pupitre, escribe una carta.)

GRABACIÓN.— La tropa ha estado extraordinariamente bien, porque ha pegado con saña y no ha perdonado medio de hacer pupa. Claro que ha habido algunos excesos: oficiales que se han excedido con los obreros, que se merecían a lo suma un palo y se han encontrado con un tiro; abusos de la tropa y, en fin, lo que pasa en estos casos; es muy natural. De palabra, cuando nos veamos, te contaré todos los detalles, que son sabrosísimos.

(Tableteo de ametralladoras. Gritos de muerte. En la tahona madrileña, el tío TOMÁS —que maneja la pala— y RUPERTO, con rostros blancos como la harina, trabajan fatigosamente: el horno —su roja brasa— echa bombas de calor sobre sus cuerpos desnudos y sudorosos. Entra el MASA, un oficial.)

MASA.— Señor Tomás, señor Tomás.

TOMÁS.— ¿Qué hay?

MASA.— Esto es más grande que nuestra huelga panadera. *(Le tiende un periódico.)* Mire, mire lo que trae el periódico.

TOMÁS.— *(Leyendo.)* «San Petersburgo. Asalto al Palacio de Invierno. ¡Todo el poder para los soviets!, se grita en Rusia.» *(Silba largamente, ponderando la importancia de la noticia.)* Jodeer...

(RUPERTO sigue amasando, como ausente. Oscuro. Imágenes documentales:

MAURA.
CAMBO.
VISCA CATALUNYA!

1918. Discurso del SR. ESPALZA en el Congreso: El SR. ESPALZA habla desde un palco del teatro:)

SR. ESPALZA.— Se comete el crimen —¡que es un verdadero crimen, y no sólo contra la nacionalidad, sino también pedagógico!— de traer maestros de instrucción primaria a los pueblos donde los niños ignoran el castellano, ignorando ellos el vasco, lo cual tiene que calificarse de crimen pedagógico porque lo primero que se consigue es que los niños tomen horror a la instrucción, a lo que no entienden... Este pueblo ve desconocida su personalidad nacional, ultrajado su derecho, proscrita su lengua... No se puede desconocer hoy que la cuestión vasca es una realidad viva y palpitante en el corazón del pueblo; una realidad que el día de mañana puede ser trágica y sangrienta.

(Gritos de «Gora Euskadi». Disparos. Marcha Granadera. Letreros:

OCTUBRE DE 1919:

LA CLASE OBRERA CONSIGUE LA JORNADA DE OCHO HORAS. PROHIBICIÓN DEL TRABAJO NOCTURNO PARA LOS PANADEROS.

Se oye la Internacional; que funde a, nuevamente, la Marcha Granadera. A cuyo compás, como desfilando —en una irrisoria tentativa marcial— entra en escena RUPERTO, recién ingresado en el servicio militar. Una voz en «off» le ordena —y él obedece con múltiples errores—: «Alto, ar. Izquierda, ar. En su lugar, des...canso». RUPERTO, en esa posición, medio encogido, queda mirando al público.)

CUADRO IV

Fundación del Partido Comunista

1912. RUPERTO, soldado. *Parte del uniforme le viene demasiado grande, y la otra demasiado pequeña. Mientras espera a la puerta de la tahona, pasan CABOS, SARGENTOS y OFICIALES. RUPERTO saluda a todos de un modo que pretende ser marcial. Apenas ha saludado a uno, ya tiene que saludar a otro. Desde luego, saluda indiscriminadamente a MILITARES, PORTEROS DE LIBREA y ORDENANZAS. Por fin, sale del trabajo el tío TOMÁS.*

RUPERTO.— Hola, señor Tomás. Que vengo a despedirme.

TOMÁS.— ¿No has podido arreglar lo de África, muchacho? Mira que aquello es un matadero y una injusta guerra colonial.

RUPERTO.— ¿Cómo voy a arreglarlo sin una perra? ¿Desertando?

TOMÁS.— Ésas son palabras mayores. Tomamos un vaso donde la señora Paca.

RUPERTO.— Yo le convido.

(Entran en una lúgubre taberna. Piden unos chatos y se los sirve una vieja triste. Brindan.)

TOMÁS.— Pues que haya suerte, hijo.

RUPERTO.— ¿Cómo van las cosas por acá? Allí en el campamento no se oyen mas que tacos y rebuznos; y yo el primero que los suelto.

TOMÁS.— *(Meditabundo.)* El proletariado avanza; no hay duda; sólo que lentamente... La clase obrera tropieza con serias dificultades. ¿Tú sigues con los anarquistas?

RUPERTO.— ¿Quién se lo ha dicho?

TOMÁS.— (*Ríe.*) Mis espías uruguayos. Je, je, je.

RUPERTO.— (*Niega con la cabeza.*) Estuve, pero ya no.

TOMÁS.— ¿Por qué?

RUPERTO.— ¡No me convence! Además, el otro día le rompí la cara a un compañero por cuestión de una chica.

TOMÁS.— ¿El qué no te convence? ¿La acción directa?

RUPERTO.— ¡No, eso sí; eso es lo único! Pero luego les da por comer lechuga y hacer gimnasia en la Dehesa de la Villa.

TOMÁS.— ¿Estás tú por la violencia, Ruperto? ¿Por el terrorismo?

RUPERTO.— Pues debe de ser que sí, porque me alegro un rato cuando lo hay, cuando pegamos fuerte —¡por ejemplo, la muerte del canalla de Dato!—; pero no estoy por nada, la verdad. ¡Ni para nada!

TOMÁS.— Tú lo que estás es aburrido. (*RUPERTO se encoge de hombros.*) De la vida. ¡Tan joven!

RUPERTO.— Sí. ¡O no sé! Todo ha sido sufrir y, claro, tengo odio. Y asco de lo que veo.

TOMÁS.— ¡Vente al Partido Obrero, Rúper! Allí estamos el proletariado consciente. ¡Gente con pelotas; e intelectuales con nivel, como Julián Besteiro! ¿A ver qué piensas tú? ¿Qué es mejor: pegarle un tiro a don Eduardo Dato —¡y que conste que se lo tenía bien merecido; no te creas que yo soy uno de esos pacíficos y legales!—, o decirle lo que le dijo el compañero Besteiro en el congreso, muy poquito antes, sobre el canalla de Martínez Anido y la ley de fugas? (*Imitando a Besteiro.*) «¿Le parece eso bien al señor Dato? Y yo digo —añadió el compañero Julián—: ¿Puede haber un hombre de gobierno, ¡sea de las opiniones que sea!, que piense que para acabar con la actuación de unas bandas terroristas hay que dejar que actúen otras bandas de terroristas?» A ver qué te parece eso.

RUPERTO.— (*Con sencillez.*) Me parece un discurso.

TOMÁS.— ¿Y lo otro?

RUPERTO.— ¡Hombre! Lo otro me parece un tiro.

TOMÁS.— ¡Pues me has sacado del apuro! Eso ya se sabía. (*A la señora de la taberna.*) Otros chatos, si hace el favor, abuela. (*La mujer se los sirve.*) ¡Que cosas tienes, Rúper! Y seguro que tú eres de los que opinan que es mejor pegar tiros que decir discursos y actuar con las masas. ¿Es eso lo que quieres decir?

RUPERTO.— Yo lo que estoy es mal, señor Tomás; y prou. ¡Parece uno un muñeco o, no sé, un..., un fantoche! ¡Mire qué uniforme me han puesto, que ésta es otra: lo que me sobra por aquí, me falta por aquí! Como un payaso. ¡Y qué! ¿Te vas a reír? *(Casi hace un melancólico puchero.)*

TOMÁS.— Ánimo, hombre, ánimo. ¿Escribirás desde las Áfricas?

RUPERTO.— Si me dejan, le mandaré una postal. *(Tristísimo.)* Hasta la vuelta, si es que no me matan los moros, que es lo más probable, porque yo no pienso pegar un tiro...

(Pero, aunque se ha despedido, no se mueve. Oscuro sobre todo menos su figura, que queda iluminada por un proyector. RUPERTO se pone en pie. Suena una descarga. Se lleva las manos a la cara y cae. El proyector se concentra sobre su figura, con especial atención a su rostro ensangrentado. Se queja: ¡ay, ay! Es una mezcla de lamento y aullido. Cante, mientras en una proyección se lee, gigantesca, la palabra «ANNUAL».)

GRABACIÓN.— La bala que a mí me hirió
también rozó al comandante.
A él lo hicieron coronel
y yo sigo como antes.
La bala que a mí me hirió...

(Oscuro sobre el herido. El SEÑOR TOMÁS se entrevista con su joven colega el MASA. Está furioso.)

TOMÁS.— ¡Que no Masa, que no! ¡Que no tienes razón! ¡Que no!

MASA.— ¡Que sí, Tomás, que sí! ¡Que tú no ves la cuestión correctamente!

TOMÁS.— ¡Que no, te digo! ¡Que no; y ya está!

MASA.— ¡Que sí! ¡Que sí! Que éste es el camino de la Revolución, y los demás son renegados socialdemócratas. ¡Sois!

TOMÁS.— *(Paciente.)* ¡Que no! Que te equivocas, hombre. Que te equivocas.

MASA.— ¡A ver por qué no! ¡A ver, te escucho!

TOMÁS.— ¡Pues porque no! ¡Porque no se pueden aceptar las condiciones moscovitas: a ver si te enteras!

MASA.— ¿Las veintiuna condiciones, te refieres?

TOMÁS.— Las veintiuna, sí señor. ¡Son condiciones moscovitas! ¡Hipoteca extranjera al movimiento obrero!

MASA.— ¡A lo que yo digo: Viva la III Internacional! ¡Viva la Revolución Rusa! ¡Y caiga quien caiga!

TOMÁS.— ¡Nosotros también decimos viva la Revolución Rusa; pero no nos tragamos las condiciones, que es diferente! ¡Y seguimos con Viena, que es la verdadera Comunidad de los Trabajadores! ¡Y quien reniega habéis sido vosotros, en calidad de traidores al Partido Socialista Obrero Español! Y perdona la forma de señalar.

MASA.— Nosotros es la Revolución, Tomás. Nosotros es el porvenir. Nosotros es el Partido Comunista de España.

(Se oye la «Internacional». Oscuro.)

CUADRO V

Una bella dictadura. ¡Viva la República!

En un banco público, RUPERTO SALANAS MAS. Un parche le cubre un ojo. Ha quedado tuerto. Además, apoyadas en el banco, tiene unas muletas. En efecto, lleva un pie muy vendado. Por lo demás, un brazo en cabestrillo. Lee un periódico. Letrero:

1923. 13 DE SEPTIEMBRE.
GOLPE DE PRIMO DE RIVERA.

Se oye la voz del Dictador:)

GRABACIÓN.— ¡Este movimiento es de hombres! ¡El que no sienta la masculinidad completamente caracterizada, que espere en un rincón —sin perturbar el orden— los días buenos que para la patria preparamos! ¡Españoles! ¡Viva España... y viva el Rey!

(A RUPERTO le da un ataque de risa. Letrero:

«1926»

RUPERTO sigue en el mismo banco y lee el mismo periódico, pero ya no lleva el brazo en cabestrillo.)

¡Las congregaciones religiosas saben inculcar a los niños el sentido del honor y del patriotismo! ¡Y aún hay quien repudia esa enseñanza para sus

hijos por un rabioso afán doctrinario! (*Voces de: «¡Viva el General Cristiano! ¡Viva el Cerro de los Ángeles!».*) ¡Los extravagantes y los filósofos, que hablen en nombre de la Libertad, que dialoguen entre sí! ¡La enseñanza elemental ha de ser religiosa y patriótica, ni más ni menos! ¡La mujer embellecerá los municipios y será un estimulante para los hombres que en él se congreguen!

RUPERTO.— ¡Bravo, bravo! ¡La mujer como adorno del municipio! ¡Ja, ja, ja!

(Letrero: «1929».)

GRABACIÓN.— ... Pero sabe el país que esto que hoy tiene —¡orden, trabajo, justicia, libertad!— no lo puede disfrutar eternamente por obra y gracia de la Dictadura, dado que las dictaduras —ay— son personales. Hay que legalizarla y consolidarla en forma que la única inquietud existente, la de que el dictador se agote, desaparezca. Pero ¿volver al pasado? ¡Eso nunca! ¡Organización de partidos políticos, no! Es verdad que siete años no han bastado —serían precioso treinta o cuarenta— para sanear las lagunas y extirpar el anofeles, pero...

(Voces: «¡Viva la República!». Pasa una manifestación republicana a la que RUPERTO se une, cojeando y agitando un pañuelo rojo. Está a punto de caerse. Una chica que mira hostilmente la manifestación lo sujeta. Él la mira, complacido.)

RUPERTO.— ¿Cómo es su gracia, joven?

LA CHICA.— Libertad Pérez, para servirte, compañero.

RUPERTO.— Permítame que me apoye; que me caigo.

LIBERTAD.— Apóyate, chaval, que para eso estamos. ¡Solidaridad obrera, hasta la muerte! ¡Viva la CNT! ¡Muera la República burguesa!

RUPERTO.— (*Abrazado a la chica.*) ¡Viva la... solidaridad... obrera! ¡Y, en cuantito que nazca, si es que nace, la República burguesa, muera, como tú dices, compañera confederal! ¡Muera la República!

(Un REPUBLICANO que lo oye le pega con una cachiporra y él cae. La compañera confederal lo atiende solícita. Oscuro.)

14 DE ABRIL DE 1931:
PROCLAMACIÓN DE LA SEGUNDA
REPÚBLICA ESPAÑOLA

(Marcha Granadera, acompañando la de Alfonso XIII al exilio. Himno de Riego: «Si Torrijos murió en un cadalso...». ¡Hacia la reforma agraria! ¡Disolución de la Compañía de Jesús!)

10 DE AGOSTO DE 1932:
EL GENERAL SANJURJO SE LEVANTA
CONTRA LA LEGALIDAD REPUBLICANA.
FRACASA LA SUBLEVACIÓN

9 DE SEPTIEMBRE DE 1932:
ESTATUTO DE CATALUNYA

FEBRERO DE 1933:
DURA REPRESIÓN REPUBLICANA AL EPISODIO
ANARQUISTA DE LA ALDEA DE CASAS VIEJAS

5 DE MARZO DE 1933:
FUNDACIÓN DE LA CEDA (CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA
DE DERECHAS AUTÓNOMAS)

OCTUBRE DE 1933:
FUNDACIÓN DE FALANGE ESPAÑOLA POR UN HIJO DEL
DICTADOR PRIMO DE RIVERA

NOVIEMBRE DE 1933:
TRIUNFO ELECTORAL DE LAS DERECHAS.
COMIENZA EL «BIENIO NEGRO»

FEBRERO DE 1934:
UNIÓN DE FALANGE ESPAÑOLA Y LAS JUNTAS DE
OFENSIVA NACIONAL-SINDICALISTA

OCTUBRE DE 1934:
INSURRECCIÓN SOCIALISTA ARMADA.

PODER OBRERO EN ASTURIAS. UNIDAD
LOCAL DE LAS ORGANIZACIONES

(En casa del señor TOMÁS (Madrid) se reúne el Comité Revolucionario de la calle de los Artistas (barrio de los Cuatro Caminos.) Lo componen la compañera LIBERTAD (CNT) —que vive con RUPERTO—; éste, que se curó de la pierna pero ha quedado tuerto y lleva un parche negro; el MASA (PC) y el Sr. TOMÁS (PSOE), como presidente.)

CUADRO VI

Reunión de un Comité madrileño en 1934

TOMÁS.— Comienza la sesión, compañeros, camaradas y amigos, miembros del Comité Revolucionario de la calle de los Artistas.

LIBERTAD.— Pido la palabra a la presidencia de este Comité.

TOMÁS.— La tiene la compañera Libertad, que hará uso de ella en nombre de los confederales, de los compañeros anarquistas, dado que aquí no se habla en nombre personal.

RUPERTO.— ¡Hombre! Para empezar, o yo no pinto nada aquí o eso es muy discutible; porque sin ir más lejos yo voy a hablar personalmente —si es que abro la boca—.

TOMÁS.— ¡Tú vienes por la parte anarquista, como cónyuge, si es que no quieres declararte confederal!

RUPERTO.— Yo soy apolítico; a ver si se entera. Tan apolítico como tuerto.

LIBERTAD.— Todos lo somos en la CNT, Rúper.

RUPERTO.— ¿Tuerfos?

LIBERTAD.— No, apolíticos.

RUPERTO.— O sea, que yo prefiero no organizarme: es lo que yo digo.

LIBERTAD.— ¿Y quién ha dicho que la CNT sea una organización? ¡Con las que sale éste!

MASA.— (*Toma la palabra, serio, pensando, con gravedad.*) Como representante del Partido Comunista de España...

TOMÁS.— ... O sea, quieres decir de la minoría comunista, dado que sois sólo tres en la barriada: el Vladimiro, su padre —¡que hay que ver la idea de ponerle Valdimiro!— y tú.

MASA.— (*Paciente, equilibrado.*) Lo cuantitativo —perdona que te diga— no viene ahora a cuento, camarada Tomás, si se tiene en cuenta que el Partido Comunista significa un salto cuantitativo con relación a vuestro partido social-burgués... (*TOMÁS va a protestar, pero el MASA se apresura a seguir:*) ¡Cosa que se puede discutir en otro momento! Porque lo que yo ahora quería decir, como representante del Partido Comunista de España, es que la discusión aquí entre Rúper y sus compañera de hogar no debe ser objeto de atención por este Comité, dado que nos reunimos por otra cosa y que vivimos momentos muy graves para la revolución española: momentos que exigen la unidad de todas las organizaciones y partidos de la clase obrera, bajo la guía suprema de la Internacional Comunista: cosa indiscutible.

TOMÁS.— O sea, que vosotros preconizáis una unidad bajo vuestra dirección, no siendo, como no sois, más que una exigua minoría, desconocida por la mayor parte de la clase obrera, que reconoce en la UGT y en el PSOE... (*LIBERTAD tose, inquieta.*) a sus genuinos representantes.

LIBERTAD.— ¡O sea, que la CNT-FAI es una caca en tu opinión!

TOMÁS.— ¡Yo no me he expresado en tan groseros términos, compañera Libertad! ¡Soy un obrero consciente y respetuoso, como demócrata, hacia todas las organizaciones! ¡Pero además yo puedo hablar muy alto, y más aún en estos momentos! ¿Por qué? ¡Porque el Partido Socialista es el que ha alzado, en este octubre, la bandera de la insurrección armada! ¡Mirad a Asturias!

MASA.— ¡Mirad a Asturias, sí! ¡Y veréis el triunfo de la unidad de acción! ¡Asturias se halla en poder de los soviets de obreros y campesinos, camaradas! Procedamos, sin más tardanza, a un análisis de la situación, porque, en nuestra opinión, Madrid puede dar serios pasos si se crean entre nosotros las necesarias condiciones subjetivas, dado que la situación es objetivamente revolucionaria!

TOMÁS.— En el orden del día está empezar por una información de Barcelona. Parece que Cataluña se ha declarado independiente. Así pues, ¿empezamos o no empezamos?

(En ese momento llaman, con fuertes golpes, a la puerta. LIBERTAD va a levantarse, pero TOMÁS, concienzudo, se lo impide.)

TOMÁS.— No, déjame a mí. (*Va a la mirilla de la puerta. Pausa tensa. Vuelve consternado hacia los camaradas.*) ¡La hemos cagado! Es la Policía. Una pareja de Asalto, y además con cara de mala leche.

LIBERTAD.— ¿Qué hacemos?

RUPERTO.— (*Gallardo.*) ¡Vamos a abrir, caramba! A ver qué quiere esa gentuza en mi casa. Ejem. Como se pongan chulos los echo por las escaleras abajo. Ejem. Van a saber quién es Ruperto Solanas Mas. Ejem.

(Carraspea. Se ajusta el parche del ojo y abre. Es, en efecto, una pareja de la Guardia de Asalto.)

GUARDIA 1.— ¿Vive aquí... (*Consulta un papel.*) Ruperto Solanas Mas?

RUPERTO.— ¡Soy yo! ¿Qué pasa?

GUARDIA 1.— Venimos con orden de detención para... Eh, tú: lee los nombres aquí al señor... (*Consulta el papel.*) Ruperto. (*A RUPERTO.*) Porque sepa usted que en su casa se está celebrando una reunión subversiva y que tenemos orden de proceder al arresto de tres agitadores peligrosos.

GUARDIA 2.— Los cuales son: (*Lee:*) Libertad Barón Fernández (a), *la Liber*, costurera; Tomás Campuzano Gil y Juvencio Pérez Asís (a), *el Masa*, panaderos ambos, o sea, trabajadores de Artes Blancas. En cuanto a usted, como titular del piso, queda en prisión domiciliaria. ¡Entréguense, si son ustedes, y adelante!

TOMÁS.— (*A RUPERTO.*) ¡Esto es un chivatazo, tú!

RUPERTO.— ¡El tío ese del tercero, que es de la cuestión de Falange! ¡Seguro! ¡Os habrá visto entrar y se ha ido con el cuento a la comisaría!

TOMÁS.— (*Entre digno y conciliador.*) ¿Qué, nos entregamos aquí a la opresión? ¿O les oponemos resistencia civil?

LIBERTAD.— (*A RUPERTO.*) ¡Diles lo que les ibas a decir, Ruperto! ¡Como aquel día que le quitaste la gorra a un guardia!

RUPERTO.— (*Impulsivo.*) ¡Les..., les..., (*No sabe cómo empezar.*) les iba a decir que de aquí no sale nadie sin mi permiso, necesario como inquilino de esta vivienda, honrada como la que más! ¡Así que fuera de mi umbral, asesinos canallas! ¡Esto es un atropello, lacayos de la burguesía, al servicio del capital! (*Canta con la música de la Varsovia.*)

Negras tormentas agitan los aires.
Nubes oscuras nos impiden ver.

Aunque nos espera el dolor y la muerte
 contra el enemigo nos llama el deber.
 En pie, el pueblo obrero, a la batalla
 para resistir a la opresión.
 ¡A las barricadas, a las barricadas,
 por el triunfo de la Confederación!

(Todos, incluidos los GUARDIAS, lo escuchan atónitos. LIBERTAD, comenta, explicativa:)

LIBERTAD.— *(Con honda ternura.)* Son arranques que tiene.

RUPERTO.— *(Aterriza.)* Perdonad el espectáculo. Es que uno, a veces, se ciega.

MASA.— No ha sido nada.

TOMÁS.— ... Incluso has estado muy bien; dentro, claro está, de tu confusión ideológica.

RUPERTO.— Es que si no me desahogo me da algo. Por eso ha sido.

MASA.— ¡Pero no son estos los culpables, camarada! *(Por los GUARDIAS.)* Ellos son meramente unos brazos: los brazos inconscientes de la represión. ¡Protestaremos debidamente ante el comisario! ¡Declararemos nuestra solidaridad con Asturias! ¡Le explicaremos nuestra línea política!

TOMÁS.— *(Digno, a los guardias.)* Conste que nos entregamos por la fuerza de las bayonetas.

GUARDIA 1.— *(Impávido y escueto.)* Vamos, que se hace tarde, y no está el horno para bollos.

(Se oyen disparos a distancia.)

TOMÁS.— *(A RUPERTO.)* Di en la tahona lo que nos pasa: que la represión se ha cebado en nosotros. Que Pepe avise a la UGT y que vaya a la Casa del Pueblo.

LIBERTAD.— ¡Y arregla un poco la casa, antes de irte a trabajar, Rúper, que está todo perdido!

TOMÁS.— ¿La Revolución?

LIBERTAD.— No, la casa.

RUPERTO.— Está bien, no preocuparse ninguno. Salud, camaradas. Vuestra libertad es cosa de horas: vamos, digo yo...

(Los despide, rindiéndoles honores, con el puño cerrado en alto. Cuando se queda sólo, se pone un delantal, coge una escoba y, melancólicamente, barre la casa. Proyección: ASTURIAS. La Internacional. El proletariado triunfante. La Guardia Civil. Foto de José María Gil Robles. Foto de Francisco Franco. La represión. Fragmento del film Franco, ese hombre.)

GRABACIÓN.— «En 1934, Francisco Franco entró por primera vez en contacto con los problemas de la clase obrera.»

(Tableteo de una ametralladora. Gritos. Oscuro. Disco:)

«La hija del Penal
me llaman siempre a mí
porque mi padre es el carcelero...
No conocí el amor...»

CUADRO VII

Matrimonio y política

Se enciende una bombilla. RUPERTO tararea la canción con otra letra:

«Para el récord batir,
Barberán y Collar,
de España a Cuba los dos salieron...»

(Está acostado, escuchando en su cama una radio de galena. Pálido, como si su rostro estuviera enharinado: es el ambiente de la tahona, y el sueño diurno. Deja de cantar, interesado. Se oye, amplificado, lo que está escuchando en la radio-galena:)

GRABACIÓN.— El diputado de las Vascongadas, señor Aguirre, ha expresado así su postura ante el congreso: «Brevísimamente, telegráficamente. Nuestra aspiración política —¡la del PNV, fijaos bien, señores diputados!— se concreta, en cuanto al Estado español, en esto: derogación de la ley de 1839. En ese momento, nosotros lanzaremos, con el corazón henchido de júbilo, un viva a España».

(Se oye el Gernikako Arbola. RUPERTO se quita los auriculares. Bosteza. Se levanta. Va en camiseta y calzoncillos. Hace gimnasia. Entra LIBERTAD. Viene de la calle. Lleva un pañuelo rojo y negro al cuello.)

RUPERTO.— (*Bosteza.*) ¿De dónde vienes?

LIBERTAD.— De un mitin en Tetúan.

RUPERTO.— Se ha oído unos tiros. ¿Ha sido por allá?

LIBERTAD.— Sí, pero nada grave. Tres o cuatro disparos en un acaloramiento.

RUPERTO.— ¿Os ha atacado la reacción?

LIBERTAD.— ¡Qué va! Un compañero que no estaba de acuerdo con las conclusiones, y ha pegado unos tiros para subrayar su discrepancia. Sólo que, entonces, otro compañero se ha enfadado y se ha ido a por él con las del beri.

RUPERTO.— Y entonces...

LIBERTAD.— Le ha arreado una torta; pero al final se ha arreglado la cosa por las buenas.

RUPERTO.— (*Sigue con su gimnasia.*) ¿En qué forma dices que se arregló?

LIBERTAD.— Cumpliéndose lo acordado, que ha sido protestar virilmente —por cierto que no sé por qué tengo yo que protestar virilmente— contra la injusticia del poder, de la única manera posible y digna.

RUPERTO.— Que es...

LIBERTAD.— ¡Disolviéndonos!

RUPERTO.— (*Extrañadísimo.*) ¿Que habéis disuelto la CNT?

LIBERTAD.— ¡No, hombre; sólo nuestra agrupación de barriada! Los otros, que hagan, libremente, como está mandado, lo que quieran. ¡Esperemos que cunda el ejemplo!

RUPERTO.— (*Lógico.*) ¡Pero si os disolvéis, la reacción se pondrá de lo más contenta! ¡Vamos, digo yo!

LIBERTAD.— ¡Tú lo que estás es con eso de la organización! ¡Como sigas así, acabarás haciéndote comunista; que es el camino que llevas, aunque lo disimules!

RUPERTO.— ¿Comunista yo? ¿Quién te lo ha dicho?

LIBERTAD.— Andas todo el día con *el Masa*, que es chino, comunacho o ñángara —¡que de esas formas los llaman en España y en las Américas, a medida que los van junando!

RUPERTO.— ¡Ando con *el Masa* porque soy pala en la misma tahona, que es cuestión de trabajo!

LIBERTAD.— (*Con amargo reproche.*) ¡Y porque te sientes correligionario suyo; no lo niegues!

RUPERTO.— ¡Hombre, yo lo que hago es pensar desde hace años; y hay cosas que no me convencen de vosotros como organización de una anarquía que yo no sé a dónde lleva!

LIBERTAD.— ¡A ti lo que no te gusta es entrar en la confederación! ¿Y sabes por qué? Porque eres un anárquico... en el mal sentido.

RUPERTO.— (*Paciente, pero dolido.*) Tú me llamas de todo, Líber; lo cual que no está bien. Si me dices orgánico, no me llames anárquico; y viceversa. Pero, además, me hace de reír que, siendo tú ácrata, me reproches a mí precisamente de lo mismo. ¡Por el ojo que me queda, que no lo entiendo, y me disgusta el reproche, Líber; de verdad te lo digo; me disgusta con verdadera tristeza, dado que yo te quiero!

LIBERTAD.— ¡Ya sé que tú me quieres; como yo a ti. Ruperto; y si te digo es por orientarte en la lucha sindical; a ver si acabas de decidirte a combatir de veras a la burguesía; que ya no eres ningún niño!

RUPERTO.— ¡Treinta y cuatro castañas; pero los hay más pures que yo y que siguen reflexionando sobre una opción política! ¡A mi padre, como bien sabes, lo mataron en Barcelona! ¡Soy un huérfano consciente de la Semana Trágica!

LIBERTAD.— ¡Mártir murciano de la causa!; y tú, su hijo, ¿qué? ¿Qué esperas para ingresar en nuestra disuelta agrupación?

RUPERTO.— ¿Cómo voy a ingresar si se ha disuelto? Pero además es que se va evolucionando, compéndelo; que tú eres inteligente y culta: ¡se va evolucionando con el paso de las generaciones! ¡Uno es una cosa y su hijo puede ser otra, por mor de la dialéctica!

LIBERTAD.— ¡Tu destino va a ser como el de mi hermano Germinal; traidor a la familia! ¡En mi casa, todos hemos sido vegetarianos! ¡Y siempre se ha llevado una vida sana en la Dehesa la Villa! ¡En mi casa, fotos de Bakunín, Prudón, Mateo Morral y otra de Angiolillo, con la debida veneración a su memoria! ¡Y ahora, el muy imbécil de Germinal, se hace de las Juventudes Socialistas! ¡Es para morirse! ¡Si mi padre no se hubiera muerto antes, habría palmado ahora del disgusto de ver a su hijo en manos de la Segunda Internacional! ¡Cambiando el pañuelo faísta, rojo y negro, por la camisa colorada! ¿Dónde se ha visto eso? ¡Y me figuro que en vez de Germinal acabará llamándose otra cosa!

RUPERTO.— Yo lo que te digo, respetando lo tuyo, es que veo bastante bien eso del Frente Popular para las próximas elecciones de febrero.

LIBERTAD.— ¿Qué elecciones ni qué ocho cuartos? ¿No lo ves, cómo caes en las trampas de la burguesía y en la basura electoral? ¡Lo que hay es que destruir el Estado a sangre y fuego, o sea, por medio de la acción directa, y proclamar, sobre las cenizas del orden, el comunismo libertario! O sea: un sistema anárquico y colectivista. O sea: la revolución.

RUPERTO.— (*Reflexivo.*) Eso es muy bonito y suena muy bien, Líber... (*LIBERTAD va a hablar, pero él la interrumpe.*) Pero yo, al pensar, hay cosas que no veo, ¡y otras que empiezo a ver!

LIBERTAD.— ¡Caído en el fango de las urnas! ¡Qué pena me darías!

RUPERTO.— Escucha que se trata de un «pacto electoral» sobre un «programa mínimo», a efectos de conseguir una unidad popular que de otro modo no se logra.

LIBERTAD.— ¡Vais a llegar muy lejos, muy lejos, con los republicanos! ¡Acuérdate de Casas Viejas! Por decirte una actuación criminal contra el obrero —¡que ya son miles! ¿O es que tú crees en *el Botas* y en *el Verrugas*? ¿O es que tú afirmas que don Inda es un revolucionario?

RUPERTO.— ¡Ésos son los apodos que les ponen los carcas a unos republicanos y socialistas que ya sé que son burgueses! ¡No caigas tú en el humorismo de la caverna, Libertad, aunque ya sé también que los extremos se tocan! Pero caes en el peligro de hacer objetivamente el juego de las derechas, aunque subjetivamente tú...

LIBERTAD.— (*Amargamente.*) ¡Siempre estás con lo de subjetivo y objetivo! Es otro síntoma. ¿Por qué no dices ahora eso que tanto dice *el Masa*?

RUPERTO.— ¿El qué?

LIBERTAD.— Lo del salto cualitativo.

RUPERTO.— (*Paciente.*) Yo no digo que el Frente Popular sea un salto cualitativo, pero sí que puede significar un serio paso...

(*Se va haciendo el oscuro.*)

CUADRO VIII

1936: Ruperto da el paso

Letrero:

FEBRERO DE 1936:
TRIUNFA EN LAS URNAS EL FRENTE POPULAR

Falangistas con camisa azul. Saludos fascistas. Disparos sobre un vendedor de prensa «roja», que cae al suelo, ensangrentado. Clamores. Disparos «rojos» sobre un vendedor del periódico falangista Arriba elogiando «la dialéctica de las pistolas».

GRABACIÓN.— Habla don José Calvo Sotelo.

VOZ CALVO SOTELO.— ¡Toda la vida española en estas últimas semanas es un pugilato constante entre la horda y el individuo! ¡Pero la horda no hace nunca la Historia! ¡La Historia es obra del individuo! ¡Y el más lamentable de los choques se ha producido entre la turba...

(Fotos gigantes de obreros y campesinos: rostros trabajados por las hambres, las penalidades, los sufrimientos.)

... y el principio de autoridad...

(Fotos de ametralladoras. Jefes militares: Franco, Sanjurjo, Mola.)

... cuya mas augusta encarnación es el Ejército!

(Oscuro. La Internacional. Un proyector ilumina la figura, en primer término, de DOLORES IBARRURI, que se dirige a los escaños del Congreso: el público de la sala.)

DOLORES IBARRURI.— ¡Señores de las derechas, vosotros venís aquí a rasgar vuestras vestiduras escandalizados y a cubrir vuestras frentes de ceniza mientras por la frontera de Navarra, señor Calvo Sotelo..., *(Proyector a un palco en el que está el SR. CALVO SOTELO.)* envueltas en la bandera española, entran armas y municiones con menos ruido, con menos escándalo que la provocación de Vera de Bidasoa, organizada por el miserable asesino Martínez Anidos, con el que colabora Su Señoría y, para vergüenza de la República Española, no se ha hecho justicia ni con él ni con Su Señoría, que con él colaboró!

CALVO SOTELO.— *(Se levanta y protesta.)* ¡Protesto contra esos insultos dirigidos a un ausente!

DOLORES IBARRURI.— *(Acabando una frase.)* ... ¡Señoritos cretinos que añoran las victorias y las glorias sangrientas de Hitler y Mussolini! *(Pausa. Con voz grave y vibrante:)* Recapitulemos la historia reciente... Se produce el estallido de octubre. *(Alza la voz.)* ¡Octubre glorioso, que significó la defensa instintiva del pueblo frente al peligro fascista! Fueron, señor Gil Robles, tan miserables los hombres encargados de aplastar el movimiento, y llegaron a extremos de ferocidad tan terribles, que no son conocidos en la historia de la represión de ningún país. Millares de hombres encarcelados y torturados; hombres con los testículos extirpados; mujeres colgadas por negarse a denunciar a sus deudos; niños fusilados; madres enloquecidas al ver torturar a sus hijos; Carbayín, San Esteban de las Cruces, Villafría, La Cabaña, San Pedro de los Arcos, Sielva... *(El público se pone en pie, aplaudiendo. Con dificultad consigue reanudar el discurso.)* Cultivasteis la mentira; ¡pero la mentira horrenda, la mentira infame! Cultivasteis la mentira de los niños con los ojos saltados. Cultivasteis la mentira de la carne de cura vendida al peso. Cultivasteis la mentira de los guardias de asalto quemados vivos. ¡Pero estas mentiras, tan horrendas todas, convergían a un mismo fin: el de hacer odiosa a todas las clases sociales de España la insurrección asturiana; aquella insurrección que, a pesar de al-

gunos excesos lógicos, naturales en un movimiento revolucionario de tal envergadura, fue demasiado romántica, porque perdonó la vida a sus más acerbos enemigos, a aquellos que después no tuvieron la nobleza de recordar la grandeza de alma que con ellos se había mostrado... La grandeza de alma de nuestro pueblo...

(Oscuro sobre DOLORES IBARRURI y CALVO SOTELO. Entonces el oscuro es total. Luz a la casa de RUPERTO, que está ante el espejo, poniéndose el parche en el ojo. Lllaman a la puerta y él va a abrir. Es el MASA.)

RUPERTO.— Masa, gracias por haber venido.

MASA.— ¿Qué se te ofrece?

RUPERTO.— Masa, ¿qué hay que hacer para ingresar en el Partido Comunista?

MASA.— *(Conmovido.)* Lo primero... un abrazo.

(Se abrazan. Va cayendo el telón.)

Fin de la Primera parte.

SEGUNDA PARTE
(O vida militante y muerte natural del
imaginario camarada Ruperto Solanas Mas)

CUADRO IX

Asalto al Cuartel de la Montaña

El telón se alza en medio de una gran ensalada de tiros. Inmediaciones del Cuartel de la Montaña. Obreros disparando sobre el cuartel. Tomás está repartiendo unas escopetas de caza entre unos obreros de panadería: todos de caras pálidas, como enharinadas. Entre ellos, RUPERTO, el MASA y LIBERTAD. Hablan a gritos para hacerse entender en medio del tiroteo.

LIBERTAD.— *(Protesta, con una escopeta en la mano.)* Tomás: que no tengo cartuchos.

TOMÁS.— A ver si te valen algunos de ese cajón.

(Se acerca un MUCHACHITO con una especie de trabuco.)

MUCHACHO.— Oye, compañero: ¿y esto cómo se carga?

TOMÁS.— ¡Y yo qué sé, muchacho! ¡Como no se lo preguntes al Gran Capitán!

UN ENTENDIDO.— Sí, hombre, sí. Éstos se cargan por la boca. Sólo que éste tiene un gatillo estropeado. *(Saca un destornillador.)* Déjame un momento.

UN CURIOSO.— Debe de ser de cuando reinaba el rey Carolo. De aquellos que disparaban bolas.

RUPERTO.— Libertad, tú ten prudencia, y si atacamos, te quedas en la esquina cubriéndonos. *(Pega un tiro hacia el cuartel y añade mientras vuelve a cargar la escopeta:)* No te expongas; y menos ahora, estando en el estado en que te encuentras. *(En efecto, LIBERTAD, que viste un mono azul y pañuelo rojo y negro en el cuello, está visiblemente embarazada.)* Hazlo por lo que viene. *(Pega otro tiro y vuelve a cargar.)*

EL MASA.— *(Que dispara a su lado.)* Rúper, tira a aquella ventana. Hay unos que asoman la jeta por allá de vez en cuando. Y de allí han disparado antes, cuando nos acercábamos al ver bandera blanca.

RUPERTO.— Es que no me va bien, por lo del ojo. Me va mejor tirar por esa parte.

EL MASA.— ¡Pero por esa parte no hay más que una tapia, Rúper!

RUPERTO.— *(Ríe.)* ¡Es que yo tiro con efecto!

EL MASA.— ¡Con el efecto de no dar en ningún blanco! ¡Pólvora en salvas!

RUPERTO.— ¡Pero se crea ambiente! ¡Cuando lo oyen los espadones, se dan cuenta!

EL MASA.— ¿De qué?

RUPERTO.— ¡Del cerco de fuego popular! ¡De que la rendición es su única salida!

EL CURIOSO.— Pues creo que hay dentro un general.

EL ENTENDIDO.— ¡Faccioso! ¡Traidor a la República! Pero la sublevación fachista está siendo vencida en todas partes. Y lo de África es cuestión de horas, según dice Unión Radio. *(Suena un cañonazo. El entendido explica:)* ¡Es nuestro cañón, que les dispara pepinazos desde la plaza de España!

(Gritos: «¡Al asalto! ¡Al asalto!». Clamores. Arrecian los disparos. Otro cañonazo. Sigue la preparación artillera. Más disparos y gritos.)

RUPERTO.— ¿Qué gritan por ahí?

EL MASA.— ¡La orden de asalto! ¡Vamos a por ellos!

LIBERTAD.— ¡Yo también voy!

RUPERTO.— ¡Tú te quedas aquí, te he dicho!

EL MASA.— ¡Cuidando al señor Tomás, que bastante está haciendo a su edad con el reparto de la armería!

LIBERTAD.— ¡Una mujer es como un hombre! ¡Adelante! ¡A por ellos! *(Se lanza, abandonando el resguardo de la esquina. Una ráfaga la alcanza y cae.)*

RUPERTO.— *(Con desesperación.)* ¡Cabrones! ¡Me la han matado! ¡Ay!

LIBERTAD.— *(Muriendo.)* ¡A por ellos! ¡Viva... la... Revolución!

(Expira. RUPERTO se lanza al asalto. Sangrienta lucha en el patio del cuartel.)

CUADRO X

El pueblo en armas

Empieza con un documental cinematográfico de la guerra, que corta a: Las calles de Madrid. Los carteles de propaganda política. El ambiente de la ciudad en guerra.

Bombardeo de Madrid. Sirenas, explosiones. Proyección de ruinas. Altavoces instando a la defensa de Madrid. Montaje escénico de las siguientes...

SEGUIDILLAS DE LA DEFENSA

1

No sé lo que sucede
con este pueblo:
¡Ay! Lo ponen el último
siendo el primero.
Pero atendedme,
estamos en Madrid
y esto es noviembre.

2

Los altavoces chillan
entre disparos.
Enemigo, a las puertas:
¡aquí te paro!
¡Ay, los fascistas
han llegado a Madrid,
mamita mía!

3

Con la gente que sale
fuera de casa
se está volviendo estrecha
la Calle Ancha
¡Eh, madrileños!
Madrid está en peligro
de cementerio.

4

¡Al arma, los vecinos!
Calle de Atocha.
Por los Cuatro Caminos
y por las Rondas.
Lo nunca visto:
Armados, no alarmados,
viejos y niños.

5

Milicianas altivas
 con sus fusiles.
 Con los monos azules
 qué bien se visten.
 Qué alegres niñas
 ciñendo cartucheras
 cuando caminan.

6

La alarma suena fuerte.
 Zumba en los patios.
 Este grito en noviembre
 parece en mayo.
 ¡Ay, madrileños!
 Para esta gran verbena
 sobra el sombrero.

7

Cuando en Madrid sonaron
 voces tan altas
 no fue preciso el toque
 de las campanas.
 ¡Ay, madre mía!
 Se hacen rojas las luces
 de la Gran Vía.

8

No pasarán, se escribe
 por las paredes.
 Todos son parapetos
 de combatientes.
 ¿Quién dijo miedo?
 Miedo nunca han tenido
 los madrileños.

9

Madrileños que suenan
 como andaluces,
 gallegos y murcianos,
 caras y cruces
 ¡Cómo combaten!
 ¡Ay, puertas de Madrid,
 llenas de sangre!

10

También de Extremadura
 son madrileños
 vallecanos de Soria,
 leoneses serios.
 De otras regiones:
 junto a los madrileños
 sobran razones.

11

Asturianos que nacen
 dinamiteros.
 Catalanes y vascos
 con madrileños.
 ¡Qué bravas gentes,
 defensores alzados,
 donde se tercié!

12

Aún hay más madrileños:
 ¡No pasa nada!
 Ved a los compañeros
 de las Brigadas.
 Muchachos fuertes
 que vienen de lejanas
 luchas a muerte.

13

Batallón Abraham Lincoln.
Taelmann acude.
Garibaldi acompaña.
Franceses suben.
¡Más españoles!
Llegan de todas partes
sus corazones.

14

Defensa de Madrid,
qué bien resuenas.
¡Ay, Carmela, ya es roja
nuestra bandera!
¡Mira que el hierro
que mata se ha encontrado
con este acero!

(Escenas del heroísmo del pueblo. Oscuro.)

CUADRO XI

Una gitana anarquista

En plena guerra. El cabo Solanas (RUPERTO) habla con el comisario de la unidad. Se oye cañoneo lejano.

RUPERTO.— Vengo a decirte, revolucionariamente, que estoy muy harto; y, dado que eres camarada, a ver si me solucionas el problema.

COMISARIO.— A ver, explícate mejor, camarada Solanas.

RUPERTO.— Mi anhelo, camarada comisario, es combatir contra el fascismo en forma contundente.

COMISARIO.— ¿Y no lo estás haciendo con arreglo a tu capacidad?

RUPERTO.— No, qué va. Ni mucho menos, camarada.

COMISARIO.— ¿Pues qué haces entonces?

RUPERTO.— To... tocarme las pelotas; ¡y perdona la grosera expresión, pero es que ya no puedo más! ¡Y ya lo he planteado en la C, pero no me comprenden!

COMISARIO.— Tú tienes, según creo, un destino, debido a lo del ojo y a tus conocimientos de Artes Blancas. ¿Es así?

RUPERTO.— ... Sólo que la tahona del regimiento no es, para mí, la trinchera adecuada; hagan otros, más pacíficos o pusilánimes, el pan, y pase yo a la línea de fuego donde pueda ver cara a cara el rostro del fascismo. Que es a lo que iba.

COMISARIO.— La munición de boca es cosa importante y que no puede faltar en un ejército bien organizado. La intendencia forma, con los factores morales y políticos, la clave de la salud de unas fuerzas armadas. Por lo demás,

el rostro del fascismo se ve en todas partes y no sólo en el frente, camarada Solanas...

(Cartel con una enorme, monstruosa oreja y el letrero: «¡CUIDADO! ¡EL ENEMIGO ESCUCHA!». Otros letreros en las paredes: «¡NO PASARAN!» «MADRID SERÁ LA TUMBA DEL FASCISMO».

... sino en nuestras propias filas, por las infiltraciones; y en la retaguardia, donde toda vigilancia es poca, frente a los emboscados fascistas y a los agentes de la Quinta Columna.

RUPERTO.— ¡Insisto en ser relevado de este destino y en meter las manos en otra masa: la de la guerra propiamente dicha!

COMISARIO.— *(Pensativo.)* Está bien. Pasarás al servicio de información. Tendrás entonces que infiltrarte en territorio enemigo.

RUPERTO.— *(Con los ojos brillantes.)* ¿Con un comando?

COMISARIO.— No, tú solo y simulando ser uno de ellos, y no es un trabajo propiamente militar, sino político. El Partido te necesita. Buscábamos a uno de tus condiciones, pero mira por dónde no se nos había ocurrido pensar en ti.

RUPERTO.— *(Con fuego.)* ¡Eso quería yo: trabajo militar y político! Espero órdenes de la Internacional.

COMISARIO.— Tendrás un permiso en la unidad para irte a Madrid; pero, en vez de eso, te irás a Burgos, disfrazado de arriero. ¿Se te da bien las mulas?

RUPERTO.— Nunca he probado, camarada.

(Lejano tableteo de ametralladoras.)

COMISARIO.— Recibirás la instrucción necesaria para ello. Pide un permiso a tu capitán para ver a tu novia.

RUPERTO.— No tengo novia. Desde la muerte de mi difunta, no he catado...

COMISARIO.— ¡Los espías tienen vidas imaginarias, camarada Ruperto!

RUPERTO.— Ah sí, ya entiendo el intríngulis. ¿Y si no me lo dan?

COMISARIO.— ¿El qué?

RUPERTO.— El permiso.

COMISARIO.— El capitán Regúlez es camarada. No hay problema.

RUPERTO.— *(Que no puede negarlo.)* Soy feliz, camarada comisario. ¡Ahora sí que voy a meterme en harina de verdad!

COMISARIO.— Suerte. Desde mañana no faltes al adoctrinamiento.

RUPERTO.— Estaré como un clavo.

(Se saludan con los puños cerrados y RUPERTO sale. A la puerta, lo espera el MASA.)

MASA.— Salud.

RUPERTO.— Salud.

MASA.— ¿Qué tal?

RUPERTO.— Cojonudo, muchacho.

MASA.— ¿Te mandan a primera línea?

RUPERTO.— *(Duda si decírselo o no.)* Qué va. Me dan un permiso para Madrid.

MASA.— Jopé. ¿Pero no decías tú que ardías en deseos de ver el rostro del fascismo?

RUPERTO.— Es un permiso para ver a la novia; ejem. ¿Comprendes?

MASA.— ¡Pero si tú no tienes novia, Ruperto! ¿Qué me dices ahora?

RUPERTO.— *(Desafiante.)* ¿Qué yo no tengo novia? *(Le guiña un ojo.)* ¡Anda éste!

MASA.— *(Apenado.)* ¡Te has vuelto loco, chato! ¡Se ha vuelto loco, madre mía!

(Aparece la GITANA anarquista. Lleva un pañuelo rojo y negro.)

GITANA.— *(A RUPERTO.)* ¿Te la digo, compañero? *(Le agarra la mano, aunque RUPERTO trata de resistirse.)* ¿Cómo te llamas tú?

RUPERTO.— *(Tratando inútilmente de desasirse.)* Ruperto Solanas Mas.

GITANA.— ¡Nombre es ése de payo desgraciado! ¡Tristes apellidos! ¡Por el Solanas te vas a sentir muy solo en esta vida; y lo de Mas es que nunca te has de sentir contento con lo que tengas, ni te has de conformar con el destino que te toque!

RUPERTO.— *(Ríe.)* ¡Solanas y Mas! ¡Tiene gracia aquí, la camarada gitanilla, sacándole punta al apellido!

GITANA.— ¡Mas si quieres vencer el triste destino de tus rayas, apúntate a la FAI, muchacho, que es lo más buten de esta lucha! ¡Y, para empezar las

amistades, diñame un cacho de manró con alguna conserva para jalar, que yo pongo el mollate, regalado ahí, por uno de Pestaña! ¡Vivan los compañeros! *(Les tiende una bota. Los tres, uno detrás de otro, beben. Empieza un bombardeo y se echan al suelo los tres. La GITANA amenaza al cielo.)* ¡Malhayan las pavas del fascismo!

(Explosiones y oscuro.)

CUADRO XII

Fusilamiento de un rojo tuerto

RUPERTO, *que lleva torpemente del ramal una mula vieja, es sorprendido por los falangistas en la parte de Burgos.*

FALANGISTA 1.— ¡Alto! ¡Alto! ¡Arriba España, coño!

RUPERTO.— (*Saludo fascista.*) Arriba. Arriba.

FALANGISTA 1.— ¿Quién eres tú?

RUPERTO.— (*Se santigua.*) Ave María Purísima.

FALANGISTA 1.— Sin pecado concebida; quiero decir... ¡Eh, oye, se te pregunta que quién eres! Identifícate al momento.

RUPERTO.— Me llamo (*Rememora rápidamente.*) Sagrario San José Iglesias, y soy el famoso tuerto de las falanges de León, arriero y fundador de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista de aquella provincia. Patria, Justicia y Pan, y viva Jesús Sacramentado.

FALANGISTA 1.— A ver el salvoconducto.

RUPERTO.— Aquí lo tienes. (*Se lo arrebató el FALANGISTA 2.*) ¡Ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan! Ataquemos al oso moscovita.

FALANGISTA 1.— (*Al FALANGISTA 2.*) Éste debe de ser un literato.

RUPERTO.— Precisamente, venía pensando por estos caminos de Castilla que España es una unidad de destino en lo universal, queridos camaradas. No hay que echar esa pura verdad en saco roto, y más si se lleva la camisa bordada en rojo ayer.

FALANGISTA 1.— (*Incómodo.*) Hombre, eso desde luego.

RUPERTO.— ¿... Y quién duda que el camino más corto entre dos puntos pasa por las estrellas? Por eso hay que montar la guardia sobre los luceros, y hacerse poetas, que es el único modo de mover el mundo.

FALANGISTA 1.— (*Mosqueado.*) No me jodas.

RUPERTO.— (*Despistado porque le parece que se ha colado.*) ¡... A no ser que preferáis cantar el Oriamendi! ¡Por Dios, por la Patria y el Rey...! (*Ellos tuercen el gesto.*) ¡Que es canto patriótico..., aunque muy discutible!

FALANGISTA 1.— ¡Canto propio de los maricas requetés! ¡Repítelo y te parto la cara, hombre!

RUPERTO.— ¡Exactamente! ¡Exactamente, camaradas! Eso es lo que yo le decía a Ramiro, no hace mucho.

FALANGISTA 1.— (*Ceñudo.*) ¿A qué Ramiro?

RUPERTO.— A Ramiro Ledesma Ramos, naturalmente.

FALANGISTA 1.— ¡Ah, Ramiro! ¿Tú lo conocías?

RUPERTO.— (*Que quiere parecer castizo.*) Naturaca, muchachos.

FALANGISTA 1.— ¿Y has hablado con él?

RUPERTO.— ¡Hombre, claro, chavales, en Madrid, que es cuando nos fusionamos José Antonio Primo y sus heroicos falangistas!

FALANGISTA 1.— ¡O sea que hablaste con él, quieres decir!

RUPERTO.— (*Intranquilo por el interrogatorio.*) De tú a tú: así mismo, como estamos ahora.

FALANGISTA 1.— ¿Y eso cuándo?

RUPERTO.— Tanto como cuándo no puedo precisar.

FALANGISTA 1.— (*Un tanto obtuso.*) ¿Antes o después de ser vilmente asesinado por los rojos?

RUPERTO.— Pero ¿cómo? ¿Es que ha sido vilmente asesinado por los rojos? ¡Entonces, presente! (*Se ponen firmes.*) ¡Presente, he dicho! ¡Por el Imperio hacia Dios! ¡En España empieza a amanecer!

FALANGISTA 1.— ¿No lo sabías?

RUPERTO.— ¿Que en España empieza a amanecer? Eso lo sabe todo el mundo.

FALANGISTA 1.— No seas burro: que los rojos han asesinado vilmente...

RUPERTO.— (*Un poco quemado, imprudente porque ya no puede más.*) ¡Hombre, también son cosas que, a ver, habría que matizar un poco!

FALANGISTA 2.— (*Brutísimo.*) ¿Qué hablas tú de matizar?

RUPERTO.— Ejem. Los rojos asesinan vilmente a todo el mundo. (*Tragando saliva.*) Eso es muy verdad, y quien dijera lo contrario miente.

FALANGISTA 1.— ¡No sólo eso!

RUPERTO.— (*Un poco confuso.*) Es una hidra, ¿no? El judaísmo internacional, ¿no es eso? Y la masonería, ¡ya lo sé!

FALANGISTA 2.— (*Tan bruto como antes, contundente:*) Y unos hijos de puta.

RUPERTO.— (*Traga saliva.*) De lo peor, en general, aunque quizás haya excepciones.

FALANGISTA 2.— (*Con un rugido.*) ¿He oído bien? ¿Ha hablado algún cabrito? ¿Se ha oído algo de excepciones?

RUPERTO.— (*Digno.*) Hombre, el cabrito lo será usted. Y hablando de hijos de puta, habría..., habría mucho que hablar de esa cuestión; pues los hijos de puta andan repartidos a lo largo y lo ancho de nuestra geografía.

FALANGISTA 2.— (*Al FALANGISTA 1.*) Éste es un rojo, tú.

FALANGISTA 1.— ¿Por qué lo dices? ¿Por la matización?

FALANGISTA 2.— Exactamente. Y por la duda sobre la hijoputez del enemigo.

FALANGISTA 1.— (*Dubitativo él mismo.*) Para ser rojo, sabe un rato de nacionalsindicalismo. O sea que...

FALANGISTA 2.— ... O sea que así los instruyen en Moscú. (*A RUPERTO.*) ¿Qué es lo que habría que hablar, eh, tú?

RUPERTO.— ¿De qué?

FALANGISTA 2.— ¡De lo que has dicho que habría que hablar! ¿Ya no te acuerdas?

RUPERTO.— (*Evasivo.*) ¿Referente a qué?

FALANGISTA 2.— ¡Al enemigo, es decir, a los rojos!

RUPERTO.— (*Tratando de salvar la situación.*) Lo que pasa es que yo los ataco humanamente.

FALANGISTA 2.— (*Acusativo.*) ¡O sea, que eres un demócrata!

RUPERTO.— ¿Qué va, muchacho! Yo soy totalitario y amigo del camarada Ridruejo, al que ahora tengo que ver en Burgos, camarada.

FALANGISTA 1.— (*Conciliador.*) ¿Entonces vas a Burgos?

FALANGISTA 2.— (*Que está observando el salvoconducto.*) ¿Y qué me dices de esta raspadura?

RUPERTO.— ¿Qué hablas de raspadura tú?

FALANGISTA 2.— En el salvoconducto: raspadura y enmienda.

RUPERTO.— A ver, a ver. ¡Ah, sí! En una cagadita de mosca o algo parecido que raspé con la uña, me parece, para que quedara más curioso. (*Está perdiendo los nervios, por lo que ha tenido que tragar y también ante la mirada inquisitiva del otro.*) ¡Pero además es que me está cargando tanta insistencia! O sea, que tanta insistencia ya me jode.

FALANGISTA 2.— (*Al FALANGISTA 1, estupefacto.*) ¿Qué dice éste? ¿Estoy soñando?

FALANGISTA 1.— (*Comprensivo.*) Se conoce que le fastidia la inspección, a pesar de ser órdenes superiores.

RUPERTO.— ¡Tanta insistencia y tanto insulto! Porque los rojos son hombres como tú y como yo: y algunos más que vosotros, que sois unos tarugos con fusil. ¡Pero, además, sepan ustedes, los fascistas, que el pueblo en armas es invencible y que a cada cerdo le llega su San Martín! ¡Que ya no puedo más! ¡Que sea espía su padre! ¡Yo no sirvo! ¡Vivan los comunistas!

FALANGISTA 2.— (*Asombrado de lo que oye.*) ¡Carajo! ¿Pero oyes eso tú? ¿Qué te parece el tuerto éste?

FALANGISTA 1.— ¡Lo oigo y no lo creo! ¡Procedamos a su detención y a un castigo ejemplar! ¡Date preso o te jodo!

(Pelea para detenerle, porque él se resiste; pero al fin lo dominan. Lo golpean. Le pelan la cabeza. Le dan aceite de ricino. Vomita. Lo conducen a una celda, donde hay otros muchos presos. Anochece. La «saca». El fusilamiento. RUPERTO cae como los otros, pero está sólo levemente herido. Los «tiros de gracia». Pero, al llegar a su cuerpo, el energúmeno no tiene más balas en la pistola y se limita a dar una patada en el culo a RUPERTO, que se finge cadáver. Se marchan los asesinos. RUPERTO se incorpora cautamente. Huye.)

CUADO XIII

En el frente

El MASA, en primer término, tumbado en el suelo, está pegando tiros al público. ¡Disparos! ¡Silbidos de las balas! Nieva... Estamos en el frente de Teruel. Llega, arrastrándose, RUPERTO y se pone él también a disparar, al costado del MASA, hasta que RUPERTO, sin querer, le da al MASA con el codo y éste vuelve la cara hacia el intruso, muy enfadado.

MASA.— ¡Eh, tú! ¡Ya podías mirar dónde pones el codo! *(Al verlo, con alegría.)* ¡Pero si es Ruperto! ¿Cómo tú por aquí? *(Pega un tiro.)*

RUPERTO.— Ya te contaré. *(Pega un tiro.)* Fracasé en el servicio de información y por poco la casco cerca de Burgos. Me han destinado a esta Brigada. ¿Cómo estáis por aquí? *(Pega otro tiro.)*

MASA.— Ya lo ves. Mucho tomate.

(Tiros.)

RUPERTO.— Y un frío del carajo: mecachis en la leche.

(Otro tiro.)

MASA.— ¿Cómo te apañas para disparar con lo del ojo?

RUPERTO.— Así.

(Otro tiro.)

MASA.— Claro. O sea, que no tienes que guiñarlos para hacer puntería. Lo tienes ya guiñado.

(Rien.)

RUPERTO.— ¡Exactamente!

MASA.— Le has acertado a aquél: creo que le has pegado en la cabeza.

RUPERTO.— Descanse en paz el hombre. *(Pausa. Tiros.)* Oye, ya veo que eres teniente.

MASA.— Por méritos de guerra. Me ascendieron.

RUPERTO.— *(Sinceramente.)* Tú vales mucho, Masa.

MASA.— Y tú también: todo el pueblo valemos.

MASA.— Ya me he enterado de lo del POUM.

MASA.— Ah, sí. Traidores de lo peor; ya has visto.

RUPERTO.— Fascistas es lo que son. Al servicio del enemigo.

MASA.— Y que lo digas, Rúper.

RUPERTO.— El Partido lo ha definido bien, a mi entender; aplicando el marxismo-leninismo.

MASA.— No hay quien dude de eso. Es la Quinta Columna.

RUPERTO.— Traidores a la Internacional.

MASA.— Trotskistas y ya está todo dicho.

RUPERTO.— Exactamente: la basura. Pero ahí está el camarada Stalin, gloria del socialismo, para aplastar toda conjura en la Unión Soviética y para ayudarnos a nosotros.

MASA.— ¿Qué opinas de la guerra?

RUPERTO.— Que no pasarán; en ello resumo mi opinión.

MASA.— Agáchate, que tiran.

(Disparos.)

RUPERTO.— *(Dispara.)* ¡Muera el capitalismo internacional, cabrones! ¡El pueblo es invencible! *(El MASA es alcanzado por un disparo. Muere. RUPERTO, al darse cuenta, llora.)* ¡Camarada Masita, no te mueras así! ¡Revive para ver el triunfo del proletariado!

(Oscuro.)

CUADRO XIV

Alicante

En el puerto de Alicante muchos combatientes, perdida prácticamente la guerra por la República, en la última agonía, esperan que lleguen barcos a recogerlos. Entre ellos están RUPERTO y el SR. TOMÁS, que está viejísimo y muy acabado. El puerto está cercado por las tropas italianas. RUPERTO y el SR. TOMÁS miran al agua, como ausentes. Pausa.

TOMÁS.— Ruperto, cómo brillan.

RUPERTO.— El qué.

TOMÁS.— Las olitas del agua.

RUPERTO.— El sol, al incidir en la superficie, produce esos efectos. *(Pausa.)*

TOMÁS.— ¿Te cuerdas de que ayer me quejaba de ciertos retortijones?

RUPERTO.— *(Vagamente.)* ¿Ayer?

TOMÁS.— Sí.

RUPERTO.— Creo recordar, ahora que tú lo dices.

TOMÁS.— Eran de hambre, o algo de eso.

RUPERTO.— Ah, sí, ya sé. Yo también tuve hace unos días; y aquellos vahídos y mareos.

TOMÁS.— Pues ya no siento nada; que es a lo que iba.

RUPERTO.— Qué curioso, ¿verdad?

TOMÁS.— Y no es que haya comido, te lo juro.

RUPERTO.— *(Indiferente.)* Esta mañana te comiste un plátano, viejo zorro.

TOMÁS.— Te refieres a medio plátano, hijo mío.

RUPERTO.— Me había parecido uno entero que le habías cambiado por una pistola a no sé quién que iba a suicidarse. Pero no voy a discutir ahora que si medio o si uno, Tomás.

TOMÁS.— Yo me quedé con medio; tú no te acordarás.

RUPERTO.— Seguro que fue así, si tú lo dices.

TOMÁS.— Te di la otra mitad a ti; que, por cierto, te la comiste con agrado
(Pausa.) ¿Ves algún barco?

RUPERTO.— No.

TOMÁS.— Extraña situación.

RUPERTO.— Y que lo digas.

TOMÁS.— Esperando barquitos que no llegan, para sacarnos de este infierno.
(Llora.)

RUPERTO.— (Paciente.) ¿Por qué lloras ahora?

TOMÁS.— (Llorando.) Porque esperamos barquitos que no llegan para sacarnos de este infierno. Porque hemos perdido la guerra, Rúper mío. Porque el pueblo ha sido derrotado por el fascismo. Porque no queda nada. Sólo los italianos rodeando este puerto. Viéndonos morir, a la orilla del mar.

RUPERTO.— (Iracundo, parece revivir.) ¡Porque hemos sido vendidos por el canalla de Casado y sus huestes! ¡Porque había que resistir, resistir, y hemos sido vendidos! ¡Porque...! (Como alucinado.) ¡Pero hay que reconstruir el Partido! ¡Hay que reconstruir...!

TOMÁS.— ¡Estás loco, Ruperto! ¡Me da miedo que una persona pueda hablar así... después de muerta! ¡Eres un fantasma, y no lo sientes! ¡Sectario comunista... hasta después de la muerte todavía!

RUPERTO.— Yo no estoy muerto; malherido a lo más. Siento un soplo de vida.

TOMÁS.— Todo está muerto... ¿menos tú? Mira a tu alrededor, muchacho. ¡Cadáveres! Ojos que no miran. Esperanzas deshechas. El mundo de un mal sueño. Mírame a la cara, Ruperto. Soy una calavera que te mira desde unos agujeros de hueso, llenos de tristeza. ¿No te da miedo verme?

RUPERTO.— Son delirios del hambre que pasamos, Tomás. Y también la vejez, que no perdona.

TOMÁS.— Pobre Ruperto. Adiós.

RUPERTO.— ¿Adónde vas?

TOMÁS.— A cumplir con el trámite. Es lo único que queda. El mero trámite.

(Suena un tiro. Es un hombre que se ha disparado en una sien y ha caído al suelo.)

RUPERTO.— Ése ya tiene bastante: se ha destrozado la cabeza. (*Nadie se ha movido. Algunos no parecen haber oído el disparo. Otros miran al cadáver, con glacial indiferencia.*) Es el del plátano.

TOMÁS.— (*Ausente, en lo suyo.*) ¿El de qué plátano?

RUPERTO.— Al que tú le diste la pistola.

TOMÁS.— Tenía dos balas en el cargador.

RUPERTO.— Le ha bastado con una.

TOMÁS.— Y queda otra.

RUPERTO.— Ojalá que sea para un italiano, cuando entren; que no sé yo a qué esperan.

TOMÁS.— ¿Para un italiano?

RUPERTO.— Es la mejor manera de suicidarse... Llevarse a uno por delante de ti... Gastar los últimos tiros en ellos y, así, suicidarte con su munición. Es más correcto.

TOMÁS.— Hazlo tú, anda.

RUPERTO.— Pero es que yo no voy a suicidarme.

TOMÁS.— ¿Pues a qué vas?

RUPERTO.— ¡A escaparme, o en el primer barco que llegue, o a Francia, ya veré cómo!

TOMÁS.— ¿Y luego?

RUPERTO.— (*Con ojos que parecen iluminados por la locura.*) ¡Luego, organizar la resistencia antifascista en toda España! ¡Y luego, derrocar al fascismo! ¡Y luego, la clase obrera toma el poder bajo la dirección de su vanguardia! ¡Y luego, la construcción del socialismo! ¡España socialista! ¡Y, por fin, el comunismo, la sociedad sin clases! ¡Y no sólo en España! ¡En China, en la India y hasta en Checoslovaquia! ¡El triunfo de la Internacional Comunista!

(*Suena otro disparo y cae otro hombre.*)

TOMÁS.— (*Mira al caído de lado, fríamente.*) No ha sido un italiano, ¿ves?

RUPERTO.— Ése se ha atizado en la boca. Menuda avería se ha hecho el pobre.

TOMÁS.— (*Como si estuviera charlando en una taberna.*) Se ha reventado la cabeza. Yo lo conocía bastante; ¡pero bastante!

RUPERTO.— ¿Es de tu barrio?

TOMÁS.— Son de la parte de Albacete, no sé si de Chinchilla. Su padre tenía una taberna en la calle de Almansa. Murió en un bombardeo, cruzando la glorieta del 14 de abril, o sea, de los Cuatro Caminos.

RUPERTO.— El parecía joven, a lo que puede colegirse a pesar del destrozo.

TOMÁS.— ¡Si tú tendrías que conocerle, Rúper! Estuvo en el Quinto Regimiento; y sé que luego lo hirieron en Teruel. *(Se levanta.)* Bueno, adiós otra vez. Me interrumpieron éstos.

RUPERTO.— *(Matando con la uña un piojo que se ha sacado de una axila.)*
¿Otra vez con eso de que te vas?

TOMÁS.— Pongo fin a mi vida, ya acabada con anticipación, Ruperto.

RUPERTO.— *(Caído otra vez en el abatimiento del principio del cuadro.)*
¿De qué modo o manera?

TOMÁS.— Ya sé que uno o dos se han cortado las venas con hojas de afeitar. Yo no me atrevo. Si tuviera una navaja, todavía.

RUPERTO.— Sale un rato de sangre y no es muy seguro, a fin de cuentas.

TOMÁS.— Por eso mismo. Voy a palmarla ahogado: ¿qué te parece? Choca esos cinco, Rúper. Viva la República.

RUPERTO.— *(Le da la mano.)* ¡Piénsalo bien, Tomás! ¡Acuérdate de cuando yo era pequeño en Barcelona y que me trajiste a Madrid, a trabajar en la tahona de Josefino! ¡Acuérdate de que has sido como mi padre, y que se te quiere aunque te hayas quedado políticamente atrasado, cosa normal a una edad avanzada como la tuya! ¡Me dejas huérfano por segunda vez y eso es muy triste!

TOMÁS.— Tú que aún eres joven, escápate si puedes. Vete lejos de España, que es el infierno. Abur.

(Se tira al agua. RUPERTO lo mira como atontado, sin hacer nada por socorrerlo, como respetando su voluntad de morir. Pero TOMÁS no se ha hundido. Nada hasta la orilla y alza un brazo. RUPERTO lo ayuda a subir.)

RUPERTO.— ¿Qué te ha pasado?

TOMÁS.— Jugadas del instinto, Ruperto.

RUPERTO.— ¿A que te refieres?

TOMÁS.— Al instinto de conservación.

RUPERTO.— Claro: sabiendo nadar debe ser un rato difícil.

TOMÁS.— *(Mueve la cabeza nostálgico.)* Con mi panda nos íbamos al Tritón, que es una piscina que hay en Tetúan de las Victorias. ¡Y ya ni me acordaba! ¡Y, claro, me ha pillado desprevenido! Pero ahora verás. ¡Lo dicho! ¡Muerto soy!

(Vuelve a tirarse al agua. Otro hombre, que se ha sentado junto a RUPERTO, comenta moviendo la cabeza.)

ELEUTERIO.— Parece que está nadando otra vez.

RUPERTO.— Sí, pero es para alejarse de aquí. ¿No ves cómo se aleja?

ELEUTERIO.— Querrá irse a alta mar, por ver si llega algún barco de esos que dicen.

RUPERTO.— Lo que quiere es cortarse la retirada, hombre. ¿No lo ves?

ELEUTERIO.— ¿Cómo cortarse?

RUPERTO.— Se retira, y se cansa, y ya no puede volver el hombre. Aunque quisiera volver, ya no podría.

ELEUTERIO.— Alza un brazo. ¿Pide socorro?

RUPERTO.— No. Tiene el puño cerrado.

ELEUTERIO.— Es un saludo. *(Le grita.)* ¡Aguanta un poco ahí! ¡No te vuelvas ahora, si quieres conseguirlo! ¡Ánimo!

RUPERTO.— Exactamente: es una saludo. ¡Salud! ¡Salud!

VOZ LEJANA DE TOMÁS.— ¡Viva la clase obrera!

(Un silencio.)

ELEUTERIO.— Se hundió.

RUPERTO.— Sí; no se ve nada. A ver... No, nada... Nada...

(Un silencio.)

ELEUTERIO.— *(Sin mirarle, confidencial.)* Tengo una forma de escaparnos tú y yo de esta ratonera. Llegaremos a Francia. Voy a decirte cómo.

(RUPERTO no hace ademán de haberle oído. Está llorando. Luz a una tapia en la que se lee, escrita con pintura negra, la palabra «LIBERTAD». Un FALANGISTA la tacha con gruesos trazos. Nuevamente oscuro.)

CUADRO XV

«Laval au poteau» (y descripción de un Monstruo Marxista)

Marcha alemana. Pisadas de botas militares. Explosiones. Film de la II Guerra Mundial. En el escenario una gran tapia blanca y alguna indicación de que estamos en Francia. Por ejemplo, la muestra de una «Brasserie» o un «Tabac». Es plena noche. RUPERTO, provisto de un cubo de pintura negra y de una brocha, escribe en grandes letras sobre la pared:

LAVAL AU POTEAU

Eleuterio –a quien conocemos del puerto de Alicante, y que es llamado familiarmente LUTE– cubre la operación armado con una metrallera. Esta «pintada» es una escena muda a «crear» por los actores y el director. Cuando le faltan dos o tres letras para terminar la palabra «POTEAU», LUTE da el queo.)

LUTE.– ¡Date prisa, Ruperto, que asoma una patrulla! ¡Desembocan en la Avenida desde la rue Pascal!

(RUPERTO acaba la palabra lo mejor que puede. Pero ya los han visto. Voces en alemán: «Halt! Halt!»). RUPERTO sale corriendo. LUTE suelta una ráfaga de metrallera, cubriéndole, y huye por otra calle. Entra la patrulla alemana, hablando en esta lengua. Para ello, pueden gritar, como comentario a la pintada, algún fragmento de la «Crítica de la razón pura», de Emmanuel Kant. El

oficial da unas órdenes (quizás un breve fragmento de Así hablaba Zaratustra, de Fiedrich Nietzsche), y se organiza la persecución de RUPERTO y el LUTE. Oscuro. En seguida, luz –poca– a un cobertizo en la granja de la Mère Cathérine. PAUL está escribiendo a la luz de un quinqué. Liger sobresalto al abrirse la puerta. Pero es la Mère Cathérine.)

MÈRE CATHÉRINE.– Ça va, Paul?

PAUL.– Ça va. Mère Cathérine.

MÈRE CATHÉRINE.– Vous attendez les copains espagnols?

PAUL.– Oui. Ils sont en retard. Je suis un peu inquiet.

MÈRE CATHÉRINE.– Oui. Cést presque l'aube! (*Pausa.*) C'est pas mal quand même les derniers nouvelles. J'ai lu dans le «Je suis partout» les deux ponts qui sont sautés hier soir.

PAUL.– Mais c'est très dur quand même, avec ce salaud de Darnand, vous savez!

(Golpes convenidos en la puerta. Es el LUTE. Viene un poco agitado. Trae un ejemplar del diario ABC en el bolsillo.)

LUTE.– Hola.

PAUL.– (*Le abraza.*) Hola. ¿Todo bien?

LUTE.– Todo bien. Todo très..., très bien.

PAUL.– ¿Y Ruperto?

LUTE.– Salió pitando por otra rue. Ya aparecerá.

PAUL.– (*Extrañado.*) ¿Cómo pitando?

LUTE.– (*Mondándose de risa.*) Quiere decirse que salió de naja. (*Ríe.*) Vous dites «filer» o algo por el estilo. (*Con malísimo acento:*) Tu comprends?

PAUL.– (*Ríe también.*) Ah, oui! Je comprends. (*Volviéndose a ella.*) Mère Cathérine, est-ce que vous pourriez nous quitter un tout petit instant?

MÈRE CATHÉRINE.– Bien sûr, Paul! A tout à l'heure, mes enfants!

(Sale y cierra la puerta. PAUL baja la voz para decir:)

PAUL.— Demain il faudra plastiquer un peu (*Sonríe.*) la Gare. Le Chemin de fer, tu comprends? La estación del ferrocarril. Je vais vous donner les instructions.

LUTE.— ¿Y el plástico? ¿Y los «crayons»? Je n'en ai pas après les actions de Vichy.

PAUL.— Los materiales llegarán a tiempo, t'inquiète pas!

(Se abre la puerta. Es RUPERTO. Ahora que podemos fijarnos mejor en él, vemos que, en lugar del parche negro en el ojo, lleva unas gafas de las cuales un cristal es opaco. Con sus cuarenta y pico años está seco, tostado y lleno de energía.)

RUPERTO.— Salut!

PAUL.— Salut, Ruperto!

LUTE.— ¿Qué tal?

RUPERTO.— Les he hecho unos regates que les he vuelto locos. ¿Y tú?

LUTE.— He tumbado a uno. No he tenido más remedio que meterle una ráfaga en la tripa.

RUPERTO.— Eres la monda. (*A PAUL.*) Dame una copa tú, que vengo seco.

LUTE.— (*A PAUL, que no comprende nada.*) Un cognac s'il vous plaît pour le camarade.

PAUL.— (*Se ríe.*) Ah bon! (*Le sirve coñac de una botella que está guardada como un tesoro en un armario.*) Voilà. Et vous.

(Da otra copa al LUTE y él mismo se sirve.)

RUPERTO.— (*Brindando.*) Vive le Partit Communiste, camarade!

LUTE.— (*Inquieto.*) No le provoques, que sabes que es católico y amante del general De Gaulle.

PAUL.— (*Muy serio.*) En fin, ça ne va pas avec les soviétiques! Recuerdate de los criminales procesos que han tenido lugar en Moscú, de los campos de concentración rusos, del pacto germanosoviético, y del asesinato de Trotsky, par exemple. Par exemple!

LUTE.— Ay, ay. Por favor, hablemos de otra cosa, camaradas míos.

RUPERTO.— *(Como una furia, echando lumbre por los ojos.)* ¿Qué dice este pedazo de mendrugo, este aborto de la reacción franchute, este troskopyapista, este enano meapilas, este mísero calumniador del camarada Stalin? ¿A quién le vienes con éstas, partisano de pacotilla, rata de iglesia y, lo que es peor, agente secreto del capitalismo internacional y, por tanto, víbora lúbrica? ¿Qué dices tu, mastuerzo, si lo primero que tenías que hacer para hablar de la Unión Soviética es descubrirete respetuosamente y guardar la debida compostura? ¿Adónde vamos a parar en esta guerra y en la que venga luego contra vosotros, si no empezamos a taparos la boca y a zurraros la badana, al menos ideológicamente, desde ahora mismo? ¡Así pues, al menos, cállate la boquita, porque nada más que abriéndola ya estás atentando gravemente contra la unidad de la resistencia antifascista, y, como empecéis a pronunciaros de esta manera, con lo cual ya se os ve el plumero de la reacción a simple vista, os va a sacar las castañas del fuego el puñetero de vuestro padre! ¡No te amuela aquí el Paul de los cojones agitando su banderita anticomunista! ¡No te amuela aquí el mascachapas y el tuercebotas éste!

PAUL.— *(Que no sale de su asombro, a LUTE.)* Mais qu'est-ce qu'il dit? Je n'y comprends rien!

LUTE.— Oh tu sais... Il est un peu comme ça! Un peu... fou. *(Se atornilla, expresivamente, una sien y a continuación trata de cortar de modo definitivo la situación, sacándose del bolsillo el ABC. A RUPERTO.)* Por cierto, que te quería dar este periódico. Lo ha recibido la familia de un camarada. Es un *ABC* un poco atrasado —de..., *(Consulta.)* de 1940—, pero el caso es que trata de ti.

RUPERTO.— *(Extrañado, desiste súbitamente de su actitud combativa.)* ¿De mí?

LUTE.— *(Ríe.)* Sí, mira. Vienes en las requisitorias.

RUPERTO.— A ver.

(Pero es LUTE el que lee el texto referente a él.)

LUTE.— «Se busca al monstruo marxista Ruperto Solanas Mas, natural de Barcelona, de 38 años. Antecedentes ácratas. Miembro del Partido Comunista. Señas personales. Estatura regular. Es tuerto del ojo derecho. Se le acusa del vil asesinato de varios sacerdotes, así como de una monja, y de haber participado en el saqueo de las casas y posterior asesinato de varias

personas de orden en la barriada de los Cuatro Caminos. Quienes puedan suministrar alguna información sobre el paradero del citado monstruo marxista...»

RUPERTO.— *(Ríe.)* ¡El monstruo marxista! ¡Uh, uh, uh! ¡El monstruo del doctor Frankenstein! *(Imita a Boris Karloff en el citado film y ríe a carcajadas. PAUL lo mira comprensivamente. Hace el LUTE un gesto de inteligencia, como confirmando lo del tornillo. RUPERTO sigue riéndose.)* ¡El monstruo marxista! ¡Ja, ja, ja! ¡El monstruo marxista! *(Se fatiga de tanto reír. Está llorando de risa.)*

LUTE.— Tranquilízate, hombre. No es para tanto.

RUPERTO.— *(Tranquilizándose.)* Si es que... me ha hecho gracia..., hombre... *(Se seca las lágrimas con el pañuelo y dice ya serenamente.)* ¡Camarada Lute! Lo primero que vamos a hacer es ganar esta guerra, ganar esta batalla contra Hitler, Mussolini y el fascismo nipón, ¿de acuerdo? *(El LUTE asiente.)* ¡Y, sin perder un segundo, España! Un empujoncito guerrillero que quizás no haga ni falta, y... *(Se ha abierto la puerta. Es la MÈRE CATHERINE, con una encantadora sonrisa. Amanece.)* Venez prendre votre pétit-dejeuner, mes enfants!

(Oscuro. Estalla la Marsellesa entre gritos de enorme júbilo. Foto gigante de Churchill, Roosevelt y Stalin en Yalta, sonrientes.)

CUADRO XVI

Guerrillero en España

Letrero:

ESPAÑA, 1946

En silueta, una pareja de la Guardia Civil. Suena una ráfaga de metralleta y la pareja es abatida. Estamos en un pueblo del Pirineo. Entra RUPERTO –cuarenta y cuatro años de edad: pelo algo canoso– con el resto de un grupo guerrillero armado. Vienen derrotados, abatidos. Traen al LUTE malherido en unas parihuelas.

RUPERTO.– *(Grita a las casas cerradas, que parecen vacías.)* ¿No hay nadie en este pueblo?

GUERRILLERO.– Parece abandonado.

RUPERTO.– *(Grita hacia las casas desesperadamente.)* ¿No hay nadie en este pueblo? *(Silencio. Sólo el eco de su voz en las montañas.)* Pero estos guardias civiles no están ahí para nada.

GUERRILLERO.– Lo malo es si te oyen, con esos gritos, y viene más fuerza de la montaña.

RUPERTO.– *(Aúlla como una fiera herida.)* ¿Dónde están los hijos de puta de este pueblo? ¿Se han muerto todos? ¿Se les convoca en nombre del Partido Comunista! ¿La zona está siendo liberada para la democracia y el socialismo! ¿Salgan todos! *(Nadie responde. El LUTE, desde la parihuela, tira a RUPERTO de la manga. RUPERTO lo mira conmovido.)* Eleuterio, ¿qué tal?

LUTE.— *(Con voz muy débil.)* Esto se acaba, chato. ¡Me estoy muriendo a chorros! Esto es... *(Con un hilo de voz.)* el aca... bo... se.

RUPERTO.— *(Con los ojos llenos de lágrimas.)* ¡No, Eleuterio! ¡No te me mueras tú! *(Casi como un gemido.)* ¡Tú también, no! *(Mira a su alrededor y ahora los rostros sombríos, barbudos, de los compañeros, llorando.)* ¡Esto es horrible! *(Se rehace.)* ¡Nos replegaremos hacia el monte! ¡Trataremos de conectar con el grueso de la columna! ¿De acuerdo? *(Gestos de sombrío asentimiento.)* Y en cuanto a ti... *(Le coge la muñeca.)* ¡En cuanto a ti, nada! *(Pausa. Se pasa la mano por los ojos. A los demás con voz entera:)* Lo enterraremos aquí mismo. *(Es ya oscuro. Cavan una fosa en silencio. Entierran al LUTE. Clavan en la tierra un palo con un pañuelo rojo. Los guerrilleros rodean la tumba en silencio. Levantan los puños cerrados en un gesto mudo de feroz dolor y de odio.)* ¡La lucha sigue, camarada! ¡La lucha de los parias del mundo! ¡De los condenados de la tierra! *(Entredientes cantan, en la noche lúgubre, la Internacional. Oscuro, en el que se oye una descarga cerrada. Al resplandor de los fogonazos, vemos caer a varios guerrilleros. RUPERTO grita en el tumulto.)* ¡Hacia el monte! ¡Hacia el monte! *(Oscuro. Disparos. Pausa. Luz a RUPERTO, que está solo, al resguardo de unas rocas en lo alto de una colina. Tiene la metralleta apuntada hacia la falda del monte y su respiración es anhelante: como un resuello animal. Amanece. Escuchamos su soliloquio.)* Ahí va... No es la Guardia Civil... Soldados... Suben por la ladera... ¡Soldados...! Cagados de miedo; rapados..., uniformes mugrientos... Apenas pueden con el mosquetón... Les tocó la quinta... Los sacaron del pueblo... No saben lo que hacen... Pero suben... Me buscan... Van a encontrarme... *(Mira hacia otra parte de la ladera.)* porque estoy cercado..., y me van a matar... porque estoy solo... ¿Dónde habrán ido a parar los otros camaradas?... A Juanillo lo he visto caer... con... el pecho destrozado... El gallego iba detrás de mí; pero de pronto..., no sé..., han debido de atizarle también... Luego he oído un tiro de pistola... Seguro que el oficial va rematando a los que cogen... ¡Es seguro...! Sólo que a mí..., a mí no van a cogerme..., no..., de ninguna manera... Cogerme vivo, no... Morir matando, eso... ¡Oh! ¡Ya suben, ya suben! ¡Morir matando! Pero... ¡cómo cargarme a esos... desgraciados! ¡Los han traído al matadero, como corderitos y...! Al teniente sí..., ¡al de la pistola!... Claro está que... en cuanto dispare llamaré la aten-

ción sobre los demás y se acabó lo que se daba... El fin... de una vida curiosa... Españolito que vienes... Dónde he oído yo eso..., dónde... Pero yo digo... que no tiene que ser la mía la última sangre que corra... Que esto tiene que seguir, caiga quien caiga... Morir de pie..., nunca vivir de rodillas..., nunca... ¡Ah, Pasionaria, Pasionaria! ¡Dolores...! Me acuerdo de ti en este momento... Ingresé en el Partido por ti..., por ti..., después de oírte... aquel precioso discurso..., aquel... ¡Ya..., ya está ahí! ¡Lo tengo a modo ahora! ¡Ahora o nunca! (*Dispara una ráfaga corta.*) ¡Ya está! ¡Te he estropeado una pierna! ¡Un poco más arriba y no volvías a presumir con las chavalas de tu pueblo! (*Mira atentamente hacia abajo. Se diría que ahora está tranquilo.*) Bueno. Ya está. Vienen a mí. Soldados. No quiero matarlos: no. Podría cargarme a media docena tranquilamente. Los tengo a modo. No saben cubrirse. Pero no quiero. Conozco este problema: les llamaron las quintas. Las pasan putas en el cuartel. Conozco, conozco. Piensan en su pueblo. Pero el reloj, no. El reloj no se lo dejo, no. Me da rabia pensarlo. Que alguien siga mirando la hora en mi reloj... cuando yo esté criando malvas entre estas rocas..., o por ahí, no sé... Además, es un recuerdo, lo único que me queda de mi padre: este reloj... mayúsculo.

(Se ríe de lo que acaba de decir. Ha sacado del bolsillo aquel enorme reloj casi circense que se le cayó a su PADRE del bolsillo al morir en la calle, durante la Semana Trágica de Barcelona. Lo lleva con un cordel. Cogéndolo por el extremo de la cuerda lo destroza concienzudamente, casi diríamos científicamente, sobre una roca. Luego se apoya el cañón de la metralleta en el pecho —la culata del arma, apoyada en el suelo— y, como un modesto héroe romano-shakespeareano oprime el gatillo y suena una ráfaga. Se desploma. Pausa sobre la trágica situación. Es un amanecer lívido. Van llegando a la cumbre, temerosos, los SOLDADOS. Descubren el cuerpo y lo rodean. Uno con cara de bestia va a rematar a RUPERTO, pero un CABO lo detiene.)

CABO.— ¿Qué vas a hacer, so bestia? ¿No ves que es un prisionero?

SOLDADO.— *(Se ruboriza y dice, con voz de bruto, avergonzado.)* Como el teniente les daba el tiro, yo...

CABO.— Es un prisionero de guerra, so animal. ¡Cargadlo a lomos de una mula y vamos bajando para el pueblo! Aquí no queda nada, por lo que se ve.

OTRO SOLDADO.— *(Que mira con gesto crispado el cuerpo ensangrentado de RUPERTO.)* Lo más fácil es que se nos desangre por el camino, cabo.

CABO.— *(Se encoge de hombros.)* ¡Y a mí qué!

(Oscuro.)

CUADRO XVII

El que recibe las bofetadas

Letrero:

NUEVE AÑOS DESPUÉS...

Patio de una cárcel. RUPERTO, delgado y palidísimo, muy aviejado –tiene 53 años–, está sentado en el suelo. Tose. Se le acerca un anarquista llamado BENITO, que tiene cara de muchas hambres.)

BENITO.– Me vendo una barra que ha tenido tortilla. O me la cambio por un cigarro.

RUPERTO.– ¿Y qué has hecho con la tortilla? *(Tose.)*

BENITO.– *(Como pidiendo disculpas, casi compungido.)* Me la comí ayer. Era un bocadillo que me envió mi compañera por medio de un amiguete... *(Pensativo.)* Que, por cierto, que yo estoy en que me la pega con él... Me cago en la leche...

RUPERTO.– ¿No te visita la señora?

BENITO.– Está en la cárcel en las Ventas sufriendo un arresto por lo que llaman un delito económico. Yo no. Yo por la CNT. No sé qué de un hurto en un mercado o algo así... Tiene ese vicio, que yo no soy capaz de ello, y además que no le gusta fregar suelos por cuatro perras, en lo que lleva toda la razón mi Tere. *(Suspira.)* A la que no veo, ay, desde que me trincaron en el 40, o sea, va para quince años. Me cago en la leche...

RUPERTO.– Yo no tengo nada de pasta. ¡Nada! Ando canino. *(Tose.)* Por eso no te puedo comprar... *(Mira el pan con envidia.)*

BENITO.— (*Que se da cuenta de la situación.*) ¡Haberlo dicho, hombre! (*Le da media barra, que RUPERTO empieza a devorar en seguida golosamente.*) A ver si consigo el cigarro —que para mí es como un alimento— por esta otra media. Como ha tenido tortilla, ¿verdad?, está riquísima, ¿no?

RUPERTO.— (*Casi atragantándose.*) Sí; un rato. (*Silencio.*)

BENITO.— ¿A ti te han agarrado ahora, o vienes de traslado?

RUPERTO.— De traslado. Me cogieron en el 46.

BENITO.— Político también, a lo que parece.

RUPERTO.— Sí, sí, político. (*Tose.*)

BENITO.— ¿En el 46 has dicho?

RUPERTO.— (*Tose.*) Sí.

BENITO.— De los maquis, a lo mejor. (*RUPERTO asiente.*) Muchos murieron.

RUPERTO.— Yo..., yo estuve muriéndome en el hospital. (*Explica.*) Que por eso precisamente me salvé, al luego no morirme. ¡Tres años y medio entre la vida y la muerte, que ni pudieron juzgarme, ya ves cómo estaría! Echando sangre por la boca y... he perdido un pulmón.

BENITO.— Ah, claro. Menos mal, porque así te pasaste el peor momento, ¿no? Cuando los fusilaban.

RUPERTO.— (*Asiente.*) ¡Pero nueve años sin ver un clarito; en las peores condiciones, compañero! ¡Que se dice pronto!

BENITO.— Ya, ya. ¿Y a qué le llamas tú un clarito?

RUPERTO.— A ti, en este momento: a haberte conocido a ti.

BENITO.— (*Mosqueado.*) ¿No serás tú maricón? ¡Que mira que te sacudo!

RUPERTO.— (*Ríe.*) No, hombre, no.

BENITO.— ¡O de la bofia!

RUPERTO.— ¡No! (*Sonríe pálidamente, con dulzura.*) Te llamo clarito porque eres el primer político que me echo a la cara en nueve años. ¡Imagínate! Me vienen echando con los chorizos, no sé por qué, y no conozco a nadie.

BENITO.— En este penal hay varios políticos. No sé si unos cincuenta.

RUPERTO.— ¿Hay algún comunista? Que tú sepas, quiero decir... O sea que lo que yo quisiera saber es, en fin, si existe aquí el Partido.

BENITO.— (*Otra vez mosqueado.*) Oye, tú. Que a mí no me tanga ni mi padre.

RUPERTO.— (*Desalentado.*) Ya sé que no me expreso.

(Tose. Pausa. Se ha comido hasta las últimas miguitas de la barra. El anarquista lo mira ahora con simpatía.)

BENITO.— ¿Estaba bueno?

RUPERTO.— *(Asiente con un gesto.)* El sabor de la tortilla le da un gusto exquisito. ¡Hum! Yo es que estoy solo y no tengo posibles, ¿sabes? *(Pausa.)* A mi mujer la mataron en la guerra..., y mis amigos..., todos... *(Pausa.)*

BENITO.— *(Ya confiado.)* Los comunistas los tienen en otra galería. Aquí tenemos socialistas, un solidario vasco, otros tres compañeros confederales y yo.

RUPERTO.— Yo soy comunista.

BENITO.— ¿Y a mí que me cuentas?

RUPERTO.— O sea que defendiendo, quiero decir, la línea de mi Partido. Sólo que ahora, por esta pérdida de contacto, no la conozco bien. ¿Cómo van las cosas?

BENITO.— Yo diría que mal.

RUPERTO.— ¿Y la correlación de fuerzas, a nivel internacional? ¿Qué opinas tú?

BENITO.— *(Desalentado, lo mira moviendo la cabeza y bostezando.)* ¡Siempre seréis los mismos!

(Se echa, negligentemente, como con intención de dormir. Pero ahora se detiene a un lado un funcionario bizco al que llaman DON PEDRO EL CRUEL. Lleva un martillo en la mano derecha.)

PEDRO EL CRUEL.— Eh, tú. Levántate. *(BENITO se levanta.)* Saluda como una persona, burro.

(RUPERTO se ha levantado también.)

BENITO.— Buenos días.

PEDRO EL CRUEL.— «Buenos días, Don Pedro».

BENITO.— Buenos días, Don Pedro.

PEDRO EL CRUEL.— Otra vez con las mismas.

BENITO.— ¿A qué se refiere?

PEDRO EL CRUEL.— A lo que has puesto en la celda.

BENITO.— *(Con mirada inocente.)* ¿A lo que he puesto? No caigo. *(PEDRO EL CRUEL le da con el martillo en la cabeza.)* ¡Ay! Ah, ¿se refiere a eso de «Don Pedro el Cruel, hijoputa»? No he sido yo.

PREDO EL CRUEL.— Y ahora quieres congraciarte con el Partido. (*Señalando a RUPERTO.*)

BENITO.— (*Mirando a RUPERTO, como si lo viera por primera vez.*) ¿Con el Partido? ¿Con qué Partido? ¿Yo...?

PREDO EL CRUEL.— ¿Tú que fuiste en la guerra?

BENITO.— (*Tiembla.*) Eso ya pasó.

PREDO EL CRUEL.— ¿Qué fuiste, di?

BENITO.— Ingresé en las Fuerzas del Orden.

PREDO EL CRUEL.— ¿De qué orden?

BENITO.— Me hice guardia de Asalto.

PREDO EL CRUEL.— Hazme una demostración.

BENITO.— ¿De qué?

PREDO EL CRUEL.— De la leña que dabas.

BENITO.— ¿Yo? Yo nunca he pegado a nadie. Y menos estando de servicio. Sólo una vez.

PREDO EL CRUEL.— ¿Ah, sí?

BENITO.— Sí. Le zurré a un compañero de la FAI que me hizo una pirula.

PREDO EL CRUEL.— Yo digo a los fascistas.

BENITO.— ¿Qué?

PREDO EL CRUEL.— Que cómo le pegabas a los fascistas.

BENITO.— ¡Yo nunca jamás!

PREDO EL CRUEL.— Hazlo con ése. (*Por RUPERTO.*) Sí, sí; que le pegues a ése, a ver si estás en forma.

BENITO.— Yo... no... (*DON PEDRO le da otro martillazo en la cabeza.*) ¡Ay!
¡Ay! (*A RUPERTO, mientras le cae sangre por la cara de los martillazos.*)
Perdona, chico.

(*Le da un cachete.*)

PREDO EL CRUEL.— Más fuerte.

(*Alza el martillo.*)

BENITO.— (*Con un hilo de voz.*) Perdona.

(*Le da una bofetada.*)

PREDO EL CRUEL.— Eso no es nada. Sigue.

(BENITO le pega a RUPERTO otra bofetada. RUPERTO le grita, escandalizado.)

RUPERTO.— Pero ¿qué haces? ¿Estás loco?

BENITO.— (*Asiente.*) Me han vuelto loco, sí.

(*Vuelve a pegar a RUPERTO. Éste trata de sujetarlo.*)

RUPERTO.— (*Se le han caído las gafas.*) ¡Esto es una vergüenza! ¡Una vergüenza! ¿Cómo puedes alzar la mano contra un compañero de clase?

BENITO.— (*Le pega otro golpe. Está como cegado.*) ¡Compañeros de mierda! ¡A ver si los comunistas no han asesinado a muchos de los nuestros! ¿Y qué hicisteis con los del POUM, canallas?

RUPERTO.— (*Tratando penosamente de sujetarlo. BENITO le ha partido un labio y sangra copiosamente.*) ¡Escucha, escucha! ¡No me trates así! ¡Ya discutiremos todo lo que quieras! ¡Pero ahora...!

PEDRO EL CRUEL.— (*Ríe, divertido.*) ¡Arréale más! ¡Es un comunista! ¡Es un cerdo! ¿Lo ves cómo se achanta?

RUPERTO.— ¡... Ahora cálmate y escucha! ¡Escucha! (*BENITO, temblando de terror y de cólera, lo golpea otra vez en el rostro.*) ¡Mira que te sacudo! ¡Que te sacudo! ¡Que me sobra con un pulmón para respirar mientras te saco las tripas! ¡Que te sacudo! ¡Que...!

(*Para el golpe que BENITO va a asestarle ahora y le replica con un tremendo puñetazo. Lo tira al suelo. Entonces BENITO se levanta como una furia y va a por él, como si fuera a comérselo. Se enzarzan en una pelea espantosa, salvaje. Ruedan por los ruedos. Se desgarran la ropa. Resoplan como fieras. Se arañan. Se muerden. Hasta que:*)

PEDRO EL CRUEL.— (*Que ha dejado de reírse al ver el cariz que toma la situación, les grita.*) ¡Basta ya! ¡Basta ya! ¡Burros! ¡Rojos teníais que ser! ¡Sois bestias! ¡Bestias! ¡Bestias! (*Al círculo silencioso de presos*

que se ha formado alrededor de la pelea.) ¿Qué hacéis ahí, cabrones? ¿No veis que dos compañeros se están pegando? ¡A separarlos, venga! (Los separan penosamente, de tal modo están enzarzados en la pelea. BENITO se levanta penosamente. Sangra por varios sitios.) ¿No te da vergüenza?

(RUPERTO, a gatas por el suelo, busca sus gafas. Tiene terriblemente hinchado el único ojo. Tose. Se pone la mano en la boca y la retira ensangrentada. Se limpia la mano en el pantalón. Consigue levantarse, ayudado por unos presos. Se aproxima –un ojo hueco y otro a la virulé– a DON PEDRO EL CRUEL, como para verle la cara de cerca. Terrible silencio. Le amenaza con el puño cerrado.)

RUPERTO.– ¡Ni rastro! ¡No va a quedar ni rastro... de todos vosotros! ¡Temblad ante el pueblo! *(A BENITO.)* ¡Ahora comprendo algo! ¡Ahora comprendo algo de lo que pasa en este puto país! *(Tose, tose.)*

BENITO.– *(Comenta entredientes cabizbajo, hecho polvo.)* Me cago en la leche...

(Va haciéndose oscuro.)

CUADRO XVIII

En la calle. Reencuentro con el Partido.

Letrero:

«En 1957»

RUPERTO *está de camarero correturnos en la terraza de una cafetería en un barrio nuevo de Madrid. Hay un cliente que da palmas, bajo un toldo achicharrado por el sol de agosto. Por fin acude RUPERTO. Chaquetilla blanca, andar un poco renqueante y gafas oscuras, para ocultar su defecto ante la clientela.*

RUPERTO.— *(Un poco displicente. Se ve que no le va el nuevo oficio.)* El señor me dirá.

CLIENTE.— Una caña.

RUPERTO.— *(Con cara de palo.)* Será un botellín.

CLIENTE.— Bueno, pues un botellín. *(Fijándose en RUPERTO.)* Oiga, pero ¿yo no lo conozco a usted de algo?

RUPERTO.— *(Se encoge de hombros; poco conversador.)* Usted sabrá... Yo, a primera vista, no caigo.

CLIENTE.— ¡Sí, hombre, ya sé! Es que se parece usted —pero en viejísimo, con perdón— a un amigo mío de la juventud. ¡A uno de los Cuatro Caminos, por más señas! Ruperto, que era panadero. En viejo, claro; pero se parece. *(Muy charlatán.)* ¡Figúrese que la última vez que le vi fue en la guerra; no le digo más! ¡Pero es clavado, clavado!

RUPERTO.— ¿Y tú quien eres?

CLIENTE.— ¿No irás a ser tú?

RUPERTO.— El mismo que viste y calza.

CLIENTE.— ¡Ruperto! *(Se ha levantado.)* ¡Yo soy el hermano de la Libertad!

RUPERTO.— *(Mosca.)* ¿Cómo el hermano de la Libertad?

CLIENTE.— De la Libertad, de tu mujer. ¡Soy tu cuñado!

RUPERTO.— *(Boquiabierto.)* ¿Qué tú eres Germinal? ¡Pero qué gordo te has puesto, chico! *(Se abrazan.)* ¡El Germinal! ¡El Germinal, veinte años después! ¡Veinte años después! *(Está emocionado.)*

CLIENTE.— Sólo que ya no me llamo así. Llámame Paco. *(Explicativo.)* Bueno, tú sabes que yo rompí con el anarquismo ya antes de la guerra; pero además luego después, cuando me fui a casar, hubo el problema de la santería o del santoral o como coño se llame eso; y yo...

(RUPERTO se ha sentado a la mesa. Siguen hablando animadamente por gestos. Risas. Ademanos. Alguna lagrimita, rememorando sus respectivas existencias. Bla-bla-bla. Voces: «¡Camarero! ¡Camarero! ¿Quién sirve aquí?». Pero él no hace el menor caso. Bla-bla-bla. De pronto, el film se hace otra vez sonoro, digámoslo así, y oímos netamente:)

¡Y si tu problema es encontrar el Partido, ya lo has encontrado, Ruperto!
¡Aquí me tienes! ¡Yo te presentaré...!

(RUPERTO chista –sssh...– ruidosamente, y mira receloso a su alrededor. «¿Es que se ha muerto ese camarero?», grita alguien en la terraza. Oscuro. Música de Madrid. Luz a una calle muy concurrida. Cesa la música. Pausa. RUPERTO camina feliz por esta calle, entre gente, al son de la Internacional –que él tararea o silba– y portando una gran bandera roja, que ningún transeúnte ve. De nuevo, oscuro. Ahora, la luz al interior de una casa. Suena un timbre, de manera convenida. Una viejecita acude a la puerta. Al abrirla, entra en la casa la «Internacional» a toda orquesta. Es RUPERTO, sonriente, feliz, con su gran bandera roja.)

RUPERTO.— *(Con una gran sonrisa.)* Creo que me esperan, señora. *(Se alza las gafas.)* Soy el tuerto que... ¿eh? En fin..., creo que con eso basta...

VIEJECITA.— Sí, sí; pase usted.

(RUPERTO pasa. Cuelga en el perchero, como si fuera un gabán, su bandera, y pasa a la habitación que le indican. Allí, en la semipenumbra del atardecer, está PEDRO, un responsable del Partido. De estatura media, membrudo, espesas cejas y gesto grave: una mirada inquisitiva tras unas gafas de cristales muy gruesos.)

PEDRO.— Siéntate, camarada.

RUPERTO.— Ante todo... un abrazo.

PEDRO.— Claro que sí, hombre.

(Se abrazan.)

RUPERTO.— *(Se sienta y dice jovialmente.)* Ingresé en el... ¿Se puede hablar aquí? *(PEDRO hace un gesto de asentimiento, pero también de que hable en voz baja.)* Ingresé en el Partido, con un abrazo, en 1936, poco antes de empezar el Meneo. «¿Qué hay que hacer para ingresar en el Partido Comunista?», le pregunté al Masita, un camarada panadero, que por cierto luego murió en Teruel, como aquel que dice en mis brazos. Y va él, y se le ilumina la cara, y me dice: «Ante todo, un abrazo». Son..., son cosas que uno recuerda al cabo de los años, ¿verdad?

(Tiene los ojos húmedos. Pausa.)

PEDRO.— *(Carraspea discretamente.)* Bueno..., vamos a empezar, si te parece.

RUPERTO.— *(Animoso.)* Sí, sí; vamos a empezar. ¡Bueno! ¡A seguir, a seguir...!

(Pausa. PEDRO consulta un papel pequeñísimo, escrito con letra minúscula, que tiene sobre la mesa. Pausa.)

PEDRO.— *(Habla pausada, gravemente, con sintaxis muy cuidada.)* Los camaradas han pensado lo que pudiéramos llamar el carácter un poco curioso, por así decirlo, de tu caso.

RUPERTO.— (*Vivamente.*) ¿Curioso en qué sentido?

PEDRO.— (*Hace un gesto. Sin levantar la voz.*) Espera, espera.

RUPERTO.— (*Se da cuenta de que ha interrumpido.*) Perdona. Sigue.

(*Pausa.*)

PEDRO.— (*Consulta el papelito, como para tomar el hilo.*) Se referían los camaradas al hecho —como te decía, curioso en algún aspecto— de que tu larga permanencia en la cárcel no te haya procurado —como dicen los camaradas, «curiosamente»— la ocasión de encontrar al Partido. Se piensa, por parte de algunos camaradas, que quizás no haya sido tan..., tan ferviente, por así decir, tu deseo de encontrarlo. Sin duda, tu situación ha sido en extremo dificultosa.

RUPERTO.— Ya le dije a Paco...

PEDRO.— A «Jorge».

RUPERTO.— (*Confuso.*) Eso: a Jorge... Ya le he dicho a Jorge —que es cuñado mío, por cierto, no sé si te lo han dicho (*Paco asiente.*)— que me he tirado la mitad del tiempo entre tuberculosos y la otra mitad entre chorizos. Pero en cuanto ¡no ya a deseos; a necesidad...!

PEDRO.— Ya, ya. Eso está claro, camarada. (*Consulta el papelito.*) También, algunos camaradas, llevados sin duda de su celo y, por supuesto, de su larga y tenaz experiencia en la lucha clandestina, opinan que, a primera vista, hay algo en tu biografía que..., entiéndeme.... algo que choca un poco. Por mucho menos que lo tuyo, miles de camaradas fueron fusilados o han muerto en las prisiones franquistas o siguen en ellas. ¡Entiéndeme, no es que yo diga...!

RUPERTO.— ¡Qué le voy a hacer yo! ¡He estado donde he tenido que estar —donde el Partido me ha puesto en cada momento hasta que perdí el contacto—..., y si no me han matado, habrá sido por suerte! ¡Yo que sé! ¡También me dices unas cosas que, en fin, yo...!

PEDRO.— (*Paciente, equilibrado.*) Ya, ya. Entiende lo que quiero decir. Los camaradas se congratulan de tu suerte, desde luego; lo cual no obsta para que se tomen las precauciones debidas en cada caso; que se pida información a la dirección del Partido y, en fin, otras medidas de seguridad. Has de entender que la lucha clandestina tiene sus servidumbres: hay un trabajo oscuro, paciente... y necesario.

RUPERTO.— (*Asiente con fervor, como cayendo en lo obvio.*) ¡Es cierto, es cierto...!

PEDRO.— Hay camaradas, en fin, cuya trayectoria ha podido seguirse, por medio de controles orgánicos, a través de todos estos años en que la represión se ha cebado muy particularmente con nuestro Partido. Pero hay otros camaradas, excelentes por otra parte..., que han permanecido aislados durante años, por lo que sea... y que, al reaparecer, son por supuesto objeto de todas nuestras atenciones y cariño; sin que, por ello, se descuiden otros aspectos necesarios para la seguridad del Partido y sus organizaciones. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

RUPERTO.— (*Que ahora oye a PEDRO como fascinado.*) Me parece muy justo y muy correcto.

PEDRO.— (*Sonríe ahora, mostrando una enorme dentadura, como si hubiera reconocido por esta frase, en RUPERTO, a un verdadero camarada.*) Exactamente. Exactamente. (*Queda un momento pensativo ante el papelito y por fin lo rompe en menudísimos pedazos que pone en un cenicero. Los quema.*) Bien. Lo mejor es que Jorge vaya a verte un día y charláis.

RUPERTO.— (*En las nubes.*) ¿Jorge? Ah, sí; mi cuñado... Jorge. (*Ríe.*) Siempre he sido un poco patoso para la clandestinidad. Claro que sólo tengo la experiencia de Francia y allí más que nada lo que hacíamos era acciones un poco a lo burro; asaltos o convoyes nazis, voladuras, atentados a los SS y otras perrerías por el estilo.

PEDRO.— (*Ríe.*) Ahora no vas a tener mucha ocasión de lucir esas habilidades, camarada. Como sabes, el Partido preconiza una vía pacífica en la marcha hacia la democracia y el socialismo en este país. Imagino que sabes...

RUPERTO.— (*Niega con la cabeza.*) Lo más urgente para mí es tener un conocimiento... preciso de..., de la línea política del Partido: a eso quería yo llegar.

PEDRO.— Bueno. Jorge te pasará los materiales; aparte de que deberías oír, si es que no lo haces, Radio España Independiente. Es una orientación... precisa, como tú dices, para militantes no organizados aún... y amigos.

RUPERTO.— Llevo, como aquel que dice, dos días en la calle. Ya le preguntaré a Paco, digo a Jorge... (*Saca un puro de brea y lo muerde. Sonríe.*) No puedo fumar por lo del pulmón; así que me consuelo masticando esto.

(PEDRO ahora está escribiendo algo en otro diminuto papel. Por fin, levanta la vista.)

PEDRO.— Bien, camarada. Estoy seguro de que tendremos ocasión de vernos muchas veces, a medida que vayas entrando de nuevo en la vida del Par-

tido... y ambientándote, por decirlo así, de cara a las tareas que se te encomienden en el futuro.

RUPERTO.— A... antes de irme, camarada..., ¿cómo me han dicho que te llamas? ¿O no me lo han dicho?

PEDRO.— Llámame Pedro.

RUPERTO.— ¡... Antes de irme, Pedro, quisiera hacerte un par o tres de preguntas, si no tienes inconveniente!

PEDRO.— ¡Hombre! ¡Cómo iba a tenerlo! Di lo que quieras, hombre.

RUPERTO.— Es alguna cuestión, que para mí es urgente, que afecta al movimiento comunista mundial... Cosa de poco, verás; y alguna otra cosilla, también muy urgente... para mí.

PEDRO.— Si yo puedo servirte en algo, aquí me tienes; venga...

RUPERTO.— Lo primero es..., es..., es sobre el XX Congreso del PCUS, ¿sabes? Con..., con tal motivo, la prensa burguesa se ha hartado de vomitar basura sobre la figura del gran camarada Stalin; y yo... ¡Bueno! Siendo seguro que se han tergiversado los términos en que se expresó el camarada Krushev, yo..., yo quería preguntarte la opinión del Partido sobre este punto.

(PEDRO mueve la cabeza, pensativo. Toma la palabra por fin.)

PEDRO.— Desgraciadamente, hay que decir que el informe del camara Krushev ante el XX Congreso contiene, sin duda, hablando en términos generales, los elementos de una crítica seria de los errores —y hasta, ¿por qué no decirlo?, de los crímenes— cometidos en la Unión Soviética durante el período de Stalin; errores debidos sobre todo al culto a la personalidad que se produjo en dicho período: un período sin duda difícil para la Unión Soviética.

RUPERTO.— *(Estupefacto.)* ¡Has dicho errores... y crímenes!

PEDRO.— *(Con equilibrada gravedad.)* Errores y crímenes, camarada. Hay que tener el valor —y sobre todo nosotros, los comunistas— de llamar a las cosas por su nombre.

RUPERTO.— *(Con un soplo de voz.)* ¿Los llamados procesos de Moscú...?

PEDRO.— ... Se procedió, como está comprobado, a la liquidación física de algunos verdaderos comunistas... Eso está claro; pero además...

RUPERTO.— *(Casi de lágrimas en los ojos.)* ¿Campos de concentración... también? ¿Comunistas pudriéndose entre las alambradas? ¿Crímenes horrendos?

PEDRO.— ¡... Y otros excesos, debidos, como te decía, al culto a la personalidad reinante durante este período en la Unión Soviética!

(RUPERTO ha quedado inmóvil. Se quita las gafas. Se limpia el lagrimeo del ojo tuerto.)

RUPERTO.— Yo... *(No puede hablar. Se le rompe la voz.)* El..., el meapilas aquel tenía..., tenía razón; y yo..., yo que casi lo mato. Es... *(No puede seguir.)*

PEDRO.— Tranquilízate, hombre.

RUPERTO.— *(Con voz bronca.)* Ahora dime algo de Hungría. *(Ronco, casi agresivo.)* Háblame de eso, por favor.

PEDRO.— ¡Hombre, eso está muy claro! ¡Se trataba de un golpe fascista, el cual fue cortado a su tiempo —¡felizmente!— por las camaradas soviéticos! ¿Qué duda te cabe?

RUPERTO.— *(Sonríe débilmente, respira.)* Menos mal... Menos mal. En eso sí... En eso, mi análisis es correcto, camarada. Menos mal que... *(Trata de hacer un gesto de humor, pero no puede.)* Y, en fin, quería decirte también, para acabar, que hablando el otro día con Paco, me estuvo explicando la línea del Partido de un modo que yo..., o sea: que o yo soy muy bruto, o no lo entiendo, o no sé qué me pasa.

(Está hecho un lío. No sabe explicarse.)

PEDRO.— *(Sonríe, tranquilizador.)* Ya, ya me imagino. Verás, verás. Jorge es un buen muchacho y un excelente camarada... Cumple las tareas que se le encomiendan de un modo ejemplar; es uno de esos camaradas oscuros que...

RUPERTO.— *(Sonríe recordando.)* Imagínate que cuando yo lo conocí, por su hermana, o sea, por mi mujer, en el 31, era anarquista y se llamaba Germinal..., aunque ya empezaba a cambiar, es cierto. Y recuerdo que a su hermana —o sea, a mi mujer— la tenía frita.

PEDRO.— ... Es, como te decía, uno de esos camaradas oscuros, fieles, que cumplen sus tareas a lo largo de una vida austera, de sacrificios, sin brillar mucho en ninguna parte, sin apenas ser advertidos por sus mismos camaradas...; pero inmovibles, con una moral de hierro. ¡Y dispuestos a dar no sólo la vida, que eso es lo más fácil —y cualquier idealista romántico se la juega y sanseacabó; ¿no es eso? *(RUPERTO asiente.)*—, sino a dar, uno a

uno, todos y cada uno de los minutos de su vida... Pero a muchos de ellos no les pidas... –y hablo ahora precisamente por él, por Jorge–, no les pidas brillantez ideológica o grandes facultades intelectuales o... ¿Entiendes? Así pues, quiero decirte con ello que tú vas a tener ocasiones de discutir camaraderilmente todos los problemas ideológicos y políticos que te preocupen...; que no serán pocos, porque, en efecto, hay mucho, pero mucho que discutir.

RUPERTO.– (*Mueve la cabeza.*) Es que..., verás..., me explicó unas cosas que él llama la reconciliación nacional, que a mí me pareció una barbaridad tan grande que...

PEDRO.– (*Comprensivo, pausadamente.*) Claro, claro... Yo no sé lo que Jorge te habrá explicado, pero ten en cuenta que la reconciliación nacional es una línea política correcta y revolucionaria, producto de un análisis marxista-leninista de la situación española que...

(Le sigue hablando mientras va haciéndose el oscuro. Cuando vuelve la luz, es de noche y RUPERTO va otra vez por la calle... Llueve... Lo vemos cariacontecido... Lleva, ahora arrastrándola por los suelos, la bandera roja. Choca con algún transeúnte y, enseguida, casi lo atropella un coche. Le gritan: «¡Cabrito! ¡A ver si miras por dónde vas!»). Se detiene ahora ante un cubo de basura, cuyo exterior está manchado de sangre. Se diría que va a arrojar dentro de él la bandera; pero entonces, grandiosos y solemnes, vuelven a oírse los compases de la «Internacional», y él, al oírlos, se yergue como escuchando. Entonces parece revivir. Se sube de un salto al cubo de la basura, tomándolo como un pedestal, y alza la bandera. Los transeúntes siguen pasando a su lado, arrebujados en sus abrigo, cubriéndose con sus paraguas, sin darse cuenta de nada de lo que ocurre. Sólo se fija en él un borracho; el cual se le acerca tambaleándose, lo mira y dice despectivo: «Bah... Es un borracho». Y se aleja dando tumbos... Un reloj marca la 1 de la madrugada. En la Gran Vía el público está saliendo de los cines, cuyos anuncios –los de algunos films de la época– son el marco plástico de este momento.)

CUADO XIX

Una caída

Cartel:

«JUNIO DE 1959»

En casa de PACO —o «Jorge»—. Máquina de escribir y materiales de oficina. PACO está con TERESA, su mujer. Se halla manejando una multcopista y TERESA, sentada, está metiendo manifiestos, que coge de un montón, en sobres. Por cierto que la multcopista hace un ruido sobrenatural, ensordecedor, que se mezcla —en el efecto sonoro— con el resonante latido del corazón de PACO, que parece ir a reventar a cada vuelta de manivela. Está sentado y pringado de tinta hasta las orejas.

PACO.— *(Sudando.)* ¡Pon la radio, Teresa, que parece que esto se oye mucho!
¡Pon la música!

TERESA.— ¡Sigue, hombre, sigue; que se está oyendo como siempre! ¡Qué cosas tienes! *(PACO suspira y vuelve a su manivela. TERESA parece decir: «¿Ves?».* Y es que ahora se oye tal como lo oye TERESA: o sea, el ruido normal, acompasado, de una máquina multcopista manual.) Te ha dado porque se oye más; pero es que, aunque se oyera más, no hay forma de que no se oiga.

PACO.— Está..., está hecha un cacharro. Es un ruido de miedo, de miedo. ¡Y mira cómo me estoy poniendo de tinta! *(Sigue trabajando y nuevamente vuelve a oírse aquel espantable ruido y tumultuosos latidos de su corazón. Se detiene bruscamente; pero sigue oyéndose todo. Y ahora, además, empieza la música de la radio que PACO ha conectado y*

pone a exagerado volumen. TERESA dice algo, pero, claro está, no se oye, con tanto escándalo mecánico y musical. Diálogo mudo –es decir, a gritos, de los que no permiten oír nada– mientras trabajan, hasta que PACO, fatigado, hace un gesto de que está harto, deja la multico-pista y enciende un cigarrillo. Cesan los ruidos mecánicos. Apaga la radio: cesa la música. Y también van atenuándose los latidos galopantes de su corazón. Coge una de las hojas.) ¿Querrás creer que no lo he leído todavía? *(Lee en voz que a él le parece muy alta –y, en efecto, resuena en el cuarto como si fuera un atronador vozarrón– y en seguida baja el tono hasta leer de modo casi imperceptible:)* «¡Llamamiento a una Huelga Nacional Pacífica! El próximo día 18 de junio tendrá lugar...» *(Un bisbiseo: no se entiende nada.)* «... recogiendo la experiencia de la gran Jornada de Reconciliación Nacional celebrada el 5 de mayo del año pasado...» *(Otra vez el bisbiseo.)*

TERESA.– *(Que sigue trabajando.)* También, si no quieres hacer ruido, podrías ir pegando sellos en estos sobres. Estará al llegar Roberto. *(PACO empieza a pegar sellos como un autómatas mientras acaba de leer la octavilla. Por fin la acaba con un gesto de asentimiento. Sigue pegando sellos. TERESA lo mira, preocupada.)* Estás nervioso por lo que te dije anoche; ya lo sé.

PACO.– *(Se encoge de hombros.)* No... ¡Será que me voy haciendo viejo! *(Nerviosamente, en efecto.)* ¡Pero la que está nerviosa eres tú; que conste! Se te hacen los dedos huéspedes y, claro, así, es muy difícil trabajar.

TERESA.– Ya te dije que no estaba segura; y tú dices que es un hombre del barrio. ¡Pues ya está!

PACO.– Pero queda la duda, ¿no?

(Un silencio.)

TERESA.– *(Pensativa, deja de hacer sobres por un momento.)* Hoy, sin embargo, no he visto nada raro en todo el día; y he estado observando desde el balcón... Pero nada... Fue ayer..., y anteayer. El individuo no se movía de la acera de enfrente. Y cuando saliste por la tarde, yo juraría, juraría que te siguió.

PACO.– ¡Y yo sin notar nada! ¡Tomando, como tomo, todas las precauciones necesarias! Así que tú dirás.

TERESA.— (*Grita, nerviosa.*) ¡Según esa regla de tres, cuando vea algo que me parezca raro me callaré la boca! ¿No? ¡Hasta que no tenga la seguridad..., o sea, cuando tengamos a los sociales dentro de la casa!

PACO.— (*Chista con una fuerza espantosa.*) ¡Chisss! ¡Chisss! (*Hace un gesto que es como una mueca desencajada para decir con un hilo de voz.*) ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¿Lo ves cómo estás nerviosa? ¡Y así no podemos seguir! ¡Tranquilízate! (*Se pasa una mano por el rostro y se lo embadurna de tinta.*)

TERESA.— (*Se ríe al verlo.*) ¡Te estás poniendo perdido!

PACO.— (*Fastidiado.*) ¡Ríete encima! ¡Hay días en que todo le sale mal a uno! ¡Se iría uno no sé adónde! (*Mira a su alrededor, angustiado.*) ¡Las cuatro paredes de la casa se le vienen a uno encima! (*Fuma hasta apurar la colilla y la aplasta en el cenicero. Transición.*) Menos mal que el 18 pueden cambiar las cosas. Todos los camaradas afirman que hay condiciones objetivas para que la Huelga Nacional Pacífica del 18 sea un serio paso y quién sabe, quién sabe... El Partido ha dado garantías de seguridad a los dirigentes de la oposición burguesa para que la nueva situación política que puede producirse con el derrumbamiento del franquismo... (*En este momento está sonando el ascensor.*) ¿Oyes? No hagas ruido tú. (*TERESA parece preguntar: «¿Qué ruido hago?». Se oye, en efecto, el rasgueo de la pluma sobre el papel.*)

TERESA.— Es el ascensor.

(*Pausa.*)

PACO.— Va más arriba.

(*Cesa el ruido.*)

TERESA.— Ha parado en el último, me parece.

PACO.— A ver si es Rúper-Roberto. ¡Como lo para siempre en un piso distinto! ¡No sé, no sé! ¡El insiste en que es más seguro; pero a mí todo lo que sea hacer cosas raras, no! (*Mueve la cabeza. Lllaman a la puerta. Es una llamada convenida, un tanto historizada. PACO va a abrir. Es RUPERTO.*) ¡Rúper-Roberto! Chico, que no me acostumbro a tu nombre de guerra. Je, je, je.

(*Rien. Se abrazan.*)

RUPERTO.— Se saluda a la buena familia. ¿Cómo estás, Teresa?

TERESA.— Así, así.

RUPERTO.— ¿Dónde dejo la cartera?

PACO.— *(Cambiándosela por otra.)* Trae.

(Guarda en un armario lo que ha traído RUPERTO.)

RUPERTO.— Se necesitan quince mil copias para mañana.

(PACO y TERESA se miran. Se advierte que están sobrecargados.)

PACO.— Se intentará hacerlas.

RUPERTO.— ¿A qué hora vengo?

TERESA.— *(Calcula.)* Ven... sobre las 8.

PACO.— ¡Mejor, las 8 y media!

RUPERTO.— Vale. ¿Tenéis para llevarme lo que quedamos?

PACO.— Sí. ¡Pero no tengas prisa!

RUPERTO.— *(Sentándose.)* Ando loco.

(Encienden y fuman.)

PACO.— ¿Qué impresiones hay?

RUPERTO.— ¿Para la huelga? Excelentes, según me han dicho los camaradas.

Está todo regado de propaganda; se ha puesto toda carne en el asador y, en fin, parece que hay mucho ambiente. No hay duda que se ha hecho un gran esfuerzo por el Partido, por las organizaciones... Muchos camaradas llevan días enteros sin dormir. *(Los mira. Están los dos macilentos, agotados.)* ¡Por ejemplo, vosotros! *(Ríe.)* ¡Os lo estaba contando a vosotros! ¡Ni me daba cuenta! A veces hablo casi como un autómatas... Pongo el disco... o, como yo digo, el piloto automático.

PACO.— Estás muy cansado, ¿verdad? *(Lo mira preocupado.)*

RUPERTO.— *(Animoso.)* ¡Un poco, pero nada! *(Transición rápida.)* Así que, como os decía, la cosa parece que va muy bien. En mi barrio es verdad que yo no veo mucho ambiente. ¡En el bar donde trabajo pongo la antena y, chico, no se habla más que de fútbol y de tonterías! Pero es que es un barrio malo, malo; plagado de oficinistas y enchufados del Régimen. Lo

que vale es que los informes de los sectores dicen que todo va muy bien. Es cierto, sin duda, que la consigna de la Reconciliación Nacional se está mostrando, a través de los acontecimientos, como justa y correcta, y que está encarnado, día a día, en las masas, que la acogen y la hacen suya con un gran entusiasmo que... *(Está fatigado. Parece un moribundo.)*

PACO.— *(Lo mira, extrañado.)* Pero ¿qué te pasa?

RUPERTO.— *(Como despertándose sobresaltado.)* ¿A mí? ¡Nada!

PACO.— Estás muy pálido, chico. ¡No sé! ¡No sé!

RUPERTO.— ¡Anda éste! *(Ríe débilmente.)* No querrás que, con lo mío, *(Se toca el pecho.)* esté encima colorado como una manzana.

PACO.— ¡Ruperto, cuídate!

RUPERTO.— ¡Si ya me cuido! ¡No seas tonto!

PACO.— ¡Y no lo digo por ti! ¡Lo digo por la lucha, que nos necesita a todos! ¡Y además, qué coño, porque tenemos que verlo! ¡Tú y yo, y otros muchos como nosotros! ¡No te mueras, Rúper, que te mato! ¡Antes tenemos que cantar la *Internacional* en la Puerta del Sol!

RUPERTO.— ¡Morirme yo! ¡Ni hablar! *(Se ríe.)* ¿Sabes cómo me llamaba en Francia un chaval de la Juventud que, por cierto, lo mataron los alemanes en una acción en la que, ahora que lo digo, yo también me salvé de milagros entonces? ¡Pues decía que yo era Rúper-man! *(Ríe.)*

PACO.— *(Que no entiende nada, no le acompaña en la risa.)* ¿Y eso qué quiere decir?

RUPERTO.— *(Con un gesto de inteligencia.)* ¡El Rúper... man! ¡Un personaje de los tebeos! ¡Que le rebotan las balas y pega saltos por encima de los rascacielos!

PACO.— Ah, sí. *(Pero, naturalmente, no se ríe.)* Pero, de todas formas, tienes que cuidarte, Rúper.

TERESA.— *(Se ha levantado, después de seguir haciendo sobres durante toda la escena.)* ¿Quieres tomar algo? Se está haciendo de noche. Voy a preparar cualquier cosa.

RUPERTO.— No, ya me marchó. Por cierto... *(No dice nada.)*

PACO.— ¿Qué?

RUPERTO.— ¿No..., no habéis notado algo anormal durante estos últimos días?

(PACO y TERESA se miran.)

PACO.— Yo no.

RUPERTO.— Es que... No sé: me ha parecido ver a un tipo raro en el portal. Y en la esquina de abajo un coche negro, con dos individuos que..., bueno, que no lo he visto nunca ahí; y que me han dado mala espina. Pero como tantas veces en este trabajo se ven cosas que no hay y hasta tu padre te parece un policía..., no le he dado importancia. En fin, quería decíroslo antes de irme por si acaso.

TERESA.— Hace dos días que yo...

PACO.— (*Cierra la persiana. Interrumpe a TERESA.*) Pero no parece que sea: figuraciones que uno se hace...; a todos nos pasa. (*Enciende la luz.*) ¿Sabes el chiste que cuentan por ahí? Es un obrero al que, con motivo del 18 de julio, le hacen una entrevista por Radio Nacional, y él va y dice: «Pero ¿quién estará escuchando?». «Todos los españoles», le contesta el locutor. «¿Y en el extranjero no escuchan esta emisión?». «¡También!», le contesta el interlocutor, «¡En Francia, en Alemania, en Inglaterra..., en todo el mundo!». Y entonces el obrero agarra el micrófono con las dos manos y grita: «¡Socorro! ¡Socorro!». (*En ese momento, llamadas a la puerta. Se miran, pálidos.*) ¿Quién puede ser? No esperamos a nadie. (*Timbrazos y golpes fuertes. PACO va a la mirilla y vuelve desencajado.*) Es la policía.

RUPERTO.— (*Reflejo pálido.*) ¡No abráis! (*Se hace cargo de la situación. Parece otra persona: como si de pronto se encontrara ante una situación familiar. Ordena con energía.*) Recoged todo eso. A su sitio. (*PACO guarda la multicopista en un escondrijo que queda disimulado con un mueble. TERESA recoge papeles y sobres. Timbrazos y golpes acuciantes. PACO interroga a RUPERTO con la mirada.*) ¡Que llamen! ¡Hay que guardar todo lo que se pueda! ¿Dónde meto esto? (*La máquina de escribir. Le indican. Oleada de angustia. Entre dientes.*) ¿Se deja uno cazar así? ¡Con una metralleta en la mano, a buenas horas estos cabrones...!

PACO.— Estás loco... Olvídate de la Segunda Guerra Mundial... y de los héroes guerrilleros... no vayas a meter la pata... (*Los golpes han cesado.*) Esto es España... y en 1959... Silencio, silencio... Puede que se marchen creyendo que no hay nadie... (*TERESA va a decir algo.*) No; calla, calla..., no estamos... Silencio, por favor...

(Pero la Policía no se ha ido. Los golpes vuelven a sonar y ahora estruendosamente, mezclados con interjecciones y voces roncas. Sobre las tres figuras inmóviles va haciéndose el oscuro.)

CUADO XX

Investigación social

En los locales de la Brigada de Investigación Social. A RUPERTO le están haciendo «la rueda». Rodeado de policías, se lo envían unos a otros por medio de puñetazos y patadas. Risas. Injurias. RUPERTO cae al suelo, gimiendo.

UNO.— Y ahora cuéntanos la verdad de lo que hacíais en esa casa. Ya lo sabemos, ¡a ver si me entiendes!, pero es que tienes que decirlo tú mismo.

RUPERTO.— *(Con voz muy débil.)* ¿Yo?

UNO.— *(Burlón.)* No, tú no. ¡El tuerto!

RUPERTO.— ¡Un momento, por favor!

UNO.— ¿Qué quieres? ¡Larga ya, y déjanos en paz; que estamos teniendo demasiada paciencia contigo!

RUPERTO.— ¿En qué mesa hemos comido juntos usted y yo? ¡Ésa es mi pregunta! ¡Dígame si alguna vez usted y yo hemos comido juntos, porque yo, la verdad...!

UNO.— *(Como si no hubiera oído bien.)* ¿Eh? Pero ¿qué dice?

RUPERTO.— ¡Lo digo por eso del tuteo! ¡Que no me acuerdo, le repito, haber comido en ninguna mesa con usted! Y en cuanto a lo que me dice de esa casa, se trata —como les decía anteriormente— de un matrimonio respetable que atraviesa, según mis noticias, algunas dificultades económicas y, en fin, que están con el pensamiento de emigrar a Francia, donde, al parecer, tienen un pariente; y de ahí el que yo les esté dando unas clasicitas de francés a la pareja, con el aquel de sacarme un plus con el que, unido a lo que saco de temporero y correturnos —¿entiende?— en la cafetería que les

dije, voy saliendo adelante... ¡Bastante mal por cierto! ¡Lo que no es de extrañar, dado el nefasto período de la Historia de España que, dejando ideas políticas aparte, atravesamos!

UNO.— *(Con ira.)* ¡Habría que matarte, maricón!

RUPERTO.— *(Tose. Se pone la mano en la boca y luego la retira con sangre. Se la muestra y dice dulcemente.)* ¿Pues qué están haciendo?

(El POLICÍA, bruscamente, sale de la habitación. El resto le sigue. El último cierra la puerta de un portazo. Queda RUPERTO solo. Se arrastra penosamente por el suelo hasta conseguir quedar apoyado en la pared. Suspira y cierra el ojo, como tratando de reponerse en un lace-rante simulacro de sueño. Respira fatigosamente. Casi en seguida, se abre la puerta y entra otro funcionario, éste sonriente. Junto a él, llega otro más con una máquina de escribir que deposita, resoplando, en una mesa, frente a la cual se sienta, no sin obsequiarnos, al tiempo que lo hace, con un aburrido y rutinario bostezo.)

EL OTRO.— *(A RUPERTO, casi afable.)* ¡Acabemos de una vez con todo esto, amigo Solanas! Es muy desagradable; y créame que lo siento si se ha llegado con usted a una situación un poco extrema... Cosas que ocurren y que no siempre, desgraciadamente, es posible evitar. Quizás también por su parte hay una errónea interpretación de su situación en estos momentos. Situación que, para que lo sepa, es clara y, por cierto, desprovista de gravedad. Sus compañeros, ya ve, han sido más razonables y no han tenido inconveniente en declarar su militancia en el P.C. —organización de la que, como usted no ignora, su amigo Paco, o mejor dicho, «Jorge», *(RUPERTO hace un gesto casi imperceptible.)* es funcionario...

(RUPERTO se levanta como puede para protestar con energía.)

RUPERTO.— ¡Yo sí lo ignoro! ¡Y yo no sé nada de ese señor! ¡Nunca hemos hablado de política! ¡Nunca jamás!

EL OTRO.— (*Mueve la cabeza como pesaroso.*) ¡No me sea cabezón, Solanas! ¡Estoy tratando de resolver su problema de la mejor manera posible... para usted! (*Transición; otra vez suave.*) Nosotros sabemos —porque su amigo nos lo ha dicho...— que usted desempeñaba un oscuro papel —¡sin importancia! ¡con una mínima responsabilidad!—, un oscuro e insignificante papel de enlace de propaganda... ¡Así que no nos venga ahora con cuentos chinos...! En fin, que lo que nos queda ahora es un mero trámite... Usted firma su declaración, sin omitir, claro está, lo que pueda decirnos sobre sus contactos en el Partido... y pasa a disposición del juez —que probablemente ni siquiera lo procesará, dada la insignificancia de su caso, y más después del estruendoso fracaso de esa huelga—, y santas pascuas... Así pues, el declarante..., (*Dictando al de la máquina.*) Ruperto Solanas Mas... (*Se vuelve a RUPERTO.*) Voy a dictar sólo el encabezamiento de su declaración... El resto lo dictará usted mismo, con sus propias palabras; no faltaba más... (*RUPERTO murmura algo.*) ¿Eh? (*Pausa.*) Le escucho.

RUPERTO.— (*Después de un silencio, lentamente.*) Ruperto Solanas Mas..., camarero y profesor de francés..., declara haberse visto sorprendido por la Policía en el momento en que enseñaba la primera conjugación francesa a un honesto matrimonio cuyos nombres no recuerda en este momento por ser extremadamente desmemoriado en lo que se refiere a nombres propios...

(Va haciéndose el oscuro. Luz cenital ahora sobre el grupo del principio del cuadro. Otra vez «la rueda». RUPERTO cae de nuevo al suelo. Tiene la boca ensangrentada y de ella salen unas casi ininteligibles palabras. Uno se agacha a oírlas.)

UNO.— ¿Qué dice?

OTRO.— ¡No sé! Parece extranjero.

RUPERTO.— (*Está diciendo como en un inconexo delirio.*) La table... La plume... Le crayon...

(Se apaga el cenital.)

CUADRO XXI

En una reunión

Letrero:

«1963»

En una casa, donde va a haber una reunión de Partido. Un gran reloj de pared. RUPERTO –sesenta y unos años, el pelo blanquísimo– charla con dos camaradas jóvenes en espera de alguno más. La dueña de la casa –AMPARO, gesto fraterno y humilde, rostro trabajado por los años y los sufrimientos: enlutada– pone ceniceros al alcance de cada uno. También hay una cafetera, tazas, cucharillas y azúcar.

AMPARO.– ¿Necesitáis algo más?

RUPERTO.– Yo nada. Gracias.

LOS OTROS.– Gracias, no...

AMPARO.– Si queréis algo, me llamáis. Estaré en la cocina.

UNO.– Bien.

RUPERTO.– (*Reteniéndola afablemente.*) Todavía no vamos a empezar, camarada.

AMPARO.– Ah, bueno... ¿Tomáis una copita?

ELLOS.– No, gracias, gracias.

(*Pausa.*)

UNO.– ¿Quién vive ahí? (*Por la pared.*)

AMPARO.— ¡Ah! (*Ríe.*) ¡Por ese lado no tenéis nada que temer! ¡Aunque se hundiera el mundo, no se enterarían!

RUPERTO.— (*Ríe también.*) ¡Es cierto! ¡Yo los vi un día en la escalera, haciendo visajes y...!

AMPARO.— ¡Es... (*Se ríe infantilmente.*) un matrimonio de sordomudos! (*Ríen todos. Pausa. A RUPERTO*) ¿Esperáis a alguien más..., aparte de Juan?

(*RUPERTO consulta con la mirada a los jóvenes. Uno de ellos dice.*)

UNO.— Sí, vendrá otro camarada.

RUPERTO.— ¿Y qué tal?

AMPARO.— Ya ves. Tú, vendiendo libros, me han dicho.

RUPERTO.— ¡Libros a domicilio! (*Indica un carterón que tiene a su lado en el suelo.*) ¡Por cierto que hay que ver lo que tiene uno que aguantar! ¡Pero cualquiera se despide!

AMPARO.— ¿Estás mal en ese trabajo?

RUPERTO.— ¡Como que resulta que la editorial acaba de publicar —¡que «acabamos» de publicar!— un libro que se titula *Los comunistas al desnudo*! ¡Y el jefe va y me dice que lo introduzca en los hogares! ¡Con decirte que llevo ahí dos; que hasta me da asco coger la cartera!

AMPARO.— (*Sonríe.*) ¿Y qué vas a hacer?

RUPERTO.— ¡Pues no vender ni uno, naturalmente! ¡Pero no creas; te cuesta trabajo, porque hay burros que lo ven en el catálogo y te lo piden!

(*Ríen otra vez. Pausa.*)

AMPARO.— ¿Sabes quién sale ahora? Teresa, la de Paco; tú la conocías. (*Cayendo en la cuenta.*) ¡Y a Paco! ¡Claro que sí!

RUPERTO.— ¿A mi cuñado? ¿No voy a conocerlo? Si además a mí me detuvieron cuando ellos..., sólo que no pudieron probarme nada; y salí en seguida.

AMPARO.— ¡Es verdad! El pobre Paco... ¡Irse a morir allí, el pobre; que lo único que quería era ver la caída del fascismo! ¡Es una pena! (*Con honda melancolía.*) ¡La gente que va cayendo..., llevándose a la tumba la ilusión!

RUPERTO.— (*Conmovido.*) Y a mí que me decía: «¡Como te mueras, te mato!».
¡Imagínate!

AMPARO.— Yo estuve con Teresa en la cárcel de las Ventas. Caímos en el mismo expediente, cuando lo de las guerrillas.

RUPERTO.— Ya lo sé...

(Los jóvenes se han apartado discretamente. Uno repasa unas notas. El otro mira a la calle.)

AMPARO.— ¡Qué tiempos! ¡Qué lucha!

(Pausa.)

RUPERTO.— Así que Teresa habrá estado en total... ¡cuatro años! Fue cuando la huelga de 59. Qué valor tiene esa mujer.

(Enciende, con mano temblorosa, un cigarrillo.)

AMPARO.— Y qué amargo debió ser para ellos, ¿verdad? Sobre todo al principio, cuando se pensó que si tal, que si cual, con la caída de Pedro en aquella casa.

RUPERTO.— ¡Tonterías! Pedro se metió en la boca del lobo porque no hubo forma de avisarle. ¡Teresa, incomunicada en las Ventas, y Paco y yo, ídem de ídem en Carabanchel, en período; imagínate la papeleta!

AMPARO.— Cuando entró en la casa, lo estaban esperando; ya lo sé. Y aun así por poco se les escapa. Tuvieron que andar a tiros detrás de él.

RUPERTO.— ... Y en cuanto a lo que se dijo de las declaraciones de Paco —que por eso algunos camaradas empezaron a hacerle el vacío—, yo sé por los abogados que fueron buenas. Y a Paco le zurraron de lo lindo; que conste. Y el Partido, al final, lo reconoció así y le fue devuelta, con todos los honores, la confianza de los camaradas.

AMPARO.— ¡Sí, pero mientras tanto...! *(Pausa.)* El que tiene para rato es Pedro... como esto no caiga antes.

RUPERTO.— ¡Hombre, claro; al declararse miembro de la dirección y responsable de todo, tú dirás!

AMPARO.— ¡Tiene un valor extraordinario ese hombre!

RUPERTO.— ¡Como que fue guerrillero con los soviéticos durante la guerra!

AMPARO.— Gente admirable; ¿verdad que sí?

(RUPERTO *asiente, pero con un gesto de cierta reserva.*)

RUPERTO.— (*Explicando su posición.*) A mí, si quieres que te diga la verdad, no me cayó de lo mejor en un principio. Eran mis primeros contactos con el Partido —Paco me lo presentó— después de lo mío, y... recuerdo que mi primera entrevista con él fue, ¡bueno!, como un jarro de agua fría... Pero luego, no sé, he aprendido a comprender, a estimar...; y, en fin, a tener un poco de lo que Lenin pedía a los revolucionarios; ¡paciencia! Y seguramente veo ahora las cosas con mayor equilibrio y madurez, sin extremismos infantiles. ¡No sé! En fin, a veces pienso... (*Pero no dice nada. Se queda callado, como abstraído.*)

AMPARO.— (*Respetando su extraña actitud, se vuelve hacia los otros.*) ¿Un poco más de café?

UNO.— (*Levantando la vista de sus notas.*) Sí, gracias.

EL OTRO.— (*Volviendo de la ventana, acepta también.*) Gracias.

(Llamada convenida a la puerta y AMPARO va a abrir. Ya no la veremos más. Al poco entran Juan —que estará representado por el mismo actor que hizo de PEDRO, y es también un hombre serio y equilibrado, casi frío— y el tercer joven. Saludos ad libitum y se sientan alrededor de la mesa. Cada uno saca sus notas en minúsculos papelines y sus bolígrafos. Se ilumina el gran reloj y empieza el trabajo. Escena muda, durante la que van hablando por turnos los jóvenes 1, 2 y 4. Pasan tres horas y media. Toma la palabra RUPERTO y habla durante media hora. En todo momento, los oyentes toman minuciosas y puntuales notas en sus papelititos. Por fin toma la palabra Juan. De su exposición llegan hasta nosotros algunos retazos inconexos mientras el reloj sigue su marcha.)

JUAN.— ... Serios pasos... Justa política... La catastrófica situación de la economía aboca... La clase obrera acoge muy bien y hace suya la línea del Partido ...ciliación nacional... Huelga General Política... Huelga Nacional... Sectores profesionales... Fuerzas democráticas... Munich... No po-

drán prescindir del Partido... La oposición burguesa... La gran huelga asturiana... Iniciativa y dirección del Partido... Los camaradas intelectuales... el año pasado, la crisis de octubre... Asesinato de Julián Grimau... Reconciliación nacional... La unidad del Partido... Como la niña de los ojos... Las diferencias internacionales del movimiento comunista internacional... Planteamientos erróneos de los camaradas chinos... La evolución malsana de sus posiciones... Ayudar políticamente... Correcto, justo... Las organizaciones de masas... El trabajo del Partido... Como se decidió en nuestro VI Congreso en 1960... El movimiento de mujeres... La carestía de la vida... Los ex-presos... Elevar el nivel de la conciencia... Discutir camaraderilmente... El 1 de Mayo... Éxito de las huelgas y otras acciones de los trabajadores... Unidad de la clase obrera... Sectores más retrasados... Campesinos... La pequeña burguesía... La clase obrera y sus aliados... Católicos y marxistas... Algunos provocadores... La mano larga del Partido... En un plazo muy corto, la caída del franquismo...

(Todos toman nota. Va haciéndose oscuro.)

CUADRO XXII

1968: Penúltimas experiencias de Ruperto Solana Mas

Por el patio de butacas irrumpe una manifestación de jóvenes, gritando la consigna: «¡España socialista!». Banderas rojas. Tiran octavillas (con un breve texto multicopiado) al público, que las recoge, las lee y se las pasa de mano en mano. La octavilla dice:

«¡Madrileños! ¡Os convocamos a una gran manifestación de apoyo a la revolución proletaria que se está desarrollando en estos momentos en nuestra vecina Francia! ¡Solidaridad con nuestros hermanos los obreros y estudiantes franceses en su heroica lucha anticapitalista! ¡Todos el próximo martes a la 1 de la tarde en la plaza de la Moncloa!

¡Muera el imperialismo!

¡Muera el social-imperialismo soviético!

¡Mueran los revisionistas del PCF, lacayos de la burguesía!

¡Muera el revisionismo carrillista! ¡Abajo los traidores a la revolución española!

¡Viva la revolución mundial, bajo la bandera triunfante del marxismo-leninismo!

¡Viva Mao Tse Tung!

¡Viva la insurrección armada!

¡Hermanos proletarios y pueblos oprimidos uníos!

¡Por una España Socialista! ¡Por una Universidad obrera!

PCIA (M-L)¹

Mayo de 1968

¹ PCIA (ML): Partido Comunista Ibero-Americano (Marxista-Leninista). Se trata de una organización imaginaria. (*N. del A.*)

(RUPERTO, que está viejísimo –se apoya en un bastón para andar–, se ha parado en la calle –en el escenario– ante la irrupción del comando. Pedradas a las lunas de un banco, que se desploman ruidosamente. Arrojan un cóctel molotov y un automóvil empieza a arder. Su único ojo resplandece ante el espectáculo subversivo. Coge una octavilla de las que han caído al suelo del escenario y se la guarda disimuladamente. En este momento, dos grises que han atrapado a un muchacho lo golpean con las porras. El chico se debate en el suelo, bajo los golpes.)

RUPERTO.– *(Indignado.)* ¿Por qué hacen? ¡Asesinos! ¡Asesinos! *(Golpea a un gris con su bastón, pero al hacerlo se resbala y cae. Tumulto, del cual lo saca un estudiante muy joven. RUPERTO ha perdido las gafas y no ve nada. Su ojo vacío lagrimea y lo seca con un pañuelo.)* ¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy?

(Otro MUCHACHO llega con sus gafas.)

MUCHACHO.– Sus gafas.

RUPERTO.– Gracias, gracias. *(Se las pone.)*

MUCHACHO 1.– Tire por esa calle, abuelo; que aquí hay demasiado tomate para usted.

(Los estudiantes están golpeando a los guardias.)

RUPERTO.– *(Muestra el bastón.)* Pues a ese gris le he dado un estacazo en el coco, que le van a estar sacando madera...

(Gritos: «¡Vienen dos coches de la Social...! ¡Dos coches!». Carreras.)

MUCHACHO 1.– ¡Tire, tire por esa calle, abuelo!

(Gran tumulto. RUPERTO se escabulle mientras va haciéndose el oscuro... a la par que va iluminándose un rincón)

del cuarto de la pensión donde vive y entra él, fatigado. Deja el bastón en un rincón. Se sienta. Se quita las gafas; se las limpia. Vuelve a ponérselas y entonces saca del bolsillo la hoja que recogió en la calle y la lee. Su rostro se va ensombreciendo. La estruja. Lloro. Murmura.)

RUPERTO.— ¡Estoy muerto!

¿Para qué toda mi lucha? ¿Para qué?

¡Muerto! ¡Muerto desde hace casi siglos!

Para unos hombrecitos a los que aplaudo soy un pérfido
[traidor a la causa de la Revolución.

Pero a mí me ahoga la vida desde que fue
derramada en mala hora,

la sangre soviética,

la sangre china

vertida en la frontera chino-soviética.

¡Oscuros camaradas cayeron cuyo nombre no sabré nunca!

¿Por qué? ¿Por qué?

¡Yo soy un militante de la III Internacional!

¡Protesto! ¡Entregadme vuestro carnet! ¡Yo os expulso del movimiento
[comunista!

¿Por qué no se acabó mi vida entonces

—en 1946—

cuando en los montes Pirineos me incliné sobre

mi propia metralleta

y disparé contra mi propio pecho en aquella batalla

que yo creía tan sólo y nada más

un episodio doloroso

de la lucha final?

¡Cuánta porquería ha caído sobre mis espaldas desde entonces!

¡Pero yo soy el mismo, mis camaradas muertos!

(Va a un armario y saca de él la Medalla de la Resistencia Francesa. Se la pone.)

Ruperto Solanas Mas, un guerrillero
 desfallecido en 1946, en un combate descomunal
 frente a los muy desafortunados gigantes
 de esta mi odiosa España,
 donde perdí, además de la vida, un –¡ay!– bellissimo reloj, regalo de mi padre.
 Lo que salió después al mundo es un triste fantasma que arrastra una
 [cadena que nadie, nadie rompe –y yo sólo no puedo.

(Entra uno de los jóvenes que hubo en la reunión del cuadro anterior. Se llama FELIPE. Sonríe, saludándole, mientras entra o se ilumina un letrero que dice: «AGOSTO 1968».)

FELIPE.– Ruperto.

RUPERTO.– ¡Felipe!

FELIPE.– Tengo un recado para ti. Hola, ¿qué tal?

RUPERTO.– ¡Me alegro de verte, camarada! Ando mal de contactos últimamente, desde que voy de cobrador de facturas. ¿Pasa algo conmigo?

FELIPE.– Nada, nada, ¡qué va a pasar! Te traigo algunos materiales... y un recado. *(Le deja unos folletos.)* No sé si viene algo sobre la mesa redonda... Mira tú...

RUPERTO.– *(Los hojea.)* Después de Franco, ¿qué? 1965... Hace tres años... *(Leyendo.)* El entierro de Constatina Pérez... ¡Pobre camarada! ¡Asturias!

FELIPE.– ... Seguramente ya conoces algunos de estos materiales... El *Después de Franco* se discutió ampliamente por los camaradas en sus organizaciones...

RUPERTO.– ¡Yo no recuerdo! *(Lee.)* Liquidacionistas de izquierda y derecha... Fernando Claudín... ¿Y éste? Nuevos enfoques a problemas de hoy de Santiago Carrillo... Ah sí, éste es más reciente... Del año pasado.

FELIPE.– Sí... 1967... Ahora ha salido *Los problemas del socialismo, hoy*. Ya te lo traeré: recoge las experiencias de mayo...

RUPERTO.– El *Mundo Obrero*... *Nuestra Bandera*... Gracias... *(Los deja sobre la mesa.)* Por cierto, que yo tenía algunos problemas que plantear, ¡o, mejor dicho, algunas informaciones que pedir!

FELIPE.– Tú dirás.

RUPERTO.— Me gustaría saber la posición del Partido ante el movimiento ETA: «Euskadi ta Askatasuna». O sea, la posición del Partido ante la ejecución del comisario Melitón Manzanos, y...

FELIPE.— Hombre, así de sopetón... Hay mucha tela que cortar en esas cuestiones y...

RUPERTO.— ¡Yo soy un ignorante, Felipe! ¡Y para mí no hay tanta tela que cortar! ¡O sea que yo, en dos palabras, saludo al movimiento ETA como un verdadero movimiento revolucionario vasco! ¡Y aplaudo a rabiarse la ejecución de ese policía! ¡Y, para mí, ya está!

FELIPE.— Está bien, tranquilízate... ¿Quién te ha dicho algo en contra? Sólo que si tú quieres discutir políticamente...

RUPERTO.— ¡Se respira la condenación! ¡Es algo que no encaja en la vía pacífica de nuestro partido! ¡Es un tiro en la barriga de la «reconciliación nacional»!

FELIPE.— Hombre, verás... Tienes una forma de decir las cosas que...

RUPERTO.— Espera, espera... ¿Cuál es la posición del partido ante la Revolución cubana? Los maoístas dicen que es una revolución radical-burguesa. ¿Y nosotros?

FELIPE.— Nosotros, una gran simpatía... Comprensión por sus originalidades..., que, sin duda, las tiene; y algunas quizás un poco chocantes desde el punto de vista marxista-leninista estricto...

RUPERTO.— ¡Yo no! ¡Comprensión, yo no!

FELIPE.— ¿Por qué? Ciertamente que aquello se mantiene exclusivamente gracias a la ayuda de la Unión Soviética y que está costando muy caro, pero...

RUPERTO.— ¡Es que yo estoy loco por la Revolución cubana! ¡Loco! ¡Es maravillosa! ¡Abre todas las ventanas al porvenir revolucionario de América Latina!

FELIPE.— ¡Hombre, Ruperto...! ¡Si quieres discutir seriamente, yo, con mucho gusto...! (RUPERTO *le interrumpe.*)

RUPERTO.— ¿Cuál es la posición del partido ante el mayo francés?

FELIPE.— (*Con más fuerza, casi le grita.*) ¡Tratándose de un partido hermano, al nuestro no le parece correcto inmiscuirse en los asuntos del PCF! Es cierto que, según algunos camaradas, han podido observarse algunos errores... y ciertas deficiencias... en su trabajo; ¡pero también lo es que la presencia de grupúsculos de provocadores pequeño-burgueses ha dificultado...!

RUPERTO.— (*Carraspea, impertinente.*) ¡Yo opino que no es solamente correcto, sino ineludible hacer una crítica de la actuación del PCF durante el pasado mes de mayo! Y opino también que el PCF no ha cometido error alguno ni ha tenido deficiencia de ninguna clase..., sino que ha servido a las mil maravillas a su línea social-demócrata, burguesa y reaccionaria!

FELIPE.— (*Molesto.*) Eso ya es desbarrar, Ruperto... Desbarrar... Estás muy nervioso... Ya me lo habían dicho algunos camaradas. Tranquilízate.

RUPERTO.— ¿Nervioso, yo? ¡Ni hablar, Felipe! En seguida decís: «Estás nervioso»... ¡Cuentos que te cuentan! (*Enciende, con mano muy temblorosa, un aparato de radio.*) Y, para terminar mi intervención, te voy a contar un chiste que me ha dicho un camarada. A ver si tú sabes la diferencia que existe entre una catástrofe y una desgracia. A ver... (*FELIPE se encoge de hombros.*) Pues mira. Imagínate que se cae al suelo una viejecita y se rompe una pierna. Éste es un ejemplo de desgracia..., pero no se puede decir que sea una catástrofe.

FELIPE.— ¿Y qué?

RUPERTO.— Calla, calla. Imagínate ahora que en un avión de pasajeros viaja el pleno del Comité Central de nuestro partido.

FELIPE.— ¿Y?

RUPERTO.— ¡... Que estalla en el aire y mueren todos! Ahí tienes (*Ríe de pensar en el chiste.*) una catástrofe..., que no sería una desgracia. (*Ríe. FELIPE lo mira, serio. RUPERTO se da cuenta de la situación y le dice como disculpándose.*) ¿He metido la pata? Oye, perdona, si tú pertenesces. Era una broma, ¿sabes?

(*FELIPE se levanta, como para marcharse.*)

FELIPE.— ... El recado era que la camarada Teresa, que se ha enterado de tus problemas económicos y de lo mal que estás en esta pensión, se ha ofrecido a tenerte en su casa hasta..., hasta que tú quieras. Ha heredado unas perras de un tío del pueblo y dice que no tendrías que preocuparte...

RUPERTO.— (*Conmovido por la oferta.*) Si yo no necesito... ¿Cómo está? Hace mil años que yo...

FELIPE.— Estar está bien; con su reuma y sus cosas; pero bien.

RUPERTO.— La verdad es que, a mis años, vivir de pensión es una lata... Yo... Decidle que se lo agradezco en el alma y que..., bueno, que yo lo pensaré. (*De pronto.*) ¿Eh? ¿Qué dicen estos tíos?

(FELIPE, que ya se iba, se detiene. La radio está dando una noticia:)

VOZ DE UN LOCUTOR.— ... Según las últimas noticias, se ha confirmado que tropas soviéticas han invadido en la madrugada de hoy Checoslovaquia. La capital se halla ocupada por unidades blindadas del Ejército Soviético. Se ignora el paradero del dirigente comunista Dubchek, así como si se han producido o no choques entre los ocupantes y el pueblo. La situación en Praga es muy tensa según informaciones dignas de crédito.

RUPERTO.— (*Exaltado.*) ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Ya me lo estaba oliendo yo..., que la CIA andaba detrás de toda esa basura de la Primavera de Praga! (*Abraza a FELIPE, que corresponde a su efusión.*) ¿Verdad?

FELIPE.— ¡Sí! ¡Cuando los soviéticos han dado ese paso, no hay duda de que...!

(*Va haciéndose el oscuro.*)

CUADRO XXIII

Teoría de las generaciones

En el Parque del Retiro, RUPERTO en un aguaducho. Llega, con gafas negras, un joven. Se dan la mano. Hablan en voz baja, casi furtivamente.

RUPERTO.— Hola.

JAVIER.— Hola.

RUPERTO.— Querías hablarme.

JAVIER.— Sí.

RUPERTO.— ¿Qué te pasa?

JAVIER.— En fin, he creído que debía hablar con un camarada viejo; ¡y me he acordado de ti! ¿Te acuerdas cuando nos presentó Julián Grimau? Yo era casi un niño.

RUPERTO.— *(Ríe.)* ¡Gracias por lo de viejo!

JAVIER.— *(Muy serio.)* Es una cosa grave.

RUPERTO.— Dime.

JAVIER.— *(Patético.)* ¡Me he separado del partido!

RUPERTO.— ¡No, hombre! ¿Y adónde vas a ir?

JAVIER.— *(Con voz que en los oídos de RUPERTO es estridente: rechina.)* ¡Lo estamos haciendo muchos jóvenes que somos —¡que queremos ser!— verdaderos revolucionarios! ¡Y que no cabemos en un partido social-demócrata!

RUPERTO.— *(Indeciso, un poco mecánicamente.)* Habría que discutir ese análisis.

JAVIER.— ¿Con quién? No hay nadie que te escuche. *(RUPERTO guarda silencio.)* ¿Contigo?

RUPERTO.— (*Con dolor.*) Pero yo no soy nadie.

JAVIER.— (*Sordamente.*) ¿Puede un militante no ser nadie en un partido comunista?

RUPERTO.— (*Con tensa amargura.*) Frecuentemente ocurre; pero yo diría...

JAVIER.— A ver: ¿dónde se discuten los documentos del partido? ¿Quién los discute?

RUPERTO.— (*Débilmente.*) Escucha, Javier. La clandestinidad obliga a veces...

JAVIER.— (*Con dureza.*) ¡No tanto..., ni a tantas cosas!

RUPERTO.— ¿Quieres decir que muchas veces los documentos oficiales del partido tienen poco o nada que ver con las posiciones que se respiran en la base...? ¿No es así?

JAVIER.— ¡Exactamente! Y tú lo dices muy bien: «que se respiran». ¡Porque nadie habla! ¡Nadie se atreve a hablar! Y eso... Eso es el terror.

RUPERTO.— Y quizás piensas también..., pensáis..., que el partido sigue siendo un tanto sectario; que..., que se preconiza la unidad de acción de la clase obrera pero que luego eso se desmiente en la práctica... ¡Que un anarquista es basura o poco más!

JAVIER.— ¡O menos!

RUPERTO.— ... Y uno se dice: ¡Un anarquista es mi hermano! ¡Y un socialista verdadero también! ¡Y si hay dos duros de solidaridad, se reparten! ¡No se discrimina! ¡Y un trostkista... es también mi hermano! Y conste que yo soy un viejo stalinista; pero un trostkista es mi hermano, después de lo que se ha sabido.

JAVIER.— (*Incómodo en este punto.*) Bueno, no sé... ¡Cuidado con caer en un humanismo abstracto...! Por ejemplo: hay grupos que se comportan en ocasiones como auténticos hijos de puta —es un decir—. Y eso no se puede negar.

RUPERTO.— (*Otra vez solo, en la oscuridad.*) ¡Ah, ya! (*Pausa.*) ¿Entonces con quién estoy yo? ¿Quiénes son mis compañeros? No sé.

JAVIER.— Yo tampoco lo sé. ¿Eres un viejo lleno de buena voluntad? ¿Gastado para la lucha política? ¡No lo sé!

RUPERTO.— (*Repite.*) No lo sé, no lo sé... (*Pausa. Abstraído.*) ¿Entonces dices que te has ido del partido? ¿Y la unidad? ¿Qué pasa?

JAVIER.— Hay cosas que... no se pueden aguantar.

RUPERTO.— Pobres de nosotros.

JAVIER.— (*Frío.*) ¿De quién? A fin de cuentas, yo no tengo nada que ver con tu Pasionaria ni con tu Líster y otros monstruos sagrados... Todo tiene que ser nuevo y transparente... Surgir aquí..., ser organizado y dirigido por nosotros...

RUPERTO.— ¿Y yo? (*Pausa breve.*) Yo tengo que ver, sobre todo, con mis camaradas, desconocido por ti y por todo el mundo... Sólo la policía nos conoce y nos tiene en cuenta... ¡Soy uno más, el peor, entre todos ellos, oscuros, heroicos; los verdaderos hombres de vanguardia del proletariado...! Y no se les distingue entre la gente... Llevan, si lo ves, una bufandita en el invierno... Se acatarran... Gente corriente... Lo han soportado todo, lo han sufrido todo... Y, al final, van a poder —¡vamos a poder!— con ellos, con ese fango de burócratas... y con vosotros: grupitos de la mierda.

(*Pausa.*)

JAVIER.— (*Con noble comprensión.*) Eso era todo, Ruperto... Si somos verdaderos comunistas, ya nos encontraremos, ¡y nos reconoceremos como camaradas, en alguna parte...! ¡Ojalá sea así!

RUPERTO.— (*Triste.*) Ya, claro... Ya... Eso era todo... Ya...

(*Oscuro.*)

CUADRO XXIV

El testamento

En el Alto de Extremadura, RUPERTO —con unas gafas negras, ciego del todo y acompañado por su camarada, y ahora lazarillo, TERESA— baja de un taxi. Toman asiento en el interior de un café, junto a la ventana.

RUPERTO.— ¿Es aquí?

TERESA.— Sí.

RUPERTO.— ¿No nos ha seguido nadie?

TERESA.— No.

RUPERTO.— ¿Te has fijado bien?

TERESA.— *(Un poco nerviosa.)* Sí, sí. *(En voz muy baja.)* Calla, que ahí viene el camarero.

(En efecto.)

CAMARERO.— ¿Los señores tomarán?

TERESA.— Un vaso de leche templada.

CAMARERO.— El señor...

RUPERTO.— Un cafelito. Gracias.

(El CAMARERO se retira.)

TERESA.— A ver si te sienta mal el cafelito, como tú dices.

RUPERTO.— No, mujer. Yo sé lo que me hago. *(Pausa.)* Estamos junto a un ventanal.

TERESA.— Sí; un ventanal muy grande.

RUPERTO.— ¿Y qué se ve?

TERESA.— Madrid..., allá, a lo lejos. Un poco borroso, con la neblina que hay.

RUPERTO.— Y qué frío hace, ¿verdad? Estoy helado.

TERESA.— ¡Vaya un invierno! *(Se frota las manos.)*

RUPERTO.— Está nevando de miedo por estas carreteras, según la radio. ¡Y en Burgos el frío es cosa mala! Yo estuve una vez y, chica, creí que me moría de frío.

(Se queda pensativo. Les ponen el café y la leche. Pausa.)

TERESA.— Estás pensando en esos chicos de la ETA, ¿a que sí? Lo que estarán pasando...

RUPERTO.— Hombre, a ver... ¡Y que seguramente los matan, como hicieron con el pobre Grimau! ¡Y con los anarquistas!

TERESA.— Lo más seguro. *(Toma un poco de leche; pero en seguida deja el vaso, un poco nerviosa.)* Oye, ahí está Juan. Viene con Felipe.

RUPERTO.— Mejor. Quiero hablar con testigos.

(Llegan a la mesa JUAN —el responsable e «instructor» que ya conocemos— y FELIPE. Saludos discretos. Se sientan. Se acerca el CAMARERO.)

JUAN.— Café solo.

FELIPE.— También café. *(Se va el CAMARERO. Palabras banales, mientras les sirven.)* Te encuentro bien.

RUPERTO.— ¿A mí?

JUAN.— Sí, a ti. Se ve que te cuidan.

RUPERTO.— Eso es verdad. Pero estoy..., estoy más muerto que vivo, camaradas.

FELIPE.— ¡Ejem! *(Para tapar la palabra «camaradas» que el CAMARERO podría quizás oír.)* ... El invierno más frío, desde hace muchos años, según parece... Cuarenta grados bajo cero en Córdoba... *(El CAMARERO termina su servicio y se aleja.)* Ya puedes.

TERESA.— *(Le da un golpecito.)* Que ya puedes hablar.

RUPERTO.— Ah, sí. Perdona. A veces me distraigo...

(FELIPE y JUAN *cambian una mirada de comprensiva conmiseración.*)

TERESA.— Si queréis que me dé un paseo mientras habláis...

RUPERTO.— ¡No, no, Teresa! Tú también tienes que escucharlo. Es..., es mi testamento. ¡Oral y clandestino, dadas las circunstancias! ¡Pero mi testamento!

FELIPE.— Hombre, Ruperto. Cualquiera diría que vas a morirte ahora, cuando la verdad es que te has quitado un montón de años de encima. Estás un poco deprimido por lo de la vista; pero de eso a morirte...

RUPERTO.— (*Cortándolo.*) Juan.

JUAN.— ¿Qué, Ruperto? (*Le toca un brazo, indicándole donde está.*) Aquí.

RUPERTO.— Estoy muy preocupado, querido Juan.

JUAN.— ¿Por? ¿Por qué?

(*Un silencio.*)

RUPERTO.— ¿Qué se sabe a estas horas del rapto del cónsul?

JUAN.— Verás: sin duda, el rapto ha incidido desfavorablemente en la situación de los muchachos vascos. El movimiento de masas, tanto en España como en muchos países de Europa y de todo el mundo, había creado condiciones para que la sangre esta vez no llegara el río. Franco no iba a atreverse a estas alturas...

RUPERTO.— Con Julián se atrevió.

JUAN.— En fin, no se puede hacer una transposición mecánica de aquella situación, sobre todo si se tiene en cuenta que en aquella ocasión se trataba de un comunista.

RUPERTO.— ¡Éstos también lo son!

JUAN.— (*Sonríe involuntariamente.*) Bueno, llámalos como quieras... Es gente que no sabe bien lo que pretende con su lucha, sin duda muy decidida y estimable..., pero carente, en fin, de un contenido ideológico correcto..., sin una línea política coherente..., con no pocas reminiscencias del viejo nacionalismo burgués del PNV... Gente muy bien intencionada por otra parte..., con ardor combativo... En consecuencia, el partido está poniendo, como sabes, toda la carne en el asador para salvarlos.

RUPERTO.— ¿Y los secuestradores?

JUAN.— Oh, eso probablemente es algo turbio..., quién sabe si una provocación... Un grupo racista, nazi, según noticias de algunos camaradas.

RUPERTO.— (*Niega con la cabeza.*) ¡Esos «provocadores», como tú dices, están salvando la vida de Izco y de sus camaradas, Juan! ¡Por ellos puede que no se derrame sangre en el proceso de Burgos!

JUAN.— ¡La vida nos lo dirá! Nosotros vemos las cosas de otro modo..., pero la vida tiene, como siempre, la última palabra.

RUPERTO.— ¿Vosotros? ¿A quién te refieres?

JUAN.— A algunos camaradas con los que he cambiado impresiones ayer, a la vista de las informaciones que poseemos y de los análisis de nuestros camaradas del País Vasco.

RUPERTO.— Está bien, está bien... Supongo que la dirección habrá felicitado a nuestros camaradas de Euskadi por su correcta apreciación de los problemas en aquel país y su brillante trabajo... (*Ahora parece más demacrado, como muy enfermo.*) Pero yo voy a decirte unas palabras con el ruego de que las transmitas al buró político lo antes y lo mejor que puedas, teniendo siempre en cuenta que es un muerto el que habla... (*FELIPE saca un papelito y se dispone a tomar notas.*) ¡El partido tiene que crear su frente militar y ello en el más breve plazo posible! ¡La vía pacífica es un sueño!

JUAN.— Sssh... No te excites, por favor.

RUPERTO.— (*Que estaba hablando en voz muy baja, grita volviéndose hacia la sala del café.*) ¿Qué coño pasa, a ver? (*Y no pasa nada, porque la sala está vacía y el CAMARERO muy distante; aunque ahora dirige la cabeza hacia ellos creyendo que lo llaman. Silencio.*) ¿Puedo seguir?

JUAN.— (*En voz bajísimo.*) No estás en condiciones.

(Se levanta y hace un gesto a FELIPE, que rompe su papelito. Ambos saludan con la mano a TERESA y salen en silencio del café. RUPERTO no se ha dado cuenta.)

RUPERTO.— ¿En condiciones? ¿En condiciones de qué? Si no quieres que hablemos en un sitio público, ¿porqué me citas aquí? Yo no he elegido el sitio; así que ahora...

TERESA.— Ruperto...

RUPERTO.— ¡Calla, cállate tú, Teresa, que yo sé lo que me digo! ¡Y lo que digo y repito es que el Partido tiene que empezar a preparar desde ya, técnica y políticamente, su organización militar! ¡Ah! ¿Quién lo dice? ¡Lo dice un militante oscuro, un don nadie como yo! ¡Pero lo dice! ¿Quién oye al camarada sencillo? ¿Quién oye al simple camarada? ¡Repito: organización militar! ¡Echar por la borda toda esa basura de la reconciliación nacional; repito: «toda esa basura». Trabajo de masas, sí. ¿Política de alianzas? ¡Bueno! Sin mendigar ser admitidos en sus podridos cónclaves... ¡Cuando no es que les organizamos las reuniones y nos echan a la calle! ¡Mesas redondas! ¡Y nosotros a la cocina! ¡O de camareros! ¡Ya sé, ya sé lo que me dirás! Una organización militar sin un paciente trabajo de masas y determinadas alianzas tácitas... o incluso estratégicas... no es nada, nada; ya lo sé. Pero también sé que el trabajo de masas y las alianzas políticas... sin la formación paralela de un frente militar tampoco son nada..., nada... Las masas necesitan una vanguardia política, sí...; pero también una organización militar de vanguardia. ¡Y sin ella no iremos a ninguna parte! La violencia es un momento —¡un momento fatal!— de la lucha que lleva a la conquista del poder político por las fuerzas revolucionarias... De otro modo, ¿qué? Imaginaos el mayor de los éxitos..., la huelga general política... ¿Y qué? Masas heroicas e inermes —a los tres días hambrientas— a merced de lo que quieran hacer de ellas quienes en ese momento estén no sólo organizados sino también armados... ¿O es que, al igual que el Partido francés, no pretendemos la conquista del poder político para la revolución? ¡Hay que echar por la borda eso del Pacto por la Libertad..., que no es mas que un remedo —¡y además imaginario!— del Pacto de San Sebastián! Los interlocutores no son válidos; están podridos de anticomunismo y nos matarán a todos con sus propias manos —aunque lo suelen hacer de otras maneras— antes de tocar un solo pelo de la cabeza de Franco y de sus propios privilegios... ¿Pero es que no lo veis? ¿Estáis ciegos? ¿Es cierto que estáis tratando de que nos reciba Gil Robles? ¿Es cierto que confiáis en el patriotismo de los militares? ¿Qué broma es ésta después de tantos sufrimientos? ¡El Opus ríe, ríe! Explicadme ahora, por favor, la expulsión, hace unos años, de algunos camaradas «derechistas»... ¿No estáis llevando vosotros al partido a la más pura derecha, camaradas? ¿No estamos ocupando de hecho el vacío del PSOE: un partido reformista, social-demócrata y, a fin de cuentas, anticomunista? Pero ade-

más, además, ¿qué trabajo de masas se está haciendo? ¡Las Comisiones Obreras! ¿Qué llega a la Dirección en los informes de los responsables? ¿Movimiento obrero pujante, etcétera? ¡No, no! El movimiento obrero en la España de hoy no es muy pujante..., y está dividido hasta tirarse los trastos... Superaparatos coordinadores, interprovinciales, relaciones públicas..., y un escaparate –y siempre castigado por la policía!– de dirigentes..., ¡y vacío, vacío en la mayoría de las fábricas! ¿Estamos, pues, contentos? ¿Podemos felicitarnos? No... Pero es que es todo..., o casi todo... Trabajo y cultura como una alianza de grandes vuelos revolucionarios, ¿no? Y esto lo dice *mi Partido*. ¿Y dónde están los intelectuales de *mi Partido*? Yo, un obrero, con tantísimos años de militancia –¡toda una vida!– no he tenido relación orgánica con ninguno... ¿Dónde están? ¿Se les cuida amorosamente? ¿Se les considera intocables? ¿O se les tiene en un gueto de gentes sospechosas? ¡Camaradas: en fin! Esa..., esa explosión de los grupúsculos –el PCE-ML..., el PCI..., la LC..., el POR..., el FRAP..., las CRAS..., la ASO..., la OSO..., la no sé cuántos y el no sé qué carajo– es un signo más de nuestra traición más objetiva a la clase obrera, de la traición de los grandes partidos cargados de historia..., y de traición..., potentes y pesados como mastodontes..., y sólo ágiles en la trituración y la digestión de sus bases, ¡fuente de toda su fuerza y, la mayor parte de las veces, de toda su dignidad! ¿Y cómo no se nos cae la cara de vergüenza, camaradas? ¿Cómo, mirando a Vietnam, no se nos cae a todos la cara de vergüenza? (*Transición, porque oye a TERESA llorar.*) Pero tú, ¿por qué lloras? ¿Por qué lloras tú, Teresa? (*Una pausa. Ahora, muy dulcemente.*) No te preocupes, Teresa, Teresita... El Vietnam vencerá... El Vietnam vencerá...

(TERESA, ahora, solloza incontinentemente. Y va apagándose el café... hasta quedar sólo una luz sobre esta vieja y solitaria pareja. Luz que, a su vez, se va apagando también poquito a poco.)

CUADRO XXV

El autor de esta obra visita a un moribundo; y muerte natural

En casa de TERESA. RUPERTO está moribundo en una cama. En un rincón está aquel anarquista que le dio bofetadas en la cárcel. En otro, FELIPE, que acompaña al moribundo en nombre del Partido. Y junto al lecho, TERESA, que ahora se levanta y va a abrir porque han llamado. Abre. Pero el timbre sigue sonando. Es el AUTOR, que entra con un timbre (el efecto teatral que acaba de funcionar) en la mano. Lo hace sonar aún un poco, con aquella señal convenida que RUPERTO utilizaba para entrar en esta casa cuando, en vida de PACO —«Jorge»—, funcionaba en ella una «imprenta». Todos los personajes (incluso TERESA, que ha quedado inmovilizada en mitad de un movimiento al funcionar en escena, manejado por el AUTOR, este efecto) están inmóviles como si el film de la obra se hubiera congelado en una foto fija. El AUTOR se dirige a RUPERTO y se sienta familiarmente en su cama.)

AUTOR.— ¡Ruperto!

RUPERTO.— ¡Esto se va, señores! ¿Eh? ¿Se ha sentado alguien en mi lecho de muerte? ¿Quién es, Teresa?

(TERESA le grita, como si se hubiera quedado sordo.)

TERESA.— ¡Él dice que un amigo! ¡Yo no lo conozco, Ruperto!

AUTOR.— ¡Me llamo Alfonso Sastre, camarada personaje!

RUPERTO.— ¡El autor!

AUTOR.— *(Asiente.)* El tuyo, precisamente.

RUPERTO.— ¿Mi autor? ¿Qué quiere decir eso?

AUTOR.— Déjalo, déjalo... Nada que importe mucho ahora... ¿Cómo te encuentras?

RUPERTO.— Mal. Me estoy muriendo a chorros, camarada.

AUTOR.— Te he puesto un ataque al corazón. ¿Qué te parece? Un trámite rápido, y te marchas.

RUPERTO.— ¡Yo... hubiera preferido morir de otra manera!

AUTOR.— ¿Cómo?

RUPERTO.— En la calle. No sé. ¡Luchando! (*Saca algo de debajo de la almohada.*) Mira. (*Es una pistola. La monta.*) Está cargada.

AUTOR.— ¿Y cómo tienes tú eso?

RUPERTO.— (*Baja la voz.*) Esto no es nada. Tengo todo un depósito de armas y municiones en el Pirineo... Lo hice durante la guerrilla, ¡ssssh! Al salir de la cárcel, fui y saqué este cacharro por si acaso me hacía alguna falta. Luego he visto que fue un error, pero la guardo.

AUTOR.— ¡No, no! ¡Vamos a tachar eso! Es peligroso. ¿No ves que nos escuchan?

RUPERTO.— ¿Y mi pistola?

AUTOR.— ¿Qué pistola? (*Le hace una señal de inteligencia.*) Yo, al menos, no he visto nada.

RUPERTO.— ¡Así que tú eres un intelectual! ¡Por fin se me presenta alguno!

AUTOR.— Pues sí, ya ves... Y mira. Te he traído a Felipe. (*FELIPE sonríe.*) Ha venido a asistirte —¡por si necesitabas algo en tus últimos momentos!— en nombre del Partido, de tu partido.

RUPERTO.— (*Conmovido.*) Gracias.

FELIPE.— ¿Qué tal estás?

RUPERTO.— Ya ves.

FELIPE.— He venido por si necesitabas algo...

RUPERTO.— Yo, nada. No... Pregúntale a Teresa. Quizás, no sé, que le echéis una mano para los gastos del entierro... Y para arreglar lo del Cementerio Civil...

FELIPE.— No te preocupes por eso..., ni por nada.

RUPERTO.— Oye, Felipe...

FELIPE.— Qué...

RUPERTO.— Me acuerdo ahora —verás...— de que estábamos juntos cuando supimos la noticia de la ocupación de Checoslovaquia... Y que dijimos: Bravo por el Ejército Soviético... ¿Fue así? O por lo menos yo lo dije...

FELIPE.— Sí, sí...; pero no se trataba de una opinión justa... No era correcto hablar así, sin más ni más... Fue también el gesto espontáneo de muchos

viejos militantes..., hombres sencillos que han vivido en el culto al Partido de la Unión Soviética..., en la aceptación incondicional de sus decisiones..., en la obediencia, al fin y al cabo... Sin la debida información..., renunciando, por un prurito de lealtad, a toda crítica...

RUPERTO.— Todo eso me suena bien..., a una conciencia nueva y transparente dentro del Partido..., pero el tonillo..., ese aire de cantinela..., lo he oído ya tantas veces... y he oído tantas cosas... diferentes, opuestas... con el mismo tonillo..., con la misma seguridad y convicción..., ¡palabras contra el sectarismo!, ¡palabras contra el dogmatismo!..., ¡elogios de la crítica y de la autocrítica!, ¡el centralismo democrático!; y todo ha sonado siempre bien: a justo... y a correcto. *(Parece apagarse. El AUTOR hace un gesto a FELIPE de que le deje descansar. Pero RUPERTO sigue hablando con tono de profunda, de íntima convicción.)* Pero el Partido —¡oh!—, nuestro partido es inmortal... Y morirán, os digo, sus hombres de hoy, los honrados y los perversos..., los valientes y los cobardes..., todos..., los más viles y los más heroicos y excelentes..., y el partido vivirá cada vez más grande y poderoso, encarnado en su pueblo... Y si un día, acosado por la traición o... podrido por la corrupción..., lo veis como que muere..., ¡no es verdad!, ¡no es verdad!..., porque él renace siempre de la podredumbre de sus cenizas... Y si fuera cierto que se han cometido crímenes en su nombre..., o que en su historia hay basuras y sangre..., o que en un momento se encharca y pierde de vista —y de oído... y de todo— las necesidades —¡revolucionarias!— de su pueblo..., no temáis, no temáis. Contra él no hay poder que valga, ni siquiera el de sus más lamentables dirigentes... ¿Por qué? Porque su causa es justa y porque... su historia es la de una legión de camaradas oscuros y heroicos cuya memoria prevalecerá por encima de todo... ¡Por encima de todo! Y para los traidores, ¡ah! ¡ah!, se escondan donde se escondan..., ¡ahí estará, vigilante y terrible, la mano larga del Partido!... Y para sus liquidadores, estamos..., estamos quienes amamos la unidad del Partido, también por encima de todo..., más, mucho más que a las niñas de nuestros ojos... Y para los tibios, para los indecisos, para los confusos, ¿qué hacer? Ayudarles políticamente...

AUTOR.— *(Con ternura.)* Pero Ruperto, Ruperto... Hablas de las niñas de tus ojos, estando como estás ciego... ¿Qué quieres decir?

RUPERTO.— *(Con entera convicción.)* Está bien dicho, sin embargo... Siempre lo he oído así y me ha parecido bien... El que yo sea ciego ahora —¡y por

qué poco tiempo!— es un mero accidente... ¡Carajo con el camarada intelectual...!

AUTOR.— (*Se ríe.*) Habías puesto, como tú has dicho alguna vez, el piloto automático.

RUPERTO.— (*Negándolo.*) Qué va..., qué va... Ex abundancia cordis... Gracias por ese latinajo, camarada escritor... A mí no se me hubiera ocurrido nunca... Y ahora, déjame descansar; que ya está bien, ¿no te parece? Y tengo mucho sueño... Camarada Teresa, buenas noches... Eres... un ángel... marxista-leninista.

AUTOR.— (*Se queda pensativo y al fin dice, mirándolo, melancólicamente.*) «Ruperto Solanas Mas inclina la cabeza y muere.» (*En efecto, RUPERTO deja caer la cabeza sobre su pecho.*) «Teresa, al darse cuenta de que ha muerto, solloza.» (*En efecto, TERESA solloza.*) «Benito, el Anarquista, que había permanecido silencioso, se aproxima al cadáver... (*El hombre lo hace.*) y le dice con un hilo de voz...» Dos puntos...

BENITO.— ¿Te acuerdas de don Pedro el Cruel? ¿Te acuerdas cuando nos dimos de bofetadas en el patio de la prisión? Te contaré una historia... Al salir de la cárcel, yo volví a mi pueblo, y me encontré allí con los pocos compañeros confederales que habían sobrevivido a la matanza..., y empecé a ver de qué manera sobrevivían... Ah, sí..., se habían convertido en gentes de orden... y no faltaban a misa... ni a los demás oficios religiosos..., y me dijeron: «es necesario para sobrevivir...». Y me enseñaron a santiguarme... (*Se santigua.*) y a murmurar padrenuestros..., y más que nada a decir amén. Hasta que un buen día acertó a pasar por allí un grupo de obreros que estaban tendiendo una línea telefónica... y resultó ser que uno de ellos, de nombre Santiago, era de nuestro pueblo y había sufrido también sus propias prisiones... Y, observando con amor nuestra vida, me dijo que él pensaba volver también al pueblo..., y se enfadó diciéndome: «¡Vosotros, que ahora vais a la Iglesia, volveríais a quemarla si un día se presentara la ocasión! Mientras que yo... que no pienso pisar la Iglesia porque soy ateo... en tal ocasión entraría en ella para defenderla contra vosotros, los incendiarios...». El, compañero Ruperto, él era un comunista como tú...

AUTOR.— «Se le humedecen los ojos.» (*En efecto. BENITO se enjuga las lágrimas con un pañuelo.*) «Felipe cierra piadosamente los de Ruperto.» (*FELIPE lo hace.*) «El entierro será mañana a las once en el Cementerio Civil.»

(*Oscuro.*)

CUADRO XXVI

Entierro de un camarada

En el Cementerio Civil. Llueve. Guardias grises y policías de paisano por todo el teatro. Por el pasillo central, a hombros de FELIPE, el AUTOR y dos jóvenes, llega el ataúd de RUPERTO hacia el escenario, donde le espera un pequeño grupo, con TERESA. Algún paraguas. Gabardinas. Algunos espectadores se ponen en pie respetuosamente al paso del cadáver.

Sobre el ataúd, una gran corona de rosas rojas con una cinta negra cuya leyenda dorada es:

¡TUS CAMARADAS Y AMIGOS NO TE OLVIDARAN NUNCA!

Ya en el escenario, el ataúd es bajado a la fosa en un profundo silencio..., hasta que empieza a oírse, como un tenue fondo, la «Internacional». El golpe del ataúd en el fondo de la fosa resuena lúgubrememente. Puñaditos de tierra. La corona. Lágrimas silenciosas de TERESA.

El AUTOR, conmovido, con lágrimas en los ojos, levanta el puño cerrado ante la tumba, lleno de rabia y de impotencia. Inmediatamente es detenido. «Venga usted.» Se entrega sin resistencia. Los GUARDIAS: «Circulen, circulen».

En la sala, la policía: «¡Vamos, circulen! ¡Venga, ya está bien! ¡Circulen!». Sacan las porras. Quienes se resisten son detenidos, y otros van circulando con una cólera sorda en el corazón. Y el fondo de la «Internacional», mientras el cielo sobre el Cementerio Civil se vuelve rojo, se acrecienta hasta envolverlo todo; y entonces, entre gritos –vivas y mue-

ras– que surgen aquí y allá, carreras por todo el teatro, detenciones, porrazos a quienes se resisten..., va cayendo el telón como señal de que esta obra dramática ha terminado mientras la vida y la muerte continúan.